

Z/ 13135: 15, 751 (1926)

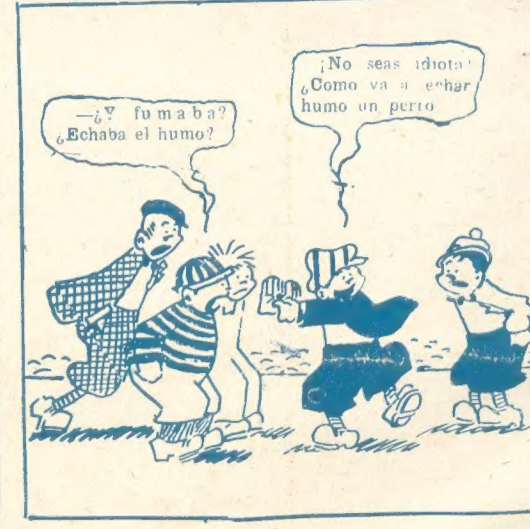
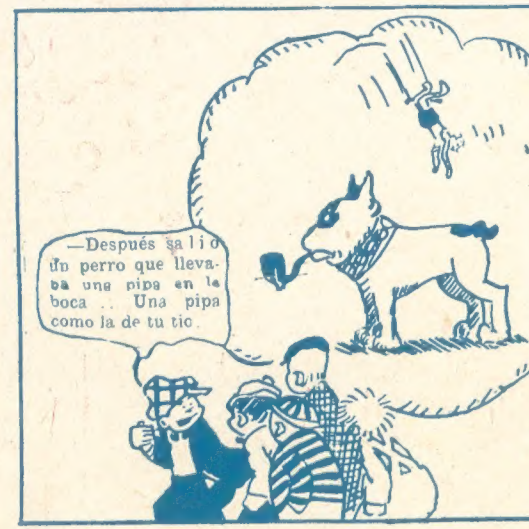
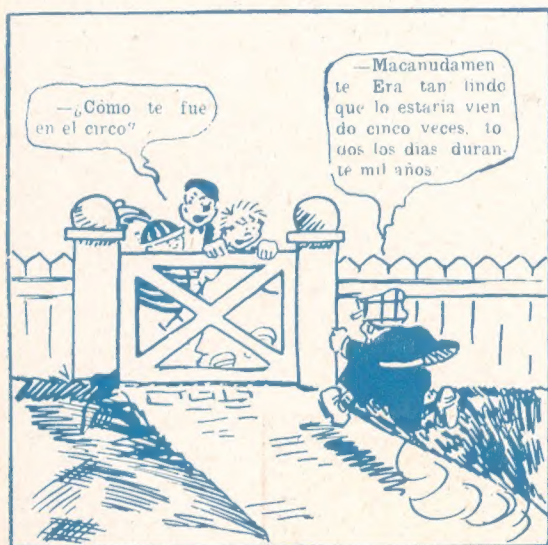
FRAY MOCHO



"ROMANTICISMO"

Por Ferrando

N.º 751



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 14 de septiembre de 1926

N.º 751

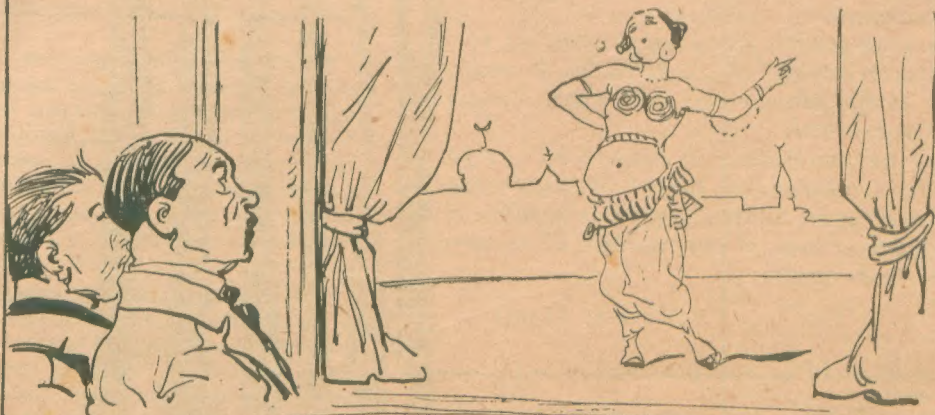
DE TODAS PARTES, por Rojas



—El célebre jugador de ajedrez Alekine, se le comió de entrada, a otro jugador, todos los peones.
—No me extraña, porque yo conozco comisarios de provincia que se comen el cincuenta por ciento de los vigilantes.



—Es curioso. Después de la caída de Pangalos, se ha formado un ministerio en Grecia, que casi todos los nombres terminan en vich. Vassavich, Milanovich, Teodorovich y todo en vich.
—¿Qué te parece?
—Magnificovich.



—¿Qué mujer bailando la danza del vientre!
—Aquí debiera estar Primo de Rivera para sofocar ese movimiento.



—A mí me parece lo más natural que un panadero alemán haya atravesado el Canal de la Mancha.
—¿Natural, por qué?
—Porque todo el mundo dice que es una heroicidad que tiene mucha miga.



—¿A qué haces testamento si estás rebotando salud?
—Voy a salir esta noche y seguramente me asaltarán.



Hoy, jueves, es día de visita en el hospital. Bajo el gran pórtico, una multitud ruidosa desfila en un movimiento sin tregua. Con las manos llenas de regalos permitidos, naranjas o flores, cada visitante se acerca a su enfermo. El jueves, Lariboisière parece más bien una estación que un hospital.

A la entrada, Yves Madec se detuvo. Sacó su permiso, lo volvió a leer, y vacilando se dirigió hacia la caseta del conserje:

—La sala Boutin, si me hace el favor, cama cuarenta y cuatro.

—Segundo patio, por la escalera F, en el primer piso.

Cohibido y tímido, en su uniforme de marinero, Yves Madec dió las gracias y siguió a la gente.

A la entrada de la sala una enfermera lo detuvo.

—¿Deseaba usted?...

—Vengo a ver a mi madre, la señora viuda de Madec, cama cuarenta y cuatro.

—Está bien, sígame.

La encontró casi al fondo, menudita, pálida, ¡y tan delgada!

Ella no le había visto; pero él se acercó a la cama y llamó en voz queda:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

La madre volvió los ojos lentamente y se fijó en él:

—¡Hijito!... ¿Eres tú?

Ya el muchacho se había arrojado a los brazos que ella le tendía. Le cubrió de besos y de caricias, y lo agobiaba con preguntas tan apresuradas, que él no podía responder.

—¿Llegaste bien? ¿Qué tal te ha ido? ¿Cómo te dieron permiso? ¿Pasaste a nuestra casa? ¿Y qué tren tomaste?

Sofocado de emoción, balbucía, llenábala de besos, acariciaba sus manos diáfnas y la calmaba lo mejor que podía. Por fin, cuando ella se hubo tranquilizado, se sentó a la cabecera, y cogiendo una de sus manos, comenzó a charlar.

Le relató su vida cotidiana de a bordo del gran crucero, los ejercicios, los largos viajes, los bellos países que habían visitado, sus fatigas, su nostalgia, su aislamiento, algunas veces.

—¿Sabes, mamá, que va a hacer cinco años ya que nos separamos?

—¡Ay, hijo mío! Mi alma ha sufrido tanto, que las penas me han envejecido.

Contempló la cara demacrada, los ojos profundos, las arrugas numerosas, y percibió la dura huella que la separación había marcado sobre aquel rostro querido.

Emocionado, la rodeó con sus brazos robustos, la besó en la frente y la miró con ternura.

A su vez, ella le contó sus miserias, cómo confió al tío Adrien los pocos bienes que le restaban y cómo llegó a París; su vida cansada y sin reposo, su enfermedad, su estancia en el hospital y su convalecencia actual.

—¿Te cuidan bien, al menos?

—Sí. El doctor es muy bueno, y las enfermeras muy cariñosas.

—¿Quieres algo?... De todos modos, ya sabes, cuando puedas salir, te llevo... Pasaremos juntos mis dos meses de permiso.

Ella lo miraba, le daba las gracias con los ojos. Yves, lleno de contento, desenvolvió el paquetito que le había traído, la sorpresa que le había preparado.

Bajo los ojos regocijados de la enferma depositó sobre la cama las telas azules y rojas que había comprado en Colombo, un collar de

LA VISITA

Por Luis Emery

coral pulido en las Marquesas, una pulsera de conchitas traída de Dakar y diez cosillas más, vistosas y toscas, recogidas en el curso de sus viajes.

De un nudo de su pañuelo el muchacho sacaba unas monedas. Explicó:

—Comprendes, mamá, nosotros no gastamos. Las había yo ahorrado para ti... para los dos... Ahora las emplearé, ahora que te voy a mimar.

Con lágrimas y una sonrisa la buena anciana le dió las gracias, cuando un grito lastimero salió de un lecho vecino.

—¿Qué es? — preguntó él.

La voz entrecortada, la nariz afilada, los ojos hundidos, anunciaban la agonía.

Todo era silencio alrededor de esa madre que pedía a su hijo.

Con los ojos nublados por las lágrimas se fijaba en la puerta, estremeciéndose cada vez que se abría... Pero, no; nadie venía a buscarla, y su brazo extendido volvía a caer desfallecido.

El ruido de una silla la hizo volver, y con esfuerzo sus ojos se dirigieron hacia el fondo de la sala... Un momento se fijó en algo; luego, bruscamente, gritó:

—¡Ahí está! ¡Es él!... ¡Pedro mío! ¡Bien sabía yo que vendrías

HORAS GRISES

En el fondo, todas son grises. Y las más terribles son las francamente grises: cuando nos encontramos frente al secreto de la vida, y los relieves, los contornos se funden en un mar de angustias sin límites.

Como las monedas donde se borran los cuños, somos entonces sin valor para las gentes de negocios, y ante nosotros mismos tenemos momentos de dudas acongojantes. Todas las amarguras que encierra la renuncia de las formas, las líneas, los colores, los altos y los bajos. Cuesta sacrificio acariciar la verdad de nuestro aislamiento, y, sin embargo, sólo aceptándola se dominan las tempestades y no se vuelven a encrespar jamás las aguas. Nuestras vidas son como los mares del Norte, que se funden en la lejanía de un cielo nublado. Y sobre el inmenso cristal desierto sólo cruza un ave solitaria.

En todos los ojos pueden leerse unas horas de melancolía; pero las gentes lo achacan a dolencias de amor, falta de gloria. Y nadie ve colmadas sus ansias. Porque hay más, siempre hay más...

¡Horas grises, porque el alma se ausenta del tiempo y quedan desteñidas las horas que pasan! Grises, porque son el dolor y el desengaño. Grises, porque es siempre el lago dormido, y, sobre el lago, el ave solitaria de nuestro corazón, que aletea sin rumbo.

V. GARCIA MARTI.

—Es una pobre mujer — le dijo la madre — que está muy cerca de la muerte. No saben si pasará la noche. Tiene un muchacho marino como tú, al que reclama desde hace días. Creo que nada más lo espera para morir...

—¡Pobre madre! — suspiró Yves, que sabía cuán inciertos son los retornos de la mar. — ¡Qué lástima me da!...

—Sí, es espantoso..., y todos los días lo llama...

Con quejidos desgarradores y sollozos la pobre llamaba a su hijo...

Una enfermera que a la sazón pasaba se detuvo, conmovida por el sufrimiento de la moribunda.

Adivinó su próximo fin; y dulce y maternal le arregló la cama, mientras la pobre preguntaba:

—Oiga usted, ¿no ha visto a mi Pedro?... ¡Ay, ya nunca vendrá!...

Es muy duro morir así, solita, sin nadie que me cierre los ojos...

para verme morir!...

Sus ojos agrandados por la fiebre, se fijaban en Yves Madec, aterrado.

—¡Hijo mío, no vienes!... ¡Te doy miedo!... ¡Ya no me quieres!

La enfermera se precipitó hacia Yves.

—Señor — le suplicó, — no la desengaño... Será su última alegría...

—¡No puedo, señorita! ¡No puedo!...

—Déjele usted creer...

—Pero es un engaño que...

—Un engaño que le será perdonado.

—Pero... si no conozco a esta pobre mujer...

—Es una madre y usted es un hijo... ¡Sea usted generoso!

—Ve, hijo, ve — le dijo su madre, y empujándolo suavemente prestó a su muchacho para el último beso de esa madre sin hijo.

Dos brazos descarnados lo lla-

maban. Pausadamente se dirigió al lecho. Ella lo atrajo hacia sí, lo cubrió de besos.

—¡Hijito, Pedro mío, ya sabía yo que habías de venir! ¡Cuánto tardaste!... ¿Te detuvieron, verdad?... ¡Ah, ese mar infame que a todos aprisiona!...

Con los ojos cerrados, mezclando sus cabellos castaños a las guedejas blancas, Yves se prestaba a esas caricias posternas con un raro sentimiento de miedo.

Un espantoso recuerdo atravesó el espíritu de la agonizante. Cogió a Yves por los hombros, fijó en él sus ojos apagados:

—¿A esa mujer perversa no la has vuelto a ver, Pedro?... No debes..., te haría daño..., es mala...

Yves prometió. Era el fin. La voz se apaga en un murmullo...

—Acércate, hijito, aquí... Gracias... por haber venido...; ya sabía que me querías..., a pesar de esa... Sé un hombre cristiano..., honra..., quiero que me entierren en...

La voz le falta.

—Arro... dillate. Te voy a bendecir... Pi...

La voz se ha callado.

Poco a poco, Yves desata los brazos que le oprimen y se levanta con el corazón destrozado, horrorizado por este espectáculo de la muerte.

Muy cerca, su madre llora en silencio.

Los ruidos se extienden lentamente en la paz del anochecer, y sobre aquellos lechos de dolor flota la melancolía trágica que sigue a los dramas.

Cosas de la nobleza inglesa

La nobleza inglesa, siempre ansiosa de mezclar el placer con sus fatigosas obligaciones sociales, acaba de crear un nuevo club nocturno, en el cual aquellos que lo desean, pueden combinar los movimientos de un "fox trot", un tango, o un "charleston", con una cura de sol... artificial.

Mientras las parejas se entregan a las delicias del baile o a las del traguito alcohólico, los socios de ambos sexos del "Palermo Club", que así se llama la nueva institución, serán sometidos a la intensísima luz de focos que imitarán, casi a la perfección, la luz solar.

Para que el efecto sea más completo, el techo del gran salón se pintará de azul. Las paredes serán pintadas también, imitando árboles que contribuyan a la impresión de que los asistentes a las fiestas del club están en realidad tomando baños de sol... vestidos.

Lord y lady Mountbatten, que son los fundadores de este club, en el cual sólo tendrán admisión los que pertenecen a lo más granadito de la sociedad y nobleza de Inglaterra, son, a la vez, íntimos amigos del príncipe de Gales, por lo cual se cree que Su Alteza, que gusta de estas cosas raras que le hacen olvidar momentáneamente las engorrosas obligaciones protocolares, se hará socio del "Palermo Club", próximamente.



SINTÉTICAS

DE LA FARSA INTERNACIONAL

Ese pintoresco organismo que se titula Liga de las Naciones, se está convirtiendo en un regocijante espectáculo de la actualidad mundial. Ya es cosa sabida que, apenas se inician las sesiones del Consejo, comienzan a surgir, por todas partes, dificultades y obstáculos, hasta convertirse en graves crisis periódicas que ponen en constante peligro la existencia misma de la enmarañada institución.

Y no podía ocurrir de otra manera. Reducto de la vieja diplomacia con todos sus reprobables manejos, vivero de intrigas y de sordas ambiciones, la Liga no significa otra cosa que un bello pretexto hábilmente elegido por los menos, para adjudicarse privilegios, imponer su criterio exclusivista y absorbente, y mangonear en provecho propio, a costa de los más.

Vanos son los esfuerzos con que se intenta hacer resaltar la transparencia del lago: los intereses opuestos laten en el fondo, y a su más mínimo roce el cieno asciende a la superficie ennegreciendo las aguas.

Creemos que los expertos culinarios de la diplomacia, encargados de elaborar el pastel internacional de Ginebra, caminan, irremisiblemente, hacia el fracaso profesional. Mostrada la hilacha, ya nadie duda de los propósitos y de la eficacia de la tal Liga; y por mucho empeño que pongan sus autores en aderezar el plato, es casi seguro que no habrá paladares que soporten su enrevesado condimento.

La única ventaja cierta que hoy ofrece la Liga, es desligarse de ella.

IRONIAS

En Italia ha sido recientemente inaugurado, con un ceremonial solemne, el gran monumento-osario del Pasubio, en cuyas amplias y silenciosas criptas, descansan los restos de millares de víctimas caídas en la última guerra europea.

Como se sabe, estas tumbas simbólicas, que casi todos los países han consagrado al "soldado desconocido", fueron creadas por el sentimiento nacional, con la idea de glorificar la memoria de los héroes que sucumbieron defendiendo a la patria; pero, en realidad, la misión que estos monumentos funerarios han de tener en la posteridad, es doble, pues nada podrá impedir que, al mismo tiempo que enaltezcan el recuerdo de los que perecieron en la sangrienta lucha, perpetúen contra la humanidad la terrible acusación del crimen de la guerra, señalando, como un índice condenatorio, hacia aquellos que primero ejercieron de verdugos, para luego llorar las víctimas.

MODELOS IRRACIONALES

Según informaciones procedentes de Nápoles, un pequeño perro siguió tras el coche fúnebre que conducía el cadáver de su amo, hasta el cementerio de Giugliano, donde el extinto recibió sepultura. Terminada la ceremonia del enterramiento, el perro fué a echarse en un montecillo situado cerca de la fosa, donde esperó pacientemente la vuelta de su amo. Los guardianes del cementerio, que en vano intentaron arrojar de allí al animal, concluyeron por conmoverse ante tan admirable prueba de fidelidad, y no sólo no le molestaron más, sino que le llevaron alimentos. Pero el perro se negó a probar bocado y después de permanecer, por espacio de ocho días, sin comer ni beber, fué encontrado muerto sobre la tumba del que en vida fuera su dueño.

Si no estuviere comprobado que los perros nos son infinitamente superiores, bastaría el supremo sacrificio de este pobre can, para establecer la apreciable diferencia que existe a favor de la especie irracional.

PRECOCIDAD Y CORAJE

En la ciudad de Santa Fe, un niño de 16 años encontró en la calle, por hallarse en libertad condicional, al autor del homicidio perpetrado, hace cuatro años, en la persona de su padre, y desenfundando un revólver, le dió muerte de tres balazos. Otra persona, que acompañaba al agredido, intentó intervenir en defensa de éste, pero el menor de referencia le hirió de otro balazo.

De lo expuesto se desprende que la sangrienta represalia comenzó a germinar en un cerebro de doce años de edad. Es, pues, un sorprendente caso de precocidad infantil... y de coraje hombruno.



Armando Castillo me esperaba aquella noche para ir al teatro, y yo llegué retardado a la cita.

Carola, esa hermosa mujercita que por tanto tiempo me había hecho suspirar en vano, acababa de decidirse a abjurar de sus crueldades. Esa tarde, en mi departamento de soltero, cuando trataba de espantar el hastío con una traducción francesa de Aristófanes, consiguiéndolo muy relativamente con la lectura de "Las fiestas de Ceres y de Proserpina", Carola, a cuyos encantos tantas veces había querido renunciar sin que mi deseo me lo permitiera, presentóse sin previo aviso:

—¿Cómo está mi poeta?

Levanté la vista del libro y reprimí un gesto de alegría.

—Ya lo ve: leyendo.

—¿Se puede saber qué?

—No la divertiría: una comedia griega.

Carola me miró con espanto.

—¡Pobre amigo mío! ¡Sólo ahora me doy cuenta de cuánto me quiere, puesto que por mí, para olvidarse de mí, no vacila en leer eso!

—Y, ¿quién le ha dicho que yo quiero olvidarla? Su recuerdo no me molesta. Me es indiferente.

—¿De veras?

—De veras.

—Entonces, su amor, su gran amor, ¿pasó ya?

—Usted lo mató, amiga mía.

—¿Ya no me desea?

—Ya no.

Me miró un rato, sonriendo, y luego, acercándose a mí, me echó los brazos al cuello y me besó en la boca.

—¡Mentiroso!

Yo hice un esfuerzo sobre mí mismo.

—Carola, no juegue conmigo. Parece que le gusta verme sufrir. Es una sadista. Pero gracias a Dios, ya no la quiero.

Volvió a besarme.

Y yo volví a quedar impasible.

Entonces, ella, loca de alegría, sacó el sombrero, que arrojó junto con la piel y su cartera sobre una butaca, y acurrucándose junto a mí, en voz baja, comenzó a decirme:

—Así te quiero, fuerte, sin humildades, sin pedirme nada, dominando tus deseos, haciendo que sea yo la que se humille, la que se sienta débil, la que suplique...

—¡Carola!

—Sí, te quiero, te quiero mucho, pero necesitaba tu rebeldía a mi coquetería... Bésame ahora.

Yo había deseado mucho a Carola. El primitivo capricho, acicateado por su resistencia, habíase transformado en una pasión de la que yo mismo me asustaba.

Por eso, aquella tarde en que vino a hacerme la ofrenda de su ternura, a pesar de ser poco más del mediodía, me resultó imposible llegar sin retardo a la cita que para las diez de la noche había dado Castillo.

Llegué cerca de las once, creyendo no encontrarlo, pero lo hallé sentado ante la habitual mesilla del café, con los ojos fijos en la copita de licor que tenía ante sí.

—Perdóneme usted, Castillo pero...

—Acabo de llegar, y temí que se hubiera ido usted.

En pocas palabras expliqué el motivo de mi retraso.

—Es usted un hombre feliz, pero eso no quita que ya sea tarde para ir al teatro.

H U M O ...

Por Marcelo Peyret

(Ilustraciones de Pedro Rojas)

—Es verdad.

—Le propongo, pues, ir a un cabaret. Hace muchos años que no los frecuento, y hoy tengo ganas de oír un poco de música y beber un poco de champaña. Usted me conducirá.

cabaret, nos despojamos de nuestros abrigos y penetramos en la sala, semidesierta a aquella hora.

Unas mujeres sin sombrero, las contratadas por la empresa para bailar con los que no llevan compañera, hallábanse agrupadas en tor-



Me miró un rato, sonriendo, y luego, acercándose a mí, me echó los brazos al cuello y me besó en la boca.

Me llamó la atención el deseo de mi amigo, sabiéndolo contrario a frecuentar esos sitios donde, según sus palabras, "la gente juega a divertirse y por nada del mundo confiesa que se hastía".

Cuando el pequeño ascensor nos dejó en el piso donde se halla el

no de una mesita, bebiendo y charlando.

Un señor de grandes bigotes negros, trajeado con un chaquet de inverosímiles solapas, denunciadoras de la inhábil tijera de un sastre de tierra adentro, se dejaba conquistar por una francesita de

cabellera oxigenada y labios rojos, quien, en su media lengua, jurábale que su "folie" era el campo, y que los únicos hombres verdaderamente simpáticos eran los que de allí venían.

Castillo y yo nos sentamos ante una mesa apartada y pedimos champaña.

La orquesta rompió a tocar uno de esos endiablados bailes de negros, tan en boga hoy.

Dos parejas comenzaron a contorsionarse al compás de sus ruidos, en medio de la sala.

Las contratadas, entusiasmadas con el espectáculo, o cumpliendo órdenes del dueño del establecimiento, se enlazaron de dos en dos y comenzaron también ellas a dar pequeñas carreras, a agitarse una frente a la otra como dos frascos de medicamentos, a dar grandes y antiestéticos pasos y girar luego vertiginosamente como peonzas.

Comencé una disquisición sobre el baile. A mi modo de ver, esos movimientos epilépticos, con intervalos de rozamientos lascivos, nada tenían que ver con Terpsicore.

La danza...

Castillo no me escuchaba. Había llenado y vaciado por dos veces su copa, y hacía tanto caso de lo que yo decía como del problema de la cuadratura del círculo.

Dejé de hablar y él pareció no notarlo. Permanecí un buen rato en silencio, y no se preocupó de interrumpirlo, concretándose a llenar por tercera vez su copa.

Yo entonces, sospechando una preocupación en él, y sabiendo que si no provocaba su confianza, no la tendría, me valí de una estratagemas.

—Sí, amigo Castillo — dije como si reanudara mi discurso anterior, — creo que ese libro es detestable. ¿Qué opina usted?

Al oírme interpelar, me contestó, con presteza:

—Sí, opino que es detestable. Usted lo ha dicho.

—¿Qué?

—El libro ese.

—¿Qué libro?

—Ese de que usted hablaba.

—Pues, yo no hablaba de ninguno. — Y ante su gesto de asombro prorrupe en una carcajada.

Rió también él y me pidió excusas.

—Perdóneme usted. Estaba distraído, pensando en un incidente que me ocurrió esta tarde...

—¿Es indiscreción?

Sonrió.

—No: ya sabe que para usted no tengo secretos. A otro no le contaría todas las tonterías que vuelco en su oído, pero como usted las industrializa en sus cuentos, no corro el peligro de aburrirlo.

Y tras breve diálogo comenzó su relato.

—Varias veces me ha preguntado usted quién era esa mujer cuya fotografía se halla sobre la chimenea de mi casa.

—Es cierto. Y usted me ha contestado que era la protagonista de una aventura de sus épocas de estudiante.

—Sí, le he dicho eso, porque sentía cierto pudor en decirle que fué algo más: el más grande, el más inmenso amor de mi vida.

Usted sabe, amigo mío, que un amor generalmente se vive tres veces: cuando es una esperanza, cuando se transforma en una realidad y cuando pasa a ser un recuerdo.

Quizá en la esperanza y en el re-

DUERME ...

Ahora duermen los pétalos de púrpura y los nacarados...

En los senderos del parque, los cipreses han quedado inmóviles; las margaritas se inclinan... Que se incline también tu corazón hacia mí.

La tierra reposa, abierta la bóveda estrellada; que tu alma descanse en mi amor, abierta por entero.

Ha cruzado una estrella fugaz, dejando un luminoso surco... Así también tus pensamientos han dejado una huella en mi alma...

El lirio repliega sus pétalos y se deja mecer suavemente en el seno de las aguas del lago...

Cierra también tus párpados, ¡oh adorada mía!, y descansa en mi pecho anegándote en mi amor...

TENNYSON.

cuerdo es cuando son más bellos, porque están adornados por nuestras ansias o nuestra melancolía.

Adoré a Delia cuando aun no era mía; idolatréla cuando lo fué, y la seguí amando mucho tiempo después de nuestra ruptura.

Fué la dulce compañera de mi vida estudiantil. Por ella abandoné amigos y vicios, para poder dedicarle todo el tiempo.

Usted sabe, amigo mío, que sólo se ama bien una vez en la vida, y ello no ocurre porque tropezamos con una mujer capaz de encender un buen amor, sino porque nosotros mismos cruzamos por un momento, que una vez vivido, ya no vuelve a pasar. Los hombres también poseemos una virginidad, que no por ser espiritual deja de perderse irremisiblemente después de la primera entrega.

En cierta época de nuestra vida, gozamos más con un gesto, con un ademán, con un rubor que sorprendemos en nuestras novias, que con todos los sacrificios que después puedan brindarnos otras mujeres. Y es que nuestra sensibilidad ya no percibe lo extremadamente sutil, el suave y leve matiz de la emoción primera.

Nunca, jamás, ya hombre, me ha vuelto tan dichoso la entrega de la mujer más codiciada, más largo tiempo apetecida, como el primer beso de aquella chiquilla que jugaba en mi niñez a ser mi novia. ¡Qué digo que su primer beso! El leve contacto de su mano, el imperceptible e involuntario rozamiento de su cuerpo, la mirada que sus ojos prolongaron un instante más de lo acostumbrado sobre nosotros, el suspiro con que apenas se interrumpió el sagrado silencio con que nuestra timidez llenó la primera entrevista a solas, marcaron en nuestra vida una sensación más intensa, más honda, más imborrable y nos embriagaron más, mucho más, que el logro de todos nuestros deseos en la amada más bella, más querida, más deseada de nuestras pasiones de hombres.

Y yo, amigo mío, estaba en esa situación, cuando Delia me concedió sus rubores, sus suspiros, sus caricias y sus ternuras. Nada supo negarme, y ese amor mío que con cualquier cosa se hubiera satisfecho, lo tuvo todo, todo...

¡Qué hermosa me parecía la vida entonces! Fué tan dichoso, pero tan dichoso, que una vez que la vida nos separó, el recuerdo de Delia, de esa santa mujercita que tanto y tan bien me amara, hizo muchas veces tambalear el escepticismo que posteriores desengaños y traiciones fueron infiltrándome en el alma.

—Hay muchas mujeres malas — pensaba, — muchas que no saben amar, pero las hay también dignas de cualquier adoración.

Y cuando sentía el dolor de un desengaño, cuando esa virginidad espiritual se fué para no volver, cuando me costaba creer en la sinceridad de las mujeres, y sintiendo sangrar mis últimas heridas iba a lanzar contra todas el anatema de mi desprecio, el recuerdo de Delia, surgiendo desde el fondo de mi corazón, contenía mis arrebatos y obligábame a confesar en voz baja:

"También las hay buenas".

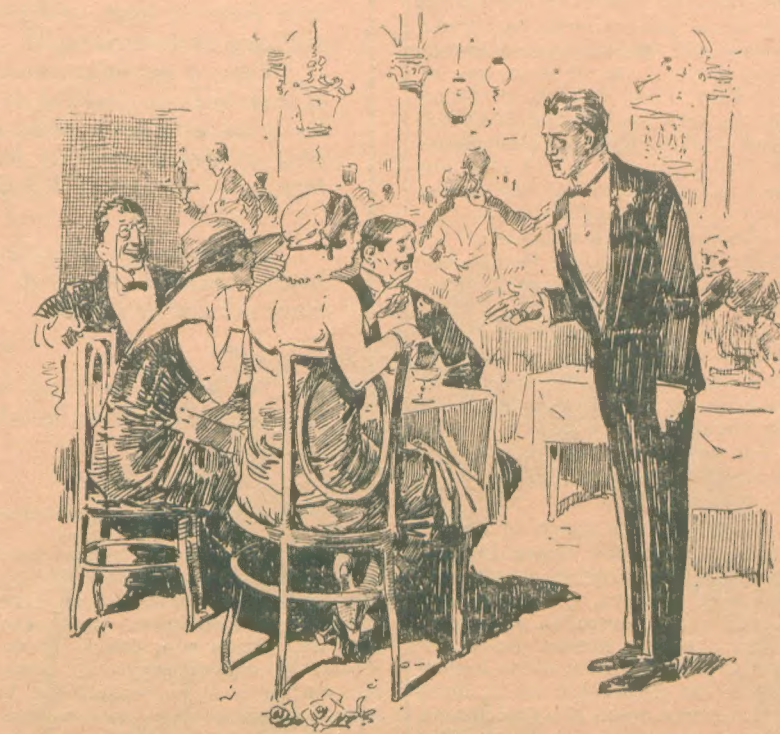
Por eso ha visto usted sobre mi chimenea aquel retrato amarillento, conservado con religioso cariño. Era el último refugio de mi fe.

Castillo calló. Parecía evocar épocas lejanas. Quizá por su mente cruzaba en ese instante el recuerdo

de aquellos besos que le producían estremecimientos de placer, de esas miradas que al posarse en él lo transformaban en un hombre enteramente feliz, de esos gestos que bastaban para entreabrirle las puer-

tas del cielo, entrevistas en las pupilas de la amada.

—Nos hemos quedado sin champagne.



—¡Usted!...

—Sí, yo.

Llamó al mozo y pidió otra botella.

Una vez que llenó su copa y la mía, bebió a pequeños sorbos y volvió a servirse.

Su voz ya no era la misma. De dulce, suave, temblorosa, que era, habíase convertido en un poco ronca y firme ya.

—Hoy la volví a ver. Cuando supe que esa mujer que se debatía en los últimos fulgores de una madurez conservada a fuerza de cuidados era ella, se borró de mi re-

tina la imagen de su presente. Dejé de verla envejecida, gruesa, ridícula casi en su tocado llamativo, para mirarla como era antes, a pesar de no tener con su pasado más punto de contacto que el metal de su voz, armoniosa, sonora, musical.

—Es ella, Delia—me dije. Y me prometí una fiesta de evocación. Ambos estábamos demasiado lejos del pasado común, para que nos doliera el revivirlo.

No estaba sola. La rodeaban otras mujeres y algunos hombres, casi todos de edad, de nuestra época, quienes comentaban sin entusiasmo las últimas novedades.

Cuando me acerqué a saludarla no me reconoció, y únicamente cuando le dije mi nombre, mi recuerdo acudió a su mente.

—¡Usted!...

—Sí, yo.

Quedé en silencio, sin saber qué decir, hasta que un amigo común preguntó.

—Pero, ¿es que se conocían ustedes?

—Hace... — se detuvo. — Hace mucho tiempo, tanto que no quiero hacer la cuenta de los años.

Explicó brevemente que habíamos sido amantes en nuestra juventud, y los presentes, todos gentes que ya habían vivido mucho, se complacieron en comentar risueñamente el suceso.

Yo, como todos, me revestí de la elegante despreocupación que cuadraba en la oportunidad, porque hubiera sido ridículo el hacer el sentimental, a mi edad y en ese sitio.

Comencé, pues, sin parecer darle mayor importancia, a evocar el pasado.

—En ese entonces Delia era una chiquilla ingenua y preciosa.

—Lo de preciosa — agregó uno — no lo pongo en duda. Lo de ingenua creo que es un optimismo suyo.

Todos rieron.

—¿No se defiende usted? — pregunté a Delia. — Sería interesante ahora que ese pasado es tan lejano que ya ni nos parece nuestro, el conocer nuestro estado de ánimo de entonces...

—Eso es — gritó alborozada una de las mujeres. — ¿Quién fué el engañado?

Y como todos la apoyaran, divertidos, se decretó que cada uno haría una confesión.

Comenzó Delia.

Y yo le aseguro, amigo mío, que hubiera deseado no escucharla.

—Sí; Armando fué el único hombre que me amó. Es cierto que era un chico casi, pero me amó hasta la ceguera.

Y cruelmente nos contó que me engañaba. Ella no me quería, pero habiendo cometido una falta, creyó que yo, enamorado como estaba, iba a casarme con ella, y me aceptó.

—Y lo hubiera conseguido, pero me arrepentí. Rafael, ese canallita que tanto se hizo querer por mí, se dió cuenta de que era una lástima perderme, y una vez que me vió decidida a casarme con Castillo, se le ocurrió que debía seguirlo. Y yo lo seguí. Mi argucia, de reconquistarlo entregándome a otro, tuvo éxito, y volví a sus brazos, después de haberlo acicateado con los celos. Yo me había hecho esta reflexión: O Rafael vuelve y me voy con él, o no vuelve y me caso con este muchacho que se ha transformado en un muñeco en mis manos...

Y siguió relatando su infamia, mientras yo sonreía. Contó hasta

La viajera

Ya van, con éste, tres pueblos en que me encuentro a esta dama, cuya presencia reclama mi atención.

¿Qué andaré haciendo, de viaje, sola, y de hotel en hotel, esta dama cuyo porte no ha rendido el vil ultraje del tiempo, que puso arrugas en su rostro, que su fiel tul moteado no ha logrado discretamente ocultar?

¿Artista de "varietés" o "cocotte" en decadencia?... La tengo entre ceja y ceja... Si me la encuentro otra vez, aunque se quede perpleja salgo al punto de mi duda: la abordaré... Y quizá juntemos por unos días su porte altivo y mi mal entrazada catadura... E iremos rimando ensueños de dulce melancolía, por estaciones y pueblos de oscura categoría!...

MANUEL CRESPO GARCIA.



un detalle para mí humillante. Yo le había regalado un anillo liso, sin leyenda, comprando para mí otro, con el objeto de que nos creyeran casados en los hoteles donde vivíamos. Pues bien, ella me pidió el anillo que yo usaba, con el pretexto de hacerle grabar su nombre, y nunca me lo devolvió, diciéndome que lo había perdido. Y se lo había regalado al otro.

Su confesión fué festejada.

Yo traté de reír, y para no hacer un papel desairado, inventé una fábula, en la que yo también la engañaba. Sabía lo de Rafael, pero no había querido hacer escenas. Total, yo la disfrutaba, y ese otro amor me daba un arma preciosa para cuando quisiera romper, a la terminación de mis estudios. Afortunadamente fué ella la que inició la ruptura, que yo acepté encantado.

Los oyentes volvieron a reír.

Uno hizo una frase más o menos filosófica sobre el amor y la verdad, y todos quedaron satisfechos.

Riendo nos hemos despedido. Los dejé en la pensión de artistas donde Delia desempeña ahora funciones de patrona.

Nuestras confesiones eran muy graciosas. Me pidieron que me quedara a pasar la velada con ellas, pero yo me fui. Y me fui lleno de tristeza. Acababa de asistir al asesinato de una ilusión, de una de mis más queridas ilusiones: el amor de aquella mujer.

Ya ve, amigo mío, cómo, después de tantos años, sin quererla ya, sin importarme nada de ella, aun podía sufrir por causa suya. Y es que dejaba de vivir el recuerdo de su amor. Porque, como ya le dije, vivimos tres veces nuestros amores: en la esperanza, en la realidad y en el recuerdo. A mí sólo me restaba

este último. Y murió hoy. Por eso, para alegrarme, para alejar mi estúpida tristeza he querido oír un poco de música y beber un poco de champaña. ¡Qué imbéciles somos los hombres! Aun los más experimentados, los más descreídos, conservamos la ilusión de que alguna vez se nos amó de veras, locamente. Y eso hace que sigamos creyendo en el amor... en el amor que no es más que un poquito de humo, que es una cosa extremadamente tenue, extremadamente inconsistente, irreal..., que no es más que un poquito de humo al que la realidad tarde o temprano disipa...

Castillo volvió a enmudecer y a tomar más champaña. Estaba beodo ya, y era su embriaguez melancólica y triste.

Lo encontré un poco ridículo. Parecíame divertida esa aventura con un epílogo grotesco después de tantos años, en que el escéptico se había engañado con ella.

Por otra parte, esa tristeza del desengaño, a su edad, no dejaba de ser cómica.

Pero de pronto pensé en Carola. Quizá también ella estaba jugando conmigo, construyendo en mi corazón, otra mentira, que algún día, cuando más creyera en ella, cuando su amor purificado por la ausencia, sólo fuera un dulce recuerdo que me ayudara a creer, iba a derrumbarse como el de mi amigo, en una revelación tardía y dolorosa.

Entonces, como él, tendría que borrar de mi espíritu todo vestigio de fe, y ya sería tarde para reconstruirla.

Un estremecimiento de angustia recorrió mi cuerpo. Pedí más champaña y Castillo dejó de parecerme ridículo...

PÁRRAFOS

Quien se acuerda de que hay sociedades de beneficencia, para hacer el bien, ya no sabe y hasta cree que no debe hacer el bien. ¡Ahí están, para hacer el bien, las sociedades de beneficencia!...

Pero, acuérdate: cuando a ti te hagan mal, no has de acordarte de la sociedad de beneficencia. Te acordarás de los hombres, que te hacen el mal. Claro, porque los hombres no deben hacer el bien. ¡Ahí están, para hacer el bien, las sociedades de beneficencia!

La verdadera filosofía, es la que dice a nuestro entender: busca lo bueno de la vida. Que vale decir: prescinde del mal de la vida.

No hay párrafo más interesante que el que trata de la vida holgada de los hombres.

JULIO CRUZ GHIO.

camente. Como bonita, lo era; pero la sonrisa no se separaba de su boca. ¡Oh, esa sonrisa la veo todavía y la veré siempre! Alumbraba su cara, y más aún, cuanto la rodeaba. Si expresaba yo un deseo sonreía; pero si por casualidad le dirigía algún reproche, sonreía también. Llegó, sin embargo, un día en que me pecaí de que, pareciendo asentir a todo, obedecerme en las más mínimas cosas, someterse gozosa a cuanto yo decía, en realidad no hacía otra cosa que su santa voluntad. Sospeché entonces que su sonrisa no fuese más que una mentira, una máscara puesta en su cara. Las cosas, no obstante, seguían su curso natural. Tras haberme mentido y desobedecido, me engañó, y sonreía; me robó, y seguía sonriendo; me arruinó, y sonreía también.

Acabé al fin por no poder soportar, por odiar aquella sonrisa; era una careta, una máscara que disfrazaba su semblante, y que era necesario arrancar. Estábamos entonces veraneando en el olvidado rincón de un pueblo montañoso. Una tarde me decidí a llevar a efecto mi determinación.

Como yo suponía, protestó, se defendió, gritó. Anulé su resistencia con unas ligaduras y una mordaza. Pude entonces trabajar a gusto. Para retirar la máscara hice unas incisiones en la piel de la cara y corté los labios. La sangre me estorbaba un poco a lo primero; pero pronto dejó de correr. La sonrisa, sin embargo, seguía persistiendo a causa del brillo de los dientes; co-

mo estaba decidido a ser yo quien triunfara, despojé la cara de toda su carne, hasta que quedó entre mis manos algo semejante a la cabeza de un muerto...

Pero sobre aquella cosa horrible la sonrisa reaparecía. ¡Qué digo la sonrisa! Era más: era risa, una risa tremenda. ¡Se burlaba de mí! Era para volverse loco, y creo, en efecto, que por un momento perdí la razón, porque los instantes, las horas quizá, que siguieron a aquello dejaron en mi espíritu una laguna que, por más esfuerzos que he hecho, no he podido llenar.

Estando en la montaña recobré los sentidos, me acordé de todo, y se apoderó de mí el deseo de ver de nuevo a mi mujer, seguro como estaba de que ya se habría resignado a verse privada de sus máscaras y a no burlarse más de mí.

En ese estado de ánimo me dirigí hacia casa. Desde lejos advertí que había delante de la puerta un grupo de personas; al aproximarme vi que el cuarto estaba lleno de gente; era, sin duda, que mi mujer había gritado y alborotado a los transeúntes. Algunos, en efecto, se apartaban de mí; pero otros, por el contrario, se me aproximaban, me hablaban de una gran desgracia y trataban de consolarme. Quise tranquilizarles, explicándoles que se trataba de una máscara que había ya arrebatado; pero no se me escuchaba; decían que unos lobos habían entrado por la puerta abierta y me mostraban el cadáver de uno de ellos que había quedado muerto en el sitio.

Yo estaba desconcertado; pero tuve que rendirme a la evidencia cuando, levantada una sábana que había sido extendida sobre el lecho, quedaron al descubierto los horribles despojos de los miembros destrozados de mi mujer. ¡Comprendí entonces! ¡Las miserables fieras habían devorado a mi pobre compañera y precisamente cuando, retirada su máscara, íbamos ya a poder vivir felices! Comprendí que me había dicho la verdad, y que los dientes voraces de los lobos, desgarrando las huellas del cuchillo, habían puesto un velo impenetrable sobre el crimen inconsciente de un loco.

LA MASCARA

Por Jean Reibrach

Un sentimiento de piedad me condujo un día al manicomio de Ville-Eurad, donde se hallaba internado un conocido mío de antaño. Había perdido la razón a consecuencia, según decían, de un accidente espantoso; su mujer, durante el veraneo en un pueblo montañoso, había sido devorada por unos lobos.

No podía sorprenderme que se hubiese vuelto loco. Siempre lo tuve por un hombre raro y propenso a la manía persecutoria; pero lo que causó mi asombro fué que la muerte de su mujer, no obstante las circunstancias trágicas de la desgracia, le hubiese puesto en tal estado. No demostró nunca quererla, en efecto, y aunque ella se mostraba invariablemente abnegada, cariñosa y risueña, guardaba yo la impresión de que había sido una mártir.

Le encontré envejecido, con luegas barbas, casi desconocido. Me acogió, sin embargo, con alegría; traté de resucitar en su espíritu recuerdos del pasado; pero fué en vano; absorbido por una idea fija, me interrumpió, preguntando:

—¿Has sabido la desgracia que he sufrido?

Y al contestarle afirmativamente, tuvo una risa tan singular que me hizo estremecer.

—¡Ah, sí! — dijo en seguida, — los lobos!... Es una historia extraordinaria. Quiero contártela, porque sé que tú, al menos, has de creerme. Tú conociste a mi pobre mujer; pero lo que ignoras, como todo el mundo también, es el suplicio que estuve padeciendo durante varios años. Yo la quise lo-

GOLONDRINA

¡Volvió otra vez la golondrina inquieta
A golpear los cristales de mi alma,
Trayéndome en sus alas peregrinas
la caricia sutil de una esperanza!

Vuelve la Maga con su extraño acento,
Luces y flores visten mis vergeles.
¡Huid, huid, oh sombras de tristeza,
Que ya la gracil peregrina vuelve!

CLARISA G. DE DIEGO ARBO.

Erase un ayuda de cámara, que no parecía sino un duque, vestido siempre de seda y oro y buscando aventuras como los caballeros andantes; sino que las buscaba al revés, si así expresamos el concepto, como quiera que él hacía lo que otros deshacían.

Hacía entuertos.

Pero los hacía, eso sí, con mucha gracia, porque era travieso y decididor como un bachiller, cortés y bien hablado, como un gentilhombre, muy galán de suyo y no poco rumoso de ajeno.

Con tales y tantos méritos, no hay ya que extrañar que hubiera adelantado tanto en su carrera, pues habiendo comenzado por ayudar a un barón, era a los veinticuatro años de edad nada menos que ayuda de cámara de un príncipe real, de un heredero de la corona de Inglaterra, de Enrique V, sin número de orden todavía.

No hay para qué decir si a la sombra de este árbol podría extenderse paje tan provecho, ejercitando sus grandes aptitudes, tanto más cuanto que el príncipe no era hombre escrupuloso, y fué él mismo quien por informes hubo de solicitar el servicio del paje, no el paje el servicio del príncipe.

Sea de esto lo que quiera, ello es que los dos estaban muy bien hallados, porque el ayuda de cámara se sabía de memoria todas las leyes de la etiqueta, y todos los gustos y costumbres del príncipe; lo servía a las mil maravillas, y por sahumo, aun lo divertía con sus cuentos picarescos, sus pasos de comedia y de crónica siempre escandalosa, y sus chistes y facecias del mismo agrio sabor.

Con esto estimaba mucho el príncipe a su paje; lo quería, que es algo más, y antes que perder tal alhaja, hubiera perdido, de buen grado, todos sus caballos y perros.

No podía exigirse más de un príncipe en aquel tiempo en que el hoy frondoso árbol de la libertad, igualdad y fraternidad no había dado aún la primera flor, ni aún la primera hoja.

Fuera de esto, la admiración susodicha venía a ser una justa compensación, no precisamente por lo que el paje, por su parte, estimaba al príncipe, sino porque lo servía de balde o sin salario.

Tampoco podía exigirse más generosidad a un pobre diablo.

Lo servía sin salario... pero tenía la llave de la gaveta... y váyase lo uno por lo otro.

II

—Jorge,—dijo una noche el príncipe a su paje, que le ayudaba a vestirse para un baile.

—Señor,—contestó el paje inclinándose respetuosamente, pues aun en tal privanza, no olvidaba jamás las leyes de cortesía.

—Hoy me han dado otra queja de tí.

—¿De mí otra queja?

—Sí, por cierto.

—No lo extraño, señor: en este pícaro mundo no tiene uno más honra que la que quieran darle.

—Es verdad.

—El Evangelio.

—Pero, ¿no recuerdas haber hecho alguna picardihuela?

—Señor,—contestó Jorge con picaresca sonrisa,—no tengo ningún escrúpulo de conciencia.

—Pues con todo eso, es grave la queja de hoy.

JUSTICIA SECA

Por Cecilio Navarro

—Pues no recuerdo señor... yo pago siempre todo lo que debo y nunca tomo la vuelta...

—Así debes hacerlo, estando a mi servicio.

El príncipe celebró el chiste con una carcajada.

—Así debo hacerlo, señor, estando a vuestro servicio,—repuso Jorge.

El que prueba
una vez nuestro
CHOCOLATE
GODET
EXTRA (PAPEL BRONCE)
es nuestro mejor pro-
pagandista, su sabor
convence a los mas
delicados paladares.

DANIEL BASSI & Cia.
8 MITRE 2538-54 B. A. 111

—Doy a los pobres lo que me piden; y sin ir más lejos, la otra noche se empeñó un marido celoso en que le diera algo, y le dí un coscorrón en el testuz, con el pomo de la espada.

—Pero la queja es más grave,—dijo el príncipe.

—Pues, señor, es azotar a un Cristo, porque yo huyo siempre de los enemigos del alma.

—Y, ¿quiénes son ahora esos señores?

ANECDOTA

Estando Luis XIV en el ejército, un gendarme, montado en un caballo fogoso, al que no podía dominar, pasó al lado del monarca, tropezando con él sin poderlo evitar.

El rey, en el primer momento de cólera, le dió algunos bastonazos.

El gendarme, ofendido, presentó al rey su pistola por la empuñadura y le dijo:

—Señor, me habéis quitado el honor; quitadme la vida.

El rey le contestó:

—Camarada: olvida lo que acabo de hacer. Yo lo recordaré para repararlo.

—No los conozco... sino para servirlos.

—Y a Mary Smelton... ¿la conoces?

Jorge se encogió de hombros y contestó sonriendo:

—¡Conoce uno a tanto enemigo del alma!...

—¿Un demonio es?

—No, por cierto, señor.

—¿Un ángel?

—Tampoco.

—Pues, ¿qué es Mary Smelton?

—Es carne, señor, carne.

El príncipe soltó otra carcajada.

Luego dijo seriamente:

—Pues esta mañana vino su padre a quejarse de tí por no sé qué desaguisado, en que media el honor de su hija, y tuve que imponerle silencio porque ponía el grito en el cielo, y era bien cortar el escándalo.

—¿Qué audacia!

—Bajó entonces la voz, pero no el fervor de su querella, y porque me dejara en paz, y no se fuera descontento, le arrojé un bolsillo de dinero.

—¿Qué más quería?

—Pues, lejos de aceptar transacción tan ventajosa, levantó del suelo las rodillas y me dijo, con cierto entono, que no venía a pedirme dinero, sino justicia.

—¿Qué insolencia!

—Tuve, pues, que despedirlo tan agriamente que no creo que se atreva a reproducir la queja.

—Siento, señor, haber sido causa, aunque inocente e indirecta, de vuestra justa pesadumbre, y juro no volver a...

—No jures, que reincidirás.

—Desde esta noche hago voto de castidad, señor.

—No exijo yo tanto, que el cielo, si a él aspiras, se puede ganar por otros caminos; mas, si quiero, por tu parte, para evitar compromisos, más cautela, más doblez, menos ingenuidad, y no eso de entregarse así con palabra de casamiento.

—No es tan ingenuo el que la da sin ánimo de cumplirla.

—Más libre queda el que no la da de ninguna manera.

—Hay peces tan espantadizos, que no se dejan pescar sino con ese anzuelo.

—En fin, de ésta ya has salido. No vuelvas a caer en tentación.

—¿Cómo he de caer ya, señor, si hago voto de castidad como hice voto de pobreza?

El príncipe ya vestido, se fué riendo a carcajadas.

—¡Qué poco pudor hay ya en el mundo! —exclamó Jorge, ya a solas, con su expresión más picaresca;— ¡ir una doncella a confesar sus culpas a su padre! ¡Venir un padre a confesar las culpas de su hija a un príncipe, que, después de todo, no es ningún confesor! ¡Qué mujeres! ¡Qué hombres!

III

Había pasado algún tiempo, y una mañana, cuando menos pensaba Jorge en la querella del padre de la desdichada Mary, pues había ya olvidado hasta el santo o santa de su nombre, véis aquí que llega un alguacil al palacio, ni más ni menos que a una cabaña, y pone en manos del paje un pliego de oficio.

El alguacil se retiró, hecha la diligencia, sin hablar una palabra, ni el papel daba tampoco explicaciones.

Era una simple citación, una orden de comparencia ante el tribunal de justicia.

Jorge se puso pálido.

No estaba acostumbrado a ajustar sus cuentas con la justicia y tenía a ésta liquidación, tanto más, cuanto que debiendo mucho y acreditando poco, tenía que declararse insolvente.

Los insolventes de justicia son culpables siempre, y a éstos, cuando no el capital ni las costas, siempre se les busca el bulto; cuanto más, cuando hay de todo en la vida del Señor.

Pero era muy gallardo el bulto del ayuda de cámara para que él mismo lo entregara a la responsabilidad de sus deudas de justicia. ¡Deudas de justicia!

Quitadle una cuña a este edificio y se viene todo abajo: quitad la justicia a las deudas de justicia y desaparecen estas deudas. ¿Quién quitaría la cuña que estorbaba al ayuda de cámara?

Jorge fué resueltamente a entregar la orden judicial al príncipe, su poderoso valedor.

—¿Qué travesura has hecho? — le preguntó el príncipe después de leer el mandamiento.

—Ninguna, señor, — contestó el paje seriamente.

—¡Ninguna!

—Ahora es cuando jurar y perjurar que estoy inocente, pues desde la otra vez, no he quebrantado mis votos; y siento no ser caballero para jurar y perjurar sobre la cruz de mi espada, pero juro y perjuro protestando de mi actual inocencia, por todo el honor que pueda caber en el pecho de un ayuda de cámara, el cual quiere también su alma para Dios.

—¿A qué dios aludes, a Júpiter o a Baco? — preguntó el príncipe sonriendo.

—Al Dios verdadero, — contestó el paje, sin perder su seriedad ni su palidez.

—Pero, ¿quién es tu Dios verdadero?

—No nos metamos, señor, en esas teologías, y baste mi juramento, que es de honor... relativamente.

—En hora buena: teniendo tan limpia la conciencia... no debes tener temor ninguno.

—Ninguno tengo, señor: quien no debe nada... con nada paga.

—Entonces, comparece ante el tribunal.

—¿Ante el tribunal he de comparecer?

—Es lo mejor. Mas, por lo que pueda ocurrir, no te olvides de decir que estás al servicio de mi persona y no necesitas más recomendación.

—¡Oh! esas son las generales de la ley, y sin esa advertencia, por ahí he de comenzar mi declaración.

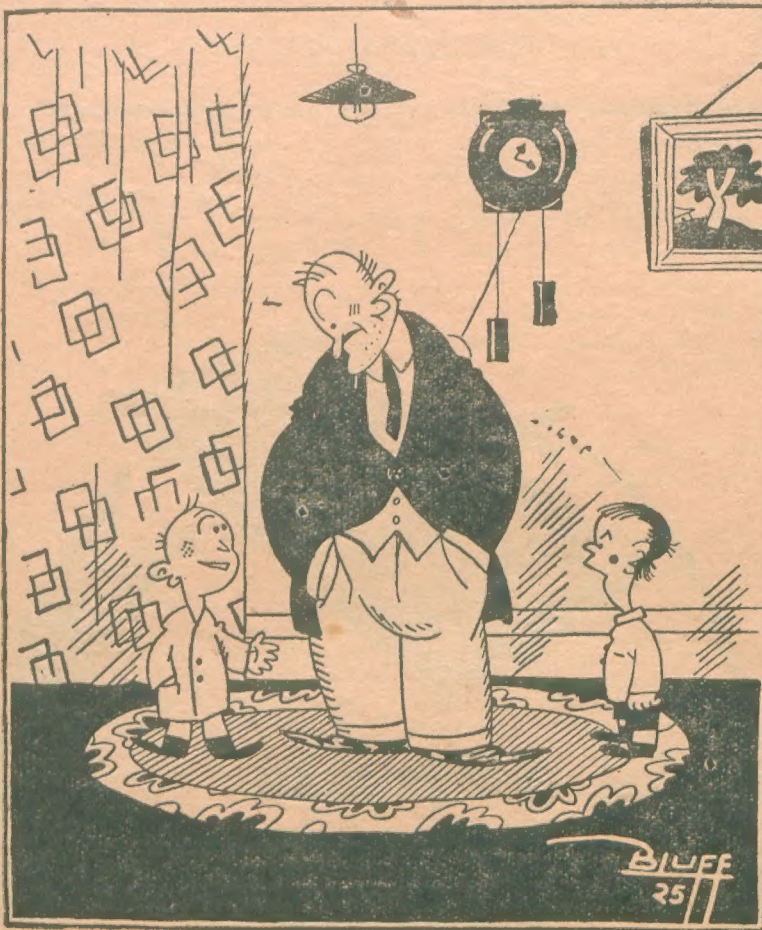
IV

Y compareció ante el tribunal.

El pobre padre de Mary Smelton, despedido tan agriamente por el príncipe, después de haberlo avergonzado tasando el precio de su deshonra, llevó su justa querrela, en toda forma, a vías de justicia. El tribunal la dió por bien presentada, tomó declaración al acusado, y a pesar de las "generales de la ley", que excusaban toda otra recomendación, halló méritos bastantes para dictar auto de prisión, y Jorge, ayuda de cámara del príncipe heredero, fué reducido a prisión en el mismo acto.

No había para qué incomunicarlo, y pudo así el paje avisar sin perder tiempo a su amo, rogándole

a la vez que si había hallado gracia en su magnánimo corazón, se dignara tenderle su poderosa mano



—Papá: el portero estaba diciendo que cuando te enteres de una cosa de mamá, te vas a poner hecho un toro.

LA MUJER FUERTE

Conoceréis a la mujer fuerte — en el sentido que esta palabra tiene de virtud cardinal, en la acepción que hace de la fortaleza inestimable don de las madres — allí donde se encuentre; adivinaréis este inefable y glorioso encanto de todas las edades y circunstancias de la vida.

Niña, la veréis alegre sin malicia, ágil y resuelta sin inquietud; cuando sus compañeras lloren porque han perdido su muñeca, ella se apresurará a reemplazarla con otra de trapo; cuando ellas se detengan al borde de un arroyo, ella lo saltará con la ligereza de una corza; cuando las otras se adornen con cintas, ella lo hará con flores o cerezas, y se deleitará con juguetes que serán pequeños ajuares, y meciendo a sus hermanitos pequeños.

Doncella núbil, su mirada será reflexiva; su pudor no será afectado, sino sincero, y en sus ojos asomará el desdén por la mentecatez o la insignificancia

Aldeana, ella será la que lleve la voz cuando acompañe a su marido a pedir favor o justicia; dama de alcurnia, cuidará de mantener su rango a despecho de posibles desviaciones o debilidades de su cónyuge.

En la prosperidad cuidará de evitar los riesgos; en la adversidad los afrontará sin vacilación y sin abatimiento.

Y, sobre todo, una vez madre será la fortaleza misma.

Por algo los hombres, cuando se ven en trance de muerte o de aniquilamiento moral, invocan el nombre de su madre, protectora resuelta, heroica defensora, inexpugnable fortaleza, grato e inolvidable refugio. Para los hombres de corazón la mujer más bella, más sublime, es aquella que sabe ser madre, es decir, la que sabe ser fuerte.

ANTONIO ZOZAYA.

para sacarlo de abyección tan vergonzosa.

Enrique, que como joven era impetuoso, y activo, como príncipe real, saltó de su asiento como por un resorte al leer tan inverosímil noticia; y dejando allí sus pasatiempos enderezó al tribunal, resuelto a pedir cuenta del agravio hecho a él en la persona de su paje.

Y con tal resolución, su ímpetu y altivez, entró atropelladamente en la sala de justicia.

El tribunal estaba juzgando ya otra causa.

—¿Dónde, — dijo interrumpiendo el acto, — dónde está mi ayuda de cámara Jorge Wilson?

El presidente, sir William Gascoyne, miró con asombro al príncipe, a quien conocía perfectamente, y en su gran sorpresa no acertó a contestar al exabrupto.

Pero, el príncipe, lo repitió más insolente, y esta reincidencia puso ya a tono al magistrado.

—¿Con qué derecho, — le preguntó a su vez, — os atrevéis a hacerme tan improcedente pregunta, estando yo "pro tribunali"?

—Debiérais saber que soy el príncipe heredero de la corona de Inglaterra.

—Yo no debo saber más que administrar justicia.

—¿Dónde está mi ayuda de cámara? — volvió a preguntar el príncipe, más exaltado por la contradicción.

—Aunque no tengo la obligación, quiero tener la cortesía de contestar al príncipe heredero de la corona de Inglaterra. Está en un calabozo.

—¿En un calabozo!

—Donde debe estar.

—Yo, mi mando que se ponga inmediatamente en libertad.

El presidente se levantó sereno, majestuoso, grande como un gigante, y contestó con voz reposada, pero enérgica, como dictando un auto:

—Guárdesse el mandamiento, pero no se cumpla.

—¡Pero no se cumpla! — exclamó el príncipe en son de escándalo.

—No se cumplirá, — repuso el magistrado con firmeza.

—¡No me obedecéis!

—Aquí no se obedece más que la ley.

—Pero el rey puede derogarla.

—Eso es. Y si queréis a toda costa la libertad de vuestro criado, recurrid al rey para que la derogue. Pero notad que entonces obedeceré otra ley, no vuestro mandato.

—Tanto orgullo deprime más y más mi dignidad de príncipe, y os advierto que no estoy en ánimo de tolerarlo ni de humor de hacer todas esas diligencias. Mando, pues, que inmediatamente...

—¡Basta!

—Mando...

—¡Silencio!

Y el silencio se impuso como a la fuerza a la augusta voz del magistrado.

Después de una solemne pausa, repuso éste:

—Aquí represento yo la ley y administro justicia en nombre del rey, vuestro padre. En ambos conceptos me debéis respeto y obediencia, príncipe. Yo, con la ley en una mano y la autoridad en otra, os mando que desistáis de un empeño tan temerario, dando ejemplo de sumisión a los que han de ser mañana vuestros súbditos. Pero no basta desistir, príncipe heredero

de la corona de Inglaterra. Habéis cometido un acto punible faltando gravemente a esos sagrados respetos, y yo no puedo dejar impune tan grave falta, sino manchando mi honrada toga. Os mando, pues, que os sometáis de buen grado al castigo merecido y os déis preso en nombre de la ley.

El príncipe estaba sorprendido, confuso, avergonzado, hasta arrepentido de su temeraria violencia.

En tan buena disposición faltaba sólo un toque para decidirlo.

Y el magistrado lo dió.

—Príncipe, — dijo, — en nombre del rey, vuestro padre, a quien aquí represento, obedeced mi mandato, dando una prueba heroica de vuestro respeto a la ley.

El príncipe se desdobló la espada en silencio, la puso en la mesa del tribunal y se dió preso.

V

La noticia de la prisión del príncipe heredero de Inglaterra, fué un asombro en la corte y un escándalo en palacio.

Los más allegados al trono se creían agraviados en la persona del príncipe, y protestaban a una contra lo que llamaban crimen de lesa majestad.

Pero, a pesar de su indignación, no se atrevían a comunicar al rey la noticia, temiendo sin duda ser ellos las primeras víctimas de su justa cólera.

Tenían razón, en cierto modo, porque el hecho era, en verdad, inaudito.

Pero, el mismo rey vino a sacarlos del conflicto, refiriéndoles lo que había sabido ya por más autorizado conducto.

Y cuando los palaciegos esperaban con temor que estallaran ruidosamente sus iras, levantó los ojos y los brazos al cielo, el bueno de Enrique IV, y redondeó este acto de valor cívico de su magistrado con estas nobles palabras:

—¡Oh, Dios, valedor mío! ¡Gracias por tus señalados beneficios! ¿Cómo no ha de ser grande y poderoso el reino en que tan bien asentada está la justicia? "¡Fia, fiat justitia et ruat cælum!"

VI

¿Y el paje?

Cuando tales vientos corrían para los príncipes, ¿cómo correrían para los pajes?

El paje quedó donde debía estar... en el calabozo, sujeto a las resultas de la causa.

MI PORTERO

Por Rodolfo Bringer

La lectura asidua de las novelas policíacas de Sherlock Holmes, Rouletabille y héroes semejantes, tiene hasta tal punto descompuesto a mi portero, que ha llegado a creerse en posesión de un maravilloso instinto detectivesco.

Como por sus ocupaciones en la portería no le es posible poner sus asombrosas facultades a la disposición de la Policía, se contenta con ejercer en la casa, limitándose a la defensa de los intereses relativos al inmueble confiado a su honrada custodia.

Ayer, a las cuatro de la tarde, próximamente, se presentó en la portería una señora muy joven, muy guapa y muy elegantemente vestida, preguntando por el cuarto que en la casa hay desahogado.

A sus preguntas el portero respondió escueta y políticamente:

—Piso tercero. Tres habitaciones, cocina y despensa. Agua y gas. No se admiten perros en la casa, y el piano sólo puede tocarse hasta las diez de la noche. Mil doscientos francos al año.

—¿Se puede ver? — interrogó la joven, a quien aquellos datos parecían complacer.

Antes de dignarse dar una respuesta mi portero examinó a su bella interlocutora desde la cabeza hasta los pies, envolviéndola en una mirada que hubiera merecido verdadera admiración a Conan Doyle y a Gastón Leroux. Después de una breve pausa, dijo:

—¿Es usted casada?

—Sí.

—¿Tiene usted hijos?

—Uno de ocho años.

—¿Qué profesión tiene su marido?

—Oficial del Ministerio de Transportes y Comunicaciones.

El portero sonrió algo desdenosamente, y como la señora insistiese diciendo:

—Pero, ¿puedo ver el cuarto?

—¡Es inútil, señora! — respondió categóricamente. — ¡Esto no es para usted!

—¿Cómo! — exclamó la dama con enojo.

El portero repitió:

—Esto no le conviene. — Y añadió condescendiente: — Su marido está empleado en un ministerio. Tendrá de treinta a treinta y cinco años, puesto que usted apenas tendrá veinticinco. Por tanto, dada su juventud, no puede tener un sueldo superior a cuatro mil francos...

—Pero...

—Se casó usted muy joven, como

lo demuestra que tengan un hijo de ocho años. Entonces su marido tenía que ser un empleado modesto y no podía aspirar a una dote de

Historieta judía

Lévy va a buscar a Bloch y le dice:

—Bloch, tú sabes que yo caso a mi hija mañana.

—Sí.

—Tú sabes que yo le doy cien mil francos de dote.

—Sí.

—Pues mira, no tengo más que cincuenta mil francos. ¿Me puedes prestar los otros cincuenta mil?

—No, desgraciadamente, no. Estoy casi sin dinero. Solamente puedo darte un consejo buenisimo.

—¿Cuál?

—Cuando el notario te pida el dinero de la dote, sacará tus cincuenta mil francos y los pondrás sobre la chimenea, delante del espejo. Cincuenta mil francos delante y cincuenta mil francos reflejados, son cien mil.

—Ya lo había pensado. Desgraciadamente, los cincuenta mil francos que tengo son los del espejo.

RAYMON GEIGER.

ANGUSTIA

Laboratorio cerebral,
noble alquimia del pensamiento,
que quiere transmutar el bien y el mal
en el oro del perfeccionamiento
espiritual...

Sufrimiento
y a la vez gozo sin igual.

Martillo de la idea,
infatigable y atormentador,
que golpea y golpea
nuestro dolor y nuestro amor.

Yunque en que se moldea
nuestro ser interior!

Locas ansias instintivas,
fiero huracán
bajo las frentes pensativas
de los hijos de Adán!

Cuerpos sensuales, almas sensitivas,
que a vida y muerte se dan,
abiertos como llagas vivas,
por la mujer y por Satán...

Enorme anhelo, siempre en guerra,
por comprender,
el enigma que se encierra
en el ser y en el no ser.

Tierra,
amasada por placer,
cómo te aterra
perecer!...

Vana visión, frágil ensueño
—todo es ficción!—
sois, al fin, como un beleño
para el ansioso corazón,
hasta dormir el dulce sueño
final, sin duda y sin pasión!...

VICTOR RUIZ.

importancia. A lo más, a lo más, de unos doce mil francos; es decir, unos seiscientos de renta anual. Tampoco pueden haber hecho economías, pues es usted aficionada al lujo...

—¡Pero!

—En resumen, que poseerán ustedes unos cinco mil francos escasos al año; y esto no es lo suficiente para que puedan pagar mil doscientos de alquiler. Acaso dirá usted que su marido se pasa todo el día fuera de casa, en su oficina; que se queda usted sola y que... dispone de todo el tiempo por suyo. Pero me he olvidado advertirle que las ventanas del cuarto dan sobre el tejado, que le sería difícil que la viesen asomada a ellas, y que, principalmente, en esta casa somos muy rigurosos en lo que se refiere a moralidad en las costumbres...

La pobre señora, sin escuchar más, encendida de vergüenza y de cólera, escapó, después de dirigir una frase algo molesta para el portero. Pero éste, impasible, se volvió hacia mí, y con aire triunfal me dijo:

—¿Lévy?... ¿Qué tal?

PAISAJE CONFIDENCIAL

El aroma de los pinos
va muriendo en el capuz
como los tristes destinos
en una aurora sin luz.

Ya los verdes alfalfaes
se inclinan como abatidos
por recónditos pesares
de que parecen heridos.

Como en tela desteñida
se unen en desacuerdo
los fulgores de la vida
y el color de los recuerdos...

En las pausas de la tarde
las horas parecen largas
y pasa un frío cobarde
por mis angustias amargas.

A MI HIJITO RICARDO

Fué tu cuna la vieja Normandía:
un país de marinas en colores,
cuyas playas formando una bahía
se duermen en el mar con sus rumores.

La vista era de dulce paz manchega,
con el triste ulular de extraño viento;
y frente a nuestra casa solariega,
tañían las campanas de un convento.

Aguardando el tesoro de tu vida
como un broto del árbol eternal,
mirábamos la noche florecida
con un trémulo gesto paternal.

Yo seguía la marcha de la luna...
y tu madre apoyada en la consola,
amante y pensativa cual ninguna,
soñaba con su alma de española.

Por fin abríóse en dos el Universo,
igual que la cigarra con su fruto;
para darnos tu cuerpo blanco y terso,
en medio de un suspiro irresoluto.

Después te contemplé como una estrella
que bendice la unión de los connubios...
Y me dije: "Los ojos son los de ella;
lo demás, como yo, cabellos rubios!".

Hoy tus rizos dispersos en torrentes
por tu rostro de pálido marfil,
no son ni mengos dorados ni fulgentes
que las áureas arenas en Deauville. (1).

...Y viendo en el varón más tarde al hombre,
el orfebre dé gozo y de arrebatado
por su obra feliz te dió su nombre,
al mirar en tu imagen su retrato!

(1) Pronúnciese: Dovil.

DE PROFUNDIS

Pasa una ráfaga fría
por los grandes ventanales
y sollozan los cristales
la canción del fin del día.

Una monja, en la abadía
confiesa todos sus males
y los pecados mortales
concluyen con su agonía.

Sigue un silencio profundo
que viene del otro mundo
como una ráfaga yerta.
...Luego tristes y llorosas
las monjas esparcen rosas
sobre el cuerpo de la muerta.

TUS LABIOS

Toi qui fais les grandes amours
Petite ligne de la bouche.

Sully Prudhomme.

Son tus labios de niña timorata,
dos hechizos, dos cálices de vida;
dos amores, dos rosas, una herida
que tu boca la forma y la aquilata.

NUESTROS POETAS Ricardo Arámburu



El nuevo libro de versos que ha dado a la publicidad nuestro compatriota Ricardo Arámburu, es un exponente de su fina sensibilidad, puesta siempre de manifiesto en sus composiciones rítmicas y a veces impregnadas de una vaga melancolía.

"El alma de mis horas" es un volumen de poemas sentimentales. El poeta que está alejado de nuestro país, en la tierra de Verlaine, desde hace unos lustros, des-empañando el Consulado Argentino, encierra en sus cánticos una tristeza dominante, avirada por la ausencia de sus lares, por el dolor de su madre muerta y por las evocaciones que siente de sus días de adolescente, cuando recién su espíritu empezaba a presentir las ilusiones e inquietudes.

No buscaremos en los versos de Arámburu el modernismo; las influencias ultraístas ni modernistas, no han torcido la corriente impetuosa de su espíritu, que dice cosas nuevas, sentires nuevos en moldes viejos, pero que son manifestaciones sinceras de su alma grande y atizada por la luz de ese ensueño que agiganta el corazón del artista, y le hace concebir cosas grandiosas y elocuentes.

Su musa canta al amor, pero a un amor triste donde clama por la esperanza; siente el dolor del viejo mendicante, que pasa con su caja de música bajo el frío de un invierno londinés y sueña ante su pequeña Doris Hébe, a quien compara sus manecitas con un puñadito de nieve.

El libro de poemas de Arámburu, es un conjunto de ternura. No asoma en la musa del poeta un gesto de rebelión; su alma sencilla se detiene en la belleza y caben en ella solamente: el amor, el dolor y la emoción.

Tiene también su nota panteísta en poemas breves tales como "Invierno", "De Profundis" y "En la paz del Monasterio". Allí el espíritu del escritor se abisma en la Naturaleza y pinta cielos crepusculares, gorjeos de pájaros y noches nevadas, de luz y niebla, de observación e inquietud. Son cuadros de la vieja Normandía, llenos.

El poeta seguirá cantando lejos de su cielo, tal como un pajarillo en bosque extraño, y sus ulteriores libros que prepara, nos darán en su galana prosa cosas muy bellas de aquellos países donde el arte levantó desde hace siglos su majestuoso templo.

Los lectores de FRAY MOCHO podrán apreciar la belleza del libro "El alma de mis Horas", por la transcripción que hago de algunas de sus composiciones.

F. B. VISILLAC.

No hay pasión por más pura y más innata
ni hay delicia en el mundo conocida,
que me brinde una fruta más sabida,
que tu boca de nítida escarlata.

Si juntaras tus labios con las flores,
con aquellas del rojo más divino,
diría, en esa unión de los colores,

que tu beso febril y purpurino
es aquel inmortal de miel y amores
que se dieran la Gloria y el Destino.

A LA HORA DEL CAFÉ

Es la hora nebulosa del café,
cuando suben las grisáceas espirales
y es salterio de nostálgicos raudales,
la oración desconsolada de mi fe.

La indolencia del mullido canapé,
—hoy tan suave a mi cuerpo y a mis males—,
reconcentra en las penumbras nocturnales,
la visión de una esperanza que se fué.

Mas, las nubes son artistas soñadores,
que dibujan sus paisajes sin colores,
en mi lírico y romántico desván.

Si las miro disiparse cual quimeras
me recuerdan de mis lánguidas riberas,
esas olas que se acercan y se van.
París, 1923.

TARDE PRETERITA

En New Forest.—Inglaterra.

Hoy estamos lejos
de aquel Buenos Aires
tan hospitalario,
que en dulces desgaires
mezclaba el Mosela,
el áureo champaña
y el mágico anís.
¡Tan cosmopolita,
con cielo de España
y luz de París!

¿Recuerdas la tarde
de rubios reflejos,
cuando yo miraba
tus ojos tan claros
como dos espejos
o como dos faros?
Cuando persiguiendo
quimeras felices
iban desfilando
lejanos países
enigmas y claves
de aquel Gath y Chaves
que dando a Florida
miraba a la mar?

¿Recuerdas ahora
la rítmica tarde,
el día, la hora,
la cita y lugar...?

Una tibia brisa
nos acariciaba
como mitigando
nuestros sinsabores,
todo se inundaba
de luces y flores:
la misma vajilla
de sólida plata
toda reluciente,
dime la verdad
¿no hacía más grata
la taza de té?

...Era la Armonía
de los mil colores,
era la Esperanza
trayendo la Fe.

Hoy, en pinceladas
de rústicos versos
que huelen a esencias
de sueños dispersos,
bosquejo incidencias
en estas cuartillas;
no es nada maestro
¡son cosas sencillas
pero es algo nuestro!

La pluma resiste la voluntad que ordena transcribir el terceto que inmortaliza la "bella criatura".

"...di bianco vestita", es tal como aparece la excelente mujer que, entre nosotros, realiza una misión, diríase providencial, en el escenario político. Pero, calificarla de "bella criatura", no obstante la proverbial gentileza que inevitablemente gastamos con el sexo débil, no es posible. La mano, en este caso, tiene el pudor de la belleza, plásticamente, se entiende. De ahí la rebeldía, cuando, siempre complaciente, acepta todas las imposiciones que permite al yo, gobernar a la bestia.

Todos la conocen en el país. Ella viste de blanco, como la inocencia caracteriza a la infancia. No es infantil, ni siquiera adolescente. Es una mujer ya entrada en años... tal vez el medio siglo hace rato que pesa sobre sus hombros. Salvo la originalidad que le permite ser única en el escenario, al definir, también, la unidad que exteriorizan todos sus esfuerzos, ella es una mujer como todas las mujeres, susceptible de pasiones, sentimientos, ilusiones y esperanzas, que de vez en cuando nublan la mente y perturban el corazón, al entremezclarse la abstracción con la realidad. Inteligente, culta, con título universitario, alcanza el renombre que le da popularidad, por la impasibilidad estoica con que propaga sus doctrinas, sin que la ironía altere la

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

(tranquilidad espiritual con que ella decora todas sus actitudes.

Si muchos de nuestros hombres políticos tuviesen la serenidad que esa "criatura di bianco vestita" tiene en la propaganda electoral, sincera y noblemente, tal vez y sin tal

vez, la lucha sería más interesante, con ventajas positivas para el país.

Casi siempre, al verla en el tablado, en la plaza pública, o encaramada en una silla, en las esquinas de la gran ciudad, perorando con su verba fácil y entretenida, sin

preocuparse del chiste callejero o de la interrupción traviesa de algún oyente, me ha parecido la imagen representativa de la fuerza que va, poco a poco, con persistencia irreductible, transformándose en factor eficaz, como la gota de agua, con el correr de los años, horada la piedra.

Sin duda, tiene, por esta circunstancia, un valor real y positivo que ella presiente para un futuro, tal vez lejano. La crónica que registra los hechos menudos, en la vida de los pueblos, algunas veces, transforma las nimiedades del presente en nobles grandezas del porvenir... Tal vez, también, el martirologio cívico, en la conquista de los derechos que enaltecen la personalidad humana, tenga su repercusión con la "criatura di bianco vestita", que, hoy por hoy, alcanza el voto que consagra la indiferencia en los hombres "sesudos", la gentil sonrisa de los amables y la graciosa ocurrencia, al par que despectiva, en los pilluelos...

"...di bianco vestita", es la figura más popular que el bello sexo tiene, entre nosotros. Al verla gastar tanto entusiasmo, pienso que, si en vez de actuar en política, emplease sus vigilias en difundir las ideas que definen la mujer, como fórmula sustantiva que fundamenta el hogar y organiza la familia, habría plasmado la realidad que concretan sus esfuerzos. Pero, entonces, — se corporiza la duda, — quizás no sería la "criatura di bianco vestita"...

BALTASAR GRACIAN.

EL BAILE MODERNO

El baile moderno, simpática evocación de los bailes nacionales del Senegal, de Guinea o de la Australia, es un buen aperitivo para las alegres faunalias del amor. El baile, en todas las épocas y en todas las civilizaciones, siempre ha sido un simulacro sexual, desde las ceremoniosas pavañas hasta la java apachesca que bailan los castigantes del cabaret de hogaño. Por parecerse tanto a la.... es por lo que tanto apasiona a las damas desde las trece a las cincuenta primaveras.

EMILIO CARREPI.

ino se asuste!

Es cierto que la temida influenza ha vuelto a hacer su trágica aparición en esta ciudad. Pero con asustarse no se gana nada. Lo que hay que hacer ahora es prepararse. Tomar las precauciones aconsejadas por los médicos y tener siempre a mano un tubo de FENASPIRINA, el remedio admirable que salvó tantas vidas en el mundo entero durante la última epidemia. En cuanto se sienta Ud. con dolor de cabeza, malestar, escalofrío y maltrato en todo el cuerpo, métase en la cama, tómese dos tabletas de FENASPIRINA con un trago de agua é inmediatamente después un limón exprimido en agua caliente; abríguese bien y sude. Tres o cuatro horas después, si los síntomas no han desaparecido, tómese otras dos tabletas. Por lo general, esto basta para contener el avance de la enfermedad.

¡Compre un tubo de FENASPIRINA ahora mismo! Si no lo hace, quizás tenga que arrepentirse. Supóngase que Ud. o alguno de su familia se sientan enfermos esta noche, cuando ya las boticas estén cerradas...



Los cuentos del abuelo

Por Pedro Heredia

Un médico recién recibido deba hacer sus primeras curas en un pueblo de campaña. Es en vano insistir. Tú vendrás al mío, donde te aclaman como al enviado del cielo.

Mis protestas fueron inútiles, pues cuando el abuelo se proponía algo, salía con la suya.

Compusimos nuestros baúles y salimos en dirección a "Esperanza", que así se llamaba aquel lugar que debía cubrirme de gloria y riqueza, según el abuelo. Imaginen mi congoja; separarme de los seres más queridos, del delicioso Buenos Aires, donde dejaba mis ensueños de estudiante romántico... pero la perspectiva de la gloria y el mágico poder del vil metal me empujaron a seguir los sabios consejos del abuelo.

Esperanza era un pueblo modelo, situado en un amplio valle, donde "el diablo perdió el poncho". Nada faltaba en él: con su almacén, hotel y posada frente a la plaza; peluquería, tienda y media docena de casas que esbozaban una futura espléndida calle, donde vivía la aristocracia "esperanzada".

Una comisión de "vecinos caracterizados" nos recibió en la estación que se encontraba sólo a dos leguas del pueblo donde llegamos triunfantes, entre las aclamaciones entusiastas y los estruendos retumbantes de las bombas.

En el hotel ya estaba preparada una opípara cena. Mi abuelo estaba en la gloria. Nunca le había visto tan alegre; diríase que había rejuvenecido veinte años al respirar los saludables aires de su nativo pueblo serrano. Tenía siempre la palabra y sus antiguos amigos, le escuchaban embelesados, como si hablara un profeta. El embargaba la atención de todos. Creo que se había olvidado de mí, cuando mi abuelo creyó prudente hacer mi elogio, presentándose como estudiante aventajado, de una inteligencia superior y una lumbrera de la Facultad.

—Este ha salido al abuelo — terminó diciendo. Yo sentía fuego en las mejillas, todas las miradas me enfocaron y en seguida se brindó por mi porvenir, por la salud del abuelo, por la prosperidad del Intendente... y del pueblo en general, sucediéndose las copas unas a otras, con la consiguiente alegría del tabernero, que veía en ello un espléndido negocio. Mi abuelo no aflojaba; hablaba por veinte.

—Ya nada nos falta en este floreciente pueblo; por fin tenemos médico, — dijo uno.

—Buena falta hacía — contestó otro. — ¡Bebamos!...

—Ya no habrá miedo a la muerte, — interpuso un tercero.

—¡Un momento!... — interrumpió mi abuelo. — Sabrán ustedes aquel célebre cuento del médico pueblerino.

—Que lo cuente... Que lo cuente... — exclamaron en coro. Yo estaba en ascuas. Hice todo lo posible para distraer la atención de los oyentes, por ver si mi abuelo de-

sistía de su cuento, pero fué en vano. No sabía qué hacer para que mi abuelo callara. Estaba seguro de que nada bueno podía referir después de tan abundante libación. Por otra parte, sus cuentos eran célebres y siempre terminaban con algún desquite. Mis orejas ardían. Hubiese deseado ser sordo y en ese momento envidiaba a los que tenían tal defecto físico.

—Pues, señores... — comenzó. — Era un pueblo como éste, dotado de todas las maravillas de la Naturaleza; sólo faltaba un médico, y éste llegó un buen día. El doctor, conceptuado como un sabio no se daba con nadie, atendía sus enfermos y se encerraba en su casa, donde pasaba las horas en compañía de sus libros y de su familia. Un hecho



—No conozco más que un médico en quien tenga fe completa. ¡Es asombroso!
—¿Especialista, tal vez?
—Sí; se ocupa únicamente de la venta de inmuebles.

llamó la atención del facultativo. En sus salidas encontraba invariablemente a un hombrillo que se deshacía en cumplidos y reverencias para saludarlo; pobremente vestido en los primeros tiempos, con alguna decencia después, y esmeradamente elegante al fin. Esas demostraciones de aprecio tan exageradas intriguaron sobremanera al médico, pues no recordaba dónde ni cuándo había conocido al que dábale muestras tan exaltadas de agradecimiento y respeto. ¿Si será algún enfermo? — se decía. — ¿Tal vez algún amigo? — Piensa que te piensa, pero nada. En ningún rincón de su memoria encontraba donde habría conocido a ese misterioso personaje.

—Buenos días, ilustre doctor... Que Dios le dé cien años de dicha!...

El médico saludaba y seguía de largo.

—Adiós, mi salvador!... Héroe de la humanidad!... Gloria de la medicina!...

El doctor respondía con una ligera inclinación de cabeza y seguía su camino.

—Buenas tardes, mi ilustre bienhechor!... — y así, las galanterías del desconocido se repetían invariablemente en todos los encuentros, hasta que un día, intrigado el médico, quiso saber el por qué de aquellas múltiples gentilezas.

—Oiga usted, buen hombre, — le dijo al desconocido. — ¿Por qué me tiene usted tanto aprecio?

—Doctor, es usted mi salvador, — contestó el desconocido. — Todo se lo debo, fortuna, tranquilidad, bienestar, y porvenir; y como no soy un ingrato, le quedaré toda la vida agradecido. ¿No ve usted la diferencia en mi indumentaria? Compare los andrajos con que me cubría cuando usted llegó a este pueblo, con la impecable vestimenta que me engalana hoy. Por otra parte, mi cartera está siempre repleta; observe usted mi chaleco, qué ufano ostenta una pesada cadena de oro diez y ocho, de donde se engancha orgulloso un finísimo "remontoir", todo fruto de mis pingües ganancias. Ah!, doctor... gracias... gracias. Sin usted a estas horas, yacería en la indigencia y mi familia, sabe Dios las penurias que hubiese pasado; pero gracias

a usted mi negocio prospera y florece día tras día. No tengo un momento de descanso, trabajo de la mañana a la noche, — y así diciéndolo, el hombrillo estrujó al sorprendido médico con un furioso abrazo.

—Disculpe mis arrebatos, doctor, pero son frutos del agradecimiento.

—Pero... perdón... yo no recuerdo haber hecho nada por usted. — contestó el médico entre confuso y pensativo, creyendo ahora que se trataba de un loco.

—Pero, doctor!... Es imposible que no me reconozca, siendo usted quien ha labrado mi fortuna.

—Le juro que no le conozco a usted, a pesar de que efectivamente me he dado buena cuenta en la metamorfosis que ha sufrido su vestimenta.

—Señor... ¿No lo adivina? Soy el empresario de las pompas fúnebres.

—¡...!

Y aquí mi abuelo terminó el cuento, entre las carcajadas del auditorio. Yo aproveché aquel momento de confusión para convencer a mi abuelo de que debíamos ir a

Hoy

ES UN PLACER EL PURGARSE

Un estómago sucio es foco de infecciones y fermentos; causa de fiebres, mareos, dolores de cabeza, malestar general, inapetencia, debilidad y anemia que puede concluir en tuberculosis, etc.

LIMPIE SU MAQUINA

SACAROL

se toma como azúcar en el desayuno, leche, té, café, cocoa o agua, sin que se perciba el menor gusto a medicina. Pueden tomarlo desde el niño al anciano; pues es completamente inofensivo, y no exige guardar régimen. Cuesta sólo 15 centavos en todas las farmacias. Rechace todo SACAROL que no lleve la firma de ARAUJO y Cía., en el sobre.

descansar. Lo llevé hasta la habitación contigua, que en adelante debía ser mi consultorio, y nos encerramos, dispuestos a dormir sin conseguirlo.

La charla continua, mezclada con la risa y gritos de la gente, no me dejaba conciliar el sueño a pesar de la fatiga del viaje que me tenía molido.

De pronto se hizo un silencio casi absoluto; luego una voz gruesa y bronceada parecía exhortar a la multitud. Otras voces apagaron a la primera en señal de protesta, pero la gruesa voz se impuso y me pareció que dominaba a todas. Creí que se trataba de un altercado. Agucé el oído y pude escuchar:

—Bien claro lo ha dicho.

—Pero si era un cuento...

—Fue una indirecta.

—Más claro, échele agua. Dijo que cuando no había médico, no moría nadie, y el doctor era quien mataba a la población; y si lo dice el abuelo, no hay duda de que así será, pues cuando uno está puoteado es cuando no miente.

—¡Claro! ¿Quién nos dice a nosotros que éste no venga aquí a enterrar alguna peste para ganar dinero?...

—Aquí no queremos envenenadores.

—¡Que se vaya!...

—Sí; hay que lincharlo!...

Y la multitud, que media hora antes nos aclamaba triunfantes, ahora estaba enfurecida detrás de mi puerta, amenazando derrumbarla. Aquella gente, semejante a una horda salvaje, parecía sedienta de sangre. Estábamos perdidos.

Mi abuelo y yo nos vestimos en un santiamén, saltamos por la ventana y en una sola carrera llegamos a la estación, donde, por suerte, pudimos alcanzar el tren que regresaba a Buenos Aires.

—Este fué mi estreno en la medicina, — terminé diciendo el doctor Domínguez, — y mi abuelo, ya está radicalmente curado de su inofensiva manía, de relatar cuentos chistosos.

Alla en la tierra sagrada del Nilo, río divino y monstruoso también, cuyos peces son hipopótamos, caimanes y cocodrilos, y cuyas inundaciones de treinta o cuarenta pies de altura son mares o diluvios que fecundan la vida vegetal; en el reino de los Faraones y Tolomeos, donde están las célebres pirámides, sepulcros de antiguas dinastías, piedras miliarias gigantescas de civilizaciones que pasaron, y donde estuvo el tesoro más precioso, el oro y los diamantes y las perlas del pensamiento humano, en la primera biblioteca del mundo; en el país del cielo más azul, el aire más dorado, de vegetación más verde, de temple más tibio, de aves más raras, de flores más vivas, de mujeres más morenas, ardientes y voluptuosas; en el viejo y misterioso Egipto, cuna de la historia y de la ciencia y del arte y toda cultura; allí hay una hermosa, alegre y nobilísima ciudad, recostada muellemente a orillas del Mediterráneo, como en su lecho nupcial, y dormida aún en su primer sueño de amor y de gloria, al ósculo generador del épico e inmortal Alejandro Magno; es la grande Alejandría, centro de la ilustración hasta el séptimo siglo cristiano, y emporio siempre del comercio de Levante.

II

Aclaraban ya en el horizonte de los tiempos los primeros albores de la era cristiana. Corría la época del triunvirato romano, y Antonio, general afortunado, que con Octavio y Lépido compartía el imperio del mundo, después de la muerte de César, recabó para sí el gobierno de las provincias de Oriente.

Tocóle, pues, en esta repartición de pueblos, el reino de los Tolomeos, conquistado ya por César; y victorioso de otros reinos, y enriquecido de despojos, y fuerte con sus legiones, altivo y fastuoso, entró por arcos de triunfo en la ciudad de Alejandría.

Tenía por mujer legal a la virtuosa Octavia, hermana de uno de sus colegas de triunvirato, y a Licoris por concubina; sin renunciar por eso a los despojos de amor que le ofrecía la victoria, afortunado en toda lid y tan avasallador y violento, como sensual y vicioso.

Con tan pocos escrúpulos y tal y tanta potestad, capaz era de sacrificarlo todo a sus pasiones; pues el que sojuzgaba tantos pueblos, estaba a su vez sojuzgado por su orgullo, por su ambición, por su envidia, por su intemperancia, pero sobre todo, por su lujuria.

¡Y estaba en la corte de Cleopatra, reina de Egipto, y también de la hermosura y del amor!

¡Y menesterosa de su apoyo y su valimiento, la reina de la hermosura y del amor estaba a sus plantas!

¡Pobre Octavia!

III

En el palacio de los Tolomeos, precioso monumento de arte griego, aunque no puro, sostenido en la alta plataforma a un extremo de Alejandría, por figuras colosales, y guardado aún por la antigua esfinge egipcia, que empuñaba su busto humano sobre su cuerpo de bruto a cada relleno de la escalinata exterior, había una cámara con vistas a un jardín no menos delicioso que el edén.

Las artes suntuarias exornaron a porfía esta cámara, especie de gine-

El brindis de Cleopatra

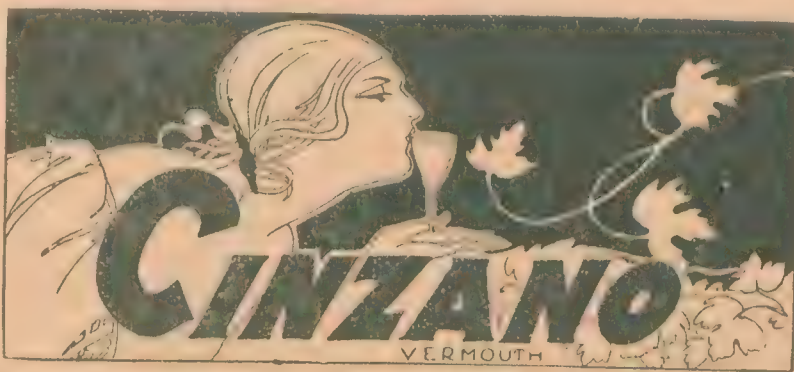
Por Ben-Orvanar

ceo real; pero no le dieron carácter o confundieron allí todos los caracteres del adorno. Había en él muebles y objetos de gusto egipcio, griego, romano, romano sobre todo, como una revelación de preferencia, de afición, de cariño.

El bello y rico lecho o reclinatorio a la romana, de oscuro y oloroso cedro con incrustaciones y molduras de oro y marfil, de nácar y piedras preciosas, de todos colores y sobre un manto de púrpura

igual. Una gran mata de pelo negro y lustroso como el azabache, prendido en la coronilla con un cordón de oro y alfileres de diamantes, caía luego, mitad en trenzas, mitad maliciosamente ensortijada sobre los desnudos hombros y sobre el seno, desnudo también en parte.

Su estatura debía de ser de prócer; sus formas completas y firmes y todo su cuerpo gallardo, según se adivinaba fácilmente al través de



real tendido sobre el muelle cojín, estaba voluptuosamente recostada una mujer hermosa y joven, que respiraba en su mismo desdén altiva distinción y majestad.

Era morena, pálida, de ojos grandes, negros, húmedos, brillantes, de nariz correcta, griega, de labios rojos, abultados, entreabiertos, africanos, dejando entrever como dos sartas de perlas, una dentadura blanquísima, limpia, esmaltada,

la túnica de seda de Corinto que se ceñía a sus carnes.

Sus sandalias bordadas de oro y pedrerías y sujetas a la bien cortada pierna con cintas de seda roja, terminaban en punta de falo, como las que usaban las cortesanas de Roma.

Era indefinible su edad: ni era niña ni era vieja. Cuando alegre o plácida, dejaba oír su voz argentina y sonora como un canto, parecía

frisar en los veinte años; cuando enojada fruncía las cejas o bien con frente serena, departía de ciencia, de arte, o de gobierno, parecía pasar ya de los treinta.

De todas maneras era una mujer hermosa, arrogante, soberana, tentadora.

Era la reina de Egipto; era Cleopatra.

IV

Alrededor de la reina había hasta doce esclavas de diferentes lenguas; y todas usaban sus trajes gentilicios, menos sus dos favoritas, Tulia y Terencia, que vestían de ninfas mitológicas.

Las dos favoritas, atentas a su voz, estaban de pie a su cabecera; las egipcias Taia y Hemva, de rodillas a sus plantas.

Las demás, distribuidas en dos grupos a una y otra puerta de la cámara, esperaban humildemente sus órdenes.

—¿No ha venido aún Amenemhe?

—preguntó la reina.

—No es medio día aún, señora,— contestó Tulia.

—Que entre en cuanto venga.

Tulia hizo un ademán, y luego al punto salieron Taia y Hemva a cumplir el real mandato, reemplazándolas otras dos esclavas a las plantas de la reina.

—Mientras tanto, distraedme,— repuso Cleopatra.— Cuéntame una historia, Tonau.

Una de las esclavas de rodillas, se levantó a una indicación de la reina, y dijo en son de maestra:

—Te contaré, ¡oh reina mía!, el misterio de la Triada formada por las tres partes de Amon-Ra: Osiris el padre, Isis la madre, y Horo el hijo.

—No,— contestó desdenosamente Cleopatra.

—Te contaré la historia de Apis, el buey sagrado, que...

—No.

—Te contaré la del Ibis, que es también...

—No.

—Te contaré...

—No me cuentes nada tú, que siempre cuentas lo mismo,— dijo la reina con enfado en cierto modo pueril. Tonau volvió a arrodillarse a las plantas de la reina, la cual, dirigiéndose ahora a sus favoritas, añadió:

—Entretenedme vosotras, que sabéis cosas más gratas y las contáis mejor.

Tulia contó la historia de Venus; Terencia la de Marte.

Y Cleopatra, muy complacida, enseñó varias veces las perlas engarzadas en los corales de su boca.

V

—¡El sabio Amenemhe! — dijo, anunciando, Hemva.

Y ella y Taia se pusieron a uno y otro lado de la puerta de entrada.

Cleopatra se incorporó sobre su mismo reclinatorio, se abrochó la túnica sobre el pecho, y con ayuda de Terencia, se echó encima un paño de la púrpura, en cuya cenefa resaltaban en dorados jeroglíficos los atributos de su reino, de su majestad y dinastía.

Después de una larga pausa, se dignó hacer la reina un imperioso ademán como autorizando la entrada de Amenemhe.

Este apareció muy luego entre los rojos paños del pabellón de la puerta, entreabiertos por las dos esclavas, y a otra indicación real salieron todas ellas, menos Tulia y Terencia, que discretamente se quedaron, aunque entre cortinas.

Impresiones del bar

HISTORIA

—No abuséis del alcohol,—dicen los médicos.

Yo respondo:—Mi vida es el alcohol...

Paso mis noches tristes en los bares porque consuelo de mi pena son.

—Amé una vez...

—La historia se repite... dice al oírme un interlocutor.

—Es verdad. Y también en las mujeres se repite una historia: la traición...

DUDA

Un marino en el bar dijo tu nombre.

Galones de oro. Acaso un capitán...

Me levanté, cruzamos un insulto, se marchó y no lo he visto nunca más.

No lo he visto... Mas, dentro de mi pecho quedó la duda, trágica y veraz.

¿Qué fué ese hombre en tu vida? ¿Quién lo sabe! ¡acaso ni tú misma lo sabrás!...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.



El sabio Amenemhe, viejo ya por sus años, y más envejecido en los privilegios de la ciencia, hizo una profunda reverencia y avanzó modestamente, quedando a mucha distancia, donde repitió la inclinación, más profunda y extremada todavía.

Cleopatra lo autorizó a acercarse más, con una graciosa y expresiva seña.

Amenemhe no se acercó más; pero se adelantó algunos pasos, quedando siempre a respetuosa distancia.

—Reina de Egipto, — dijo inclinándose por tercera vez casi hasta el suelo, — te has dignado mandarme venir, y vengo a recibir tus órdenes.

—¡Sabio Amenemhe! ¡Cuán miserable es la mujer que no sabe, si quiera sea reina de Egipto!

—¡Por Osiris! No, no debe quejarse de su poca sabiduría la mujer que sabe tantas letras y artes, ni menos la reina que no ignora la ciencia del gobierno.

—¿Y la ciencia de la naturaleza?

—¡Oh, ilustre princesa! Déjanos algo a los viejos, que no sabemos ya leer más que en ese libro.

—Necesito que me ayudes con tu ciencia.

—Tu derecho es mandar; mi obligación obedecer. Manda, pues, reina mía.

—Bien sabes cuán fastuoso es Antonio.

—¡Oh! le cuesta a él poco un fausto que paga el soguzgado y pobre Egipto.

—Anoche mismo, — repuso Cleopatra, desentendiéndose de esta queja del viejo Amenemhe, — dió en mi honor un banquete a cuya mesa se sirvieron los más preciosos manjares y la dulcísima ambrosía de sus dioses inmortales, servido todo por ninfas y amorcillos. Y no ya sólo las flores que adornaban las ánforas, hasta los peces que se sirvieron en tan espléndido festín brillaban con reflejos de sol en medio de la noche, pues los ojos de los peces y las semillas de las flores no eran sino puntas de diamante.

—¡Pobre Egipto! — exclamó el sabio Amenemhe moviendo la cabeza con despecho.

Cleopatra continuó sin hacer caso del sabio.

—Soy la reina de Egipto, y aunque halagada por las finezas de Antonio, me siento deprimida ante su lujo. El parecía el rey de Egipto y yo...

Una nube pasó por la frente de Cleopatra, cuyas cejas se fruncieron, mientras el viejo Amenemhe apretaba los labios y meneaba la cabeza.

Después de una pausa, repuso Cleopatra:

—Yo quisiera...

—¿Devolverle el obsequio?

—No; para superar el suyo, para vencer a Antonio.

—¡Oh reina, desgraciada hija de los ilustres Tolomeos! ¿Olvidáis que es el romano el vencedor y tú la vencida?

—¿Y quién sabe si mañana será la vencedora y el romano el vencido?

El viejo Amenemhe meneó la cabeza con incredulidad, sin comprender la intención de la reina.

VI

—Quiero brindar a la salud de Antonio, — dijo Cleopatra animándose. — Dime, sabio Amenemhe, ¿puedes tú, con auxilio de tu ciencia, componer un licor más precio-

so que la ambrosía de los dioses olímpicos?

El sabio se sonrió.

—Bien sabes por tus mismas letras, ¡oh ilustre reina! — le dijo — que la ambrosía de los dioses y los mismos dioses y todo el Olimpo, no son sino mitos de la fábula griega y latina.

—Enhorabuena; pero a lo menos sabrás hacer un licor precioso, muy precioso, tan precioso que no puedan gustarlo más que los potentados de la tierra que tengan mis riquezas y mi aliento, y quede en la fama para siempre como el licor de Cleopatra.

—¿Y para qué hacer lo que hizo ya la misma naturaleza? ¿Hay licor más precioso para el caso que el añejo de Palestina o de Corinto?

Cleopatra soltó una carcajada y luego se puso serio de repente.

—Corinto y Palestina lo beben a pasto los comensales de Antonio.

Quiero que me disuelvas en una copa de vino mi mayor diamante.

—Imposible, reina, — contestó el sabio Amenemhe.

—¡Imposible!

Señora mía...

—¡Imposible y te lo mando yo!

—No hay cuerpo en la naturaleza, ni sólido ni líquido, que hiera

al diamante, mineral divino que bajo la acción del tiempo forman todos los elementos. Sólo se hieren mutuamente un diamante con otro, y así hasta puede reducirlos a polvo la fricción continua.

—Pues bien, redúceme a polvo mi mayor diamante, pues para el caso es lo mismo.

—Ni aun así, señora mía; ni aun así sería soluble en ningún líquido, quedando en el fondo de la copa el polvo de cristal.

—Se remueve al tiempo de beber.

—Causaría la muerte.

—Entonces no, — dijo Cleopatra con despecho.

Después de una pausa añadió:

—¿Y no hay en tu ciencia otro medio más fácil, pero igualmente dispendioso, para hacer el licor de Cleopatra?

—Si tanto es tu empeño ¡oh reina! — contestó Amenemhe, — preciosas también son las perlas, y éstas se disuelven fácilmente.

—Quiero un licor muy precioso.

—Tendrá todo el precio de las disueltas perlas; pero el licor no será dulce ambrosía, como quiera que el agente de esta disolución ha de ser vinagre fuerte.

—Enhorabuena: brindaré con vinagre; pero tan precioso como mis mejores perlas.

—¡Por Isis! — exclamó el sabio egipcio. — Basta, oh reina, la más inferior de tu joyería, que aun así no dejará el licor de ser precioso.

—¿Has olvidado que quiero vencer a Antonio? — preguntó Cleopatra de un modo indefinible. — Disolveré a su vista mis dos mejores perlas y brindaré a su salud.

—Pero esas perlas, tamañas como dos huevos de palomas, son un tesoro inapreciable, — dijo Amenemhe con lástima.

—¿Qué importa? — contestó Cleopatra con desdén.

—Una sola vez las colgó a sus orejas tu augusta madre para el acto de su casamiento con Bala, rey de Siria. No, Cleopatra, no sacrifiques esas perlas, herencia de tus mayores y tesoro de tu dinastía. Y al fin para una competencia pueril.

—En vinagre ¿eh?

El viejo Amenemhe inclinó la cabeza pesaroso.

VII

Habían pasado tres días, y en la noche del último se notaba más esplendor y movimiento, y júbilo, en el palacio de los Tolomeos. Los soldados de la guardia, mixta de romanos y egipcios, anunciaban ya la alegría de la casa, reunidos en el vestíbulo alrededor de las ánforas cargadas de Falerno, charlando y riendo los vencedores, oyendo y callando los vencidos.

En los cenadores del jardín alumbrados con antorchas que daban luz de todos colores, departían también alegremente los centuriones y demás oficiales de las legiones de ocupación y de las huestes egipcias, alrededor de bien servidas mesas, donde abundaban los jarros de Palestina y las ánforas de Etruria. Y en los salones interiores, fausto por fausto y obsequio por obsequio, pagaba el general romano sus espléndidos banquetes con otro más espléndido y suntuoso, la no menos fastuosa reina de Egipto.

Los reclinatorios, todos a estilo romano, estaban ocupados a lo largo de las mesas por todos los dignatarios del reino y por todos los caudillos y patricios que acompañaban al triunviro. Las mesas estaban servidas por esclavas vestidas todas



—¿Qué diría tu mamá si te viera fumando?
—Lo mismo que diría su esposo si la viese dirigiendo la palabra, en forma tan familiar, a un desconocido suyo como soy yo.

EL AMOR CULPABLE

Cierto día visitó a Jesús un hombre, profundamente decaído.

—Señor—le dijo quejándose,—yo soy el marido de la adúltera que perdonaste. Hiciste mal, Señor, porque no ha escarmentado. Sigue faltándome, y heme aquí cubierto de oprobio ante los vecinos.

—Tanto la amabas—respondió Jesús,—que si dejo ejecutarse la sentencia nunca me lo habrías perdonado.

El hombre bajó la cabeza.

—Ciertamente—murmuró luego,—pero sigue pecando, Señor, y es menester castigarla.

—Puedes hacerlo sin faltar a la ley.

—Ya lo intenté, Señor, pero no pude. Conforme a tus palabras de aquel día, mis pecados impidieronme tirarle la primera piedra. Y como tú eres, Señor, el único viviente sin pecado, vengo a pedirte que hagas justicia.

—Mal recurres a mí. Ese estado de pureza lleva la bondad a tal perfección, que todas las cosas se conaturalizan con lo puro. Y así, basta que yo toque las piedras para que tomen la misma blandura de mi carne.

—Su castigo es justo—insistió el hombre.

—Lo que en tí tiene razón—concluyó el maestro,—es el cariño que perdona, no el agravio que reclama. Vete contento con tu debilidad. El amor culpable es todavía mejor que el más justo de los castigos.

LEOPOLDO LUGONES.

de ninfas y por niños disfrazados de amorcillos.

Las tañedoras griegas, las cantoras romanas y las bailarinas gaditanas amenizaban la fiesta, danzando unas y cantando otras al dulce y acompasado son de liras y flautas.

Todo lo que regalaba, ya succulento, ya dulce, ya excitante, tónico o espirituoso, y al mismo tiempo todo lo que halaga el oído, la vista o el olfato, y todo lo que enardece y fascinaba, todo estaba allí reunido en primorosa, brillante y grata confusión. Cleopatra y Antonio que, aparte, en mesa de respeto, presidían el regio banquete, estaban más fascinados que los demás comensales. No embriagaba ya el néctar de las ánforas; la embriaguez se respiraba en el aquel ambiente cargado de olor, de sabor, de luz, de armonía, de amor. Cleopatra no había visto nunca un hombre más arrogante, más audaz, más fuerte, más digno de una reina, que Antonio; Antonio, tampoco había visto jamás una reina más digna de un general romano, de un conquistador. Por ella hubiera dado diez Octavias y cien Lícoris. Ya al final del banquete, presentó su vacía copa de oro a una de las Hebes, diciendo al mismo tiempo a Cleopatra:

—Voy a brindar por la reina de la hermosura.

Y ya se aprestaba la escanciadora a llenársela, cuando haciendo una seña convenida a otra Hebe, dijo la reina a Antonio:

—Espera y brindaremos los dos con un mismo licor y en los labios de una misma copa.

Y presentó la suya a su escanciadora.

Esta se llenó de vinagre.

Cleopatra se despojó de una arracada en que se sujetaba a tornillo una perla fina, grande como un huevo de paloma, y desarmada, la dejó caer dentro de la copa.

Todos los ojos se convirtieron a ella, ansiosos de penetrar su intención.

Pasado el tiempo calculado por el sabio Amenemhe, tomó la copa Cleopatra sonriendo y se la pasó a Antonio.

Antonio, sonriendo también, la tomó de sus manos y poniéndose en pie, dijo en son de triunfo:

—¡Brindo a la salud de Cleopatra, reina de Egipto y de la hermosura!

Y se llevó la copa a los labios.

Pero no bien hubo gustado el agrio licor, cuando la apartó diciendo:

—¡Por Venus! Es aceto.

—Preciso para disolver la perla, —contestó la reina sonriendo.—Es el licor de Cleopatra.

Y levantándose ella también, alzó la copa a toda la extensión de su brazo y exclamó con voz sonora y con exaltación y embriaguez:

—¡Cleopatra, reina de Egipto y de la hermosura, brinda por Antonio, triunfiro romano!

Y apuró la copa de vinagre, la disolución de una perla tasada en quinientos talentos.

Se había tragado de un sorbo más de tres millones de nuestra moneda.

nos bandazos y luego quedó inmóvil, clavado en medio de las aguas, como si desde el fondo del Océano lo hubiese detenido una mano misteriosa.

Conocía el extraño fenómeno de las aguas muertas; pero jamás había soñado el terror supersticioso que se siente en medio de aquellas masas de agua inmóviles. Había oído narrar a viejos marinos casos extraordinarios ocurridos en las aguas de Terranova, en la embocadura del Orinoco, en las costas del Congo, frente a los mismos *fjords* noruegos en que nos encontrábamos mas no sospechaba la terrible sensación de inmovilidad y muerte que se experimentaba cuando el misterioso "dodvand" aprisiona a los barcos en medio del Océano.

Miré al patrón y vi que se santiguaba, los marineros hicieron lo mismo; luego arriaron las velas, bajaron a cubierta y rodearon al patrón silenciosamente. Este se dirigió hacia mí con gesto preocupado.

—Es el "dodvand", — me dijo con aire sombrío. — No sé a quién busca — agregó con la misma entonación. — Hace diez años que no le hallaba en mi camino. La última vez que tuve tratos con él, fué en los mares del sur. El "dodvand" busca a los hombres cuando tiene necesidad de alguno de ellos. Es un ser gigantesco que vive en el fondo del mar; con una mano puede detener a un barco de 10.000 toneladas; si ahora apretase, haría astillas de nuestro pobre "Scotia".

El patrón dijo todo aquello con grave sencillez, mirando con ansiedad hacia las aguas. Yo me sentí sobrecogido y me pareció que algo extraordinario flotaba alrededor del buque. De pronto oímos un ruido seco y extraño.

—¡Hombre al agua! — gritó una voz. — Todos nos lanzamos a la borda y buscamos sobre las ondas. El agua negra estaba inmóvil. Nadie apareció en la superficie. El patrón formó a la tripulación sobre el puente.

—¿Quién falta? — preguntó.

—Es Storm.

—Ya lo sospechaba — contestó el patrón. — Ahora el "dodvand" estará contento. ¡A largar el trapo — gritó luego.

El viento hinchó las velas; el "Scotia" se movió pesadamente y las aguas se abrieron para darle paso; más allá las olas espumosas llegaban hasta el límite de las "aguas muertas", donde acababa de desaparecer el "dodvand", llevándose a Storm.

La emperatriz Eudisia

La esposa del emperador de Bistite, Teodosio II, conocida en la Historia con el nombre de Eudisia, tuvo en su vida acontecimientos de los más novelescos que puede imaginarse.

Griega de nacimiento e hija de un sofista ateniense llamado Leoncio, había sido educada por su padre en la religión y ciencias de los griegos. Al morir el sabio creyó que Atenais (que así se llamaba la muchacha, tenía bastante con su talento y su belleza, y la dejó por todo legado cien piezas de oro, dividiendo su escasa fortuna entre dos hijos varones, que también tenía.

Los hermanos de Atenais, lejos de ampararla, portaronse tan mal con ella que la inelíz se vio precisada a buscar refugio en Constantinopla y a solicitar la casación del testamento.

Con este motivo tuvo una audiencia de Pulqueria, hermana y tutora de Teodosio, la cual tan pronto como habló con la joven griega quedó encantada de su beneza y de sus dotes intelectuales, y concibió el proyecto de hacerla esposa del emperador, que entonces había cumplido los veinte años.

En cuanto a la joven griega, aceptó con el júbilo consiguiente las proposiciones que al efecto se le hicieron, de modo que pronto se celebró la boda, en medio del regocijo del pueblo. Antes, sin embargo, Atenais hubo de renunciar al paganismo griego, siendo bautizada con el nombre de Eudisia, que llevó desde entonces.

EL "DODVAND"

Por Raúl Montero Bustamante

Salimos del pequeño puerto de Laurik, en Noruega, después de abastecernos y navegamos en demanda de la lejana ciudad de Bergen sobre el Atlántico. Debíamos doblar el extremo de la península escandinava y luego poner proa al norte. Aquellas aguas son bravas; el mar hierve hostigado por el implacable viento del sudoeste que se encajona en los altos *fjords* y rechaza las olas deshaciéndolas en espuma.

Los marinos noruegos son terriblemente supersticiosos. Durante la travesía tuve que sufrir algunas veces el contagio de sus pueriles temores provocados por una causa de orden físico cualquiera. La imaginación de aquellos hombres no es muy espontánea, pero es peligroso excitarla. He aquí mi caso:

El "Scotia" llevaba cinco días de navegación cuando ocurrió el extraño suceso. Nos hallábamos frente a los *fjords* de Hardanger, a los 59° de latitud norte y sólo nos faltaban 120 millas para llegar a Bergen que está a los 60° 30'. El pequeño barco marchaba con velocidad vertiginosa tumbado sobre la banda de estribor. Se había arriado el velamen y navegábamos casi a palo seco; el viento huracanado del sudoeste distendía el pequeño foque y en sus locas correrías por el cuadrante nos hacía cabecear terrible-

mente. Debíamos correr 20 nudos por lo menos; las ráfagas hacían estremecer la arboladura y el barco trepidaba como un tren lanzado a la carrera.

La tripulación permanecía sobre cubierta atenta a la maniobra; sobre el pequeño puente, el patrón del "Scotia" gobernaba con mano vigorosa el timón sin perder de vista la aguja de marear. Yo miraba la maniobra desde la escotilla; los golpes de mar nos hostigaban por la banda de babor y el buque al cabecear embarraba agua. Las olas monstruosas coronadas de espuma nos cercaban por todas partes.

Eran las tres de la tarde, cuando amainaron las ráfagas, el mar se alisó como si hubiesen derramado aceite sobre la superficie, y el "Scotia" disminuyó sensiblemente la marcha. El agua se puso negra y un rumor sordo brotó del fondo del mar.

—¡El "dodvand"! — gritó una voz desde el botalón de proa.

—¡El "dodvand", Dios nos ampare! — repitió el patrón con voz alterada. Yo miré hacia el mar, el viento seguía siendo fuerte pero las aguas negras se movían en ondas pesadas y densas sin formar olas. El "Scotia" marchaba lentamente; el patrón mandó largar el trapo y las velas desplegadas se hincharon hasta reventar; el buque dió algu-

Vibras como un arpa

Vibras tal como un arpa nueva... Suelas derramar en mi vida silenciosa música tan aguda y sonora como choques de argenteos cascabeles.

Cuando de mi infortunio te conduelas y con amor de hermana cariñosa hablas, expandes hálitos de rosa; besas, y en cada beso brotas mieles.

Eres un arpa. Música es tu paso; la ondulación de las delgadas venas que transparenta de tu cuello el raso;

El ritmo de tu seno erguido y úber, y es vibración de músicas serenas la vibración de tu cadera púber.

GASPAR OCTAVIO HERNANDEZ.

CURIOSIDADES

La planta del arroz goza de inmunidad casi completa contra los ataques de los insectos, y contra las enfermedades que infestan los vegetales.

* * *

El año pasado se han construido gran número de carreteras de hormigón. Su superficie total asciende a 45.000 metros cuadrados.

* * *

El primer Congreso chileno se instaló en Santiago de Chile, el 14 de julio de 1811, reasumiendo la autoridad la Junta de gobierno.

* * *

En el cuerpo humano hay 400 músculos distintos.

* * *

El color tiene una gran influencia en el desarrollo de los microbios. Las tintas menos fuertes de tono les son favorables, en tanto que los colores brillantes los perjudican.

* * *

Las montañas de la Luna son inmensamente mayores que las de la Tierra, en proporción al tamaño relativo de ambas. En nuestro satélite hay 22 montañas más altas que el Mont Blanc.

* * *

Las serpientes pitón que hacen huelga de hambre cuando están en el cautiverio, son alimentadas a la fuerza por medio de un tubo que se llena de trozos de carne que se empuja hasta la garganta del reptil con ayuda de un rodillo.

* * *

A fin de favorecer la adopción de niños huérfanos, Mr. James Inglis ha donado a la Glasgow Trades House, 50.000 libras esterlinas a cada persona que adopte un niño en determinadas condiciones.

* * *

Gracias a un acta dictada en el Estado de Jersey, las mujeres casadas han dejado recientemente de ser consideradas con un "efecto" perteneciente al esposo.

* * *

En la cámara sepulcral de Tutankhamon, se encontraron buena cantidad de bastones, báculos y cetros, así como también arcos y mazas, muchos de ellos cuidadosamente envueltos en largas bandas de tela de hilo, a manera de fundas. Entre ellos había varios largos bastones ligeramente encorvados en una de sus extremidades, bastones de deporte o báculos de ceremonia ricamente adornados.

Los más ricos materiales, los más variados dibujos de marquetería, las combinaciones más artísticas, aparte de su edad, hacen de estos objetos valiosísimas y primorosas obras de arte.

Maderas policromadas, brillantes élitros de escarabajos y otros insectos, piezas delicadamente talladas de marfil, el oro, el lapizlázuli, cristales, finas filigranas, ébano y otras ricas maderas entran en la composición y adorno de estos admirables bastones.

* * *

En la mitología eslava, Yaga-Baba es una especie de hechicera que juega un gran papel en los cuentos populares de Rusia, Polonia y Bohemia.

Es muy parecida a las brujas de nuestras leyendas populares; como ésta, es descarnada y vieja; viaja en una escoba, roba a los niños, odia a los hombres y bebe la sangre de las mujeres jóvenes. Puede cambiar a los hombres en piedras con sólo tocarles con una varita mágica, y guarda las fuentes de la vida.

Según los escritores, Yaga-Baba personifica los rigores del invierno, y especialmente las tempestades de nieve, que todo lo ponen al mismo nivel.

He aquí los principales resultados de las medidas que han sido calculadas por medio de teodolitos, por dos observadores distantes entre sí 500 metros, y que, por medio del teléfono, se comunicaban las indicaciones del punto de mira y el instante de las operaciones.

Stratus, 600 metros; cúmulus, base 1.270. vértice 1.800; cúmulus stratus, base 1.400; nimbus, 1.500; falsos cirrus, 8.900; cirrus cúmulus, 6.400; cirrus, 8.800. No hay nubes más allá de 12.500 metros.

Durante el día, todas las nubes tienen tendencia a elevarse; durante la mañana, predominan los cirrus cúmulus; por la tarde, los cirrus-stratus, formando cirrus superiores. El espesor de los cúmulus-stratus es enorme y alcanza algunas veces a algunos kilómetros.

Una nueva locomotora de los ferrocarriles nacionales canadienses, alimentada con petróleo y electricidad, acaba de recorrer los 4.700 kilómetros que separan Montreal de Vancouver, en sesenta y siete horas, sin un minuto de detención.

* * *

Con el nombre del rey de la espineta, se conocía al presidente de una asociación de amigos fundada por los burgueses de Lila en el siglo XIV, y cuyo fin era el divertirse. El presidente no tenía otra misión que la de preparar, de su peculio, juegos públicos.

Poco duró esta sociedad, pues a principios del siglo XIV no se encontraba nadie que quisiese ser presidente, por los muchos gastos que el cargo llevaba anexos.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Banquete en honor de las nuevas auto- ridades de la Unión Industrial Argentina

Constituyó un acto de brillantes proporciones, el gran banquete servido en el Plaza Hotel y organizado en honor de los señores Luis Colombo, Víctor Valdani, Javier Padilla, Vicente Gómez Bonnet, Ernesto L. Herbin, Adolfo Spiller y Jorge Magnin, miembros que integran la nueva comisión directiva de la Unión Industrial Argentina. — Ofreció la demostración el doctor Joaquín S. de Anchorena, y a continuación, el presidente de la institución nombrada, señor Luis Colombo, pronunció un elocuente discurso que mereció los más calurosos aplausos de la numerosa concurrencia. También hicieron uso de la palabra el señor Villafañe, gobernador de Jujuy, y el doctor Jorge Magnin. — Vista de la cabecera de la mesa.



Un aspecto del salón comedor mientras se realizaba el banquete.



CARICATURAS DE SANGUINETTI

Doctor Alberto Levene, director del Hospital Militar, recientemente condecorado por el gobierno de Francia, con la insignia de la Legión de Honor.



Doctor Carlos Trejo Lerdo de Tejada, ministro de la República de Méjico, acreditado ante el gobierno argentino.





DE ALTA GRACIA



Señoritas María Angélica Finn Sastre y
Cecilia Gondra.



Niños de Casado, Giménez Zapiola, Goñi y Del Piano.



Doctor Güiraldes



Señor Oscar Del Piano y familia



Señoritas de Del Piano y Casado, y niña de Casado.



Niñas de Casado



Niños de Virasoro, Del Piano, Giménez Zapiola y Buelink.





SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La Srta. Esther A. Barbugli y el señor Avelino Zavala, recientemente desposados.



Señorita Dolores Guyot, cuyo compromiso matrimonial con el señor Juan Luis Alvis, acaba de formalizarse.



La señorita Lucía Scarabelli y el señor Abelardo Penen, después de su enlace.



Los contrayentes, señorita Della M. Meincke y doctor Rafael A. Carranza, después de la bendición nupcial.



ROSARIO.—Enlace de la señorita María Luisa Bussaglia con el doctor Armando Aprile.—Los novios e invitados al acto.



Enlace de la señorita Aída Laffatigue, con el señor Joaquín De Mingo.



La señorita Marcela Acosta y el señor Juan Retamero, cuyo matrimonio se efectuó últimamente.



La señorita María C. Maino y el señor Dante Bianchi, después de su enlace.



La señorita Ana F. Zacchina y el señor Domingo A. Gauna, que recientemente contrajeron matrimonio.

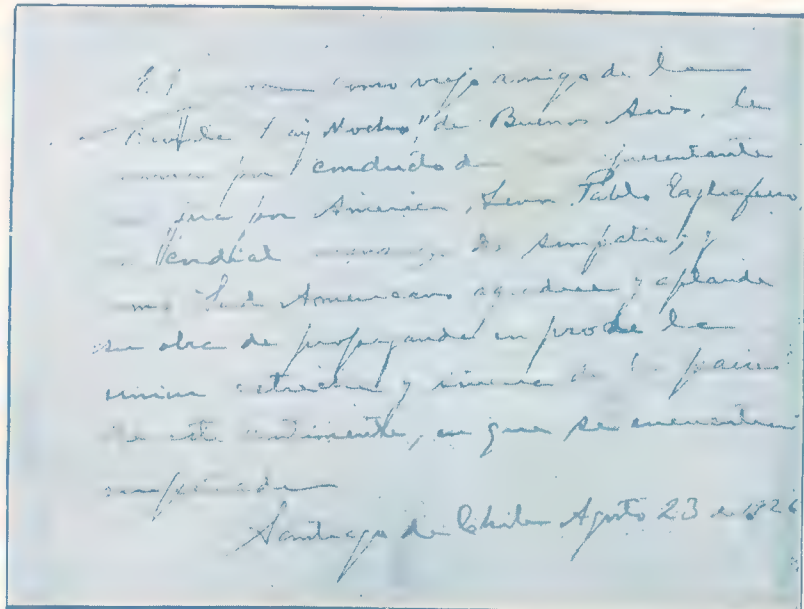


Enlace de la señorita Francisca Pérez con el señor Carlos Irazoqui.

Actuación latino-americanista de nuestro representante en viaje señor Tagliaferro



El presidente de la República de Chile, doctor Emiliano Figueroa Larraín, durante la visita que le hiciera el representante de FRAY MOCHO.



Autógrafo que el primer magistrado chileno, dedica gentilmente a nuestra revista.

La misión que me ha confiado FRAY MOCHO de presentar, en su nombre, un saludo a los mandatarios de varias naciones hermanas, con el propósito de reactivar los trabajos tendientes a intensificar el mutuo conocimiento y estrechar recíprocamente la simpatía entre los países Ibero-Americanos, ha tenido un éxito que ha superado las más hermosas expectativas.

El nombre de FRAY MOCHO repercutió al largo de la cordillera y en las cimas de Popocatepec, como un emblema glorioso destinado a despertarnos de un letargo culpable y suicida, contribuyendo poderosamente a revivir la generosa idea bolivariana, de unirnos estrechamente formando un solo bloque.

No obstante, al llegar a tierra Araucana creía difícil llevar a efecto una propaganda de paz en un país que parecía estar, de un momento a otro, al borde del nefasto cataclismo de la guerra. Mi sorpresa no fué pequeña al advertir en los chilenos un espíritu altamente cordial, y una predisposición a todo arreglo internacional que no menoscaba sus derechos elementales de dignidad humana.

Animado por la agradable impresión recibida, fui a anunciarme a S. Excia. el dignísimo presidente de la República Chilena, don Emiliano Figueroa.

Don Emiliano—así me permite llamarle su llaneza y la extrema simplicidad de su individualidad, cualidades que sintetizan una superioridad poco común—me recibe con afabilidad casi paternal, y me dice: "Soy viejo amigo de



El ministro de Guerra de Chile, general Carlos Ibáñez, entusiasta partidario de la unión latino-americana, acompañado de nuestro representante, señor Paulo Tagliaferro.

FRAY MOCHO y me complace en estrechar la mano de su digno representante, cuya misión trascendental de colaborar eficazmente por medio de la prensa en la unión de hermanos como somos todos los Ibero-Americanos, es acreedora a la mayor simpatía y a la adhesión más entusiasta. Toda actividad en ese sentido, sea individual o colectiva, tendrá invariablemente mi franco apoyo y la decidida cooperación de mi gobierno".

Y don Emiliano, que para FRAY MOCHO y su representante, sólo encuentra palabras de espontánea gentileza, me honra con unos graciosos chistes relacionados con el eterno suplicio del fotógrafo.

Al principio, niégase rotundamente a enfrentarse con el objetivo; pero el recuerdo de su amistad con FRAY MOCHO, reforzado con mis afectuosas insinuaciones, logran convencerlo y hacer la excepción de una primicia para nuestro querido FRAY. Pero aún no le dejo respirar; "e preciso bater o ferro enquanto está quente" como dicen en Brasil, y el noble presidente de Chile dirige cariñosas líneas al "viejo amigo".

Ha sido un broche de oro con que cierro mi actuación en el Pacífico.

El porvenir dirá si las iniciativas periodísticas no suplirán con creces la matemática protocolar.

PAULO TAGLIAFERRO.

Santiago de Chile, 30 de agosto de 1926.

Ecos de la visita del ministro de Guerra a Formosa



El ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, acompañado del gobernador de Formosa, coronel Luis Chouciño, presidiendo la mesa en el banquete que le fué ofrecido durante su visita a dicha localidad.

Correos y Telégrafos



Señor Sandalio Achával, recientemente nombrado oficial mayor interino de la dirección general de Correos y Telégrafos.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Soava Gallone, protagonista, con Gabriel de Gavrone y Américo di Giorgio, de "El llamado de Garibaldi", film extraordinario que Glücksmann presenta desde ayer.



Laura La Plante y Edward Everet Horton, en la cinta Jewel "Poligamia accidental", que la Universal estrena el jueves próximo.



Patsy Ruth Miller y Kenneth Haslan en "Deporte de los reyes", film que la New York exhibe desde ayer.



Buck Jones en "El haragán", film que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de "Eva en el escenario", cinedrama interpretado por Patsy Ruth Miller, que la General estrenará el viernes próximo.



Douglas Fairbanks—que reaparecerá en el film "El Pirata negro", a estrenarse el 21 de septiembre por Artistas Unidos—aparece aquí acompañado por los aristócratas españoles duque de San Mauro y marqués de Harros, en su reciente viaje por Europa.

El llamado de Garibaldi

Episodio dramático de la epopeya garibaldina.

Protagonistas:

SOAVA GALLONE

GABRIEL DE GAVRONE

Programa

Super - extraordinario

Max Glücksmann



GRAN EXITO - GRAND SPLENDID
PALACE THEATRE

Fray Mocho en Rosario de Santa Fe



Elementos de la compañía Valicelli, que viene actuando con señalado éxito en el teatro Olimpo.



Los intérpretes que tomaron parte en la función organizada a beneficio del señor José A. Saldías y representada en el teatro Comedia.



Team de La Capital que se impuso ampliamente sobre Acción, en el partido recientemente jugado con este último.



Torneo universitario entre porteños y rosarinos.—Representantes de Rosario, que triunfaron sobre Porteños por 2 a 1 goals.



Cuadro de Porteños vencidos en el encuentro con Rosarinos, sostenido en la cancha de Gimnasia y Esgrima.



Carrera Rosario - Arroyo Seco - Rosario. — E. Parmigliani y A. Giordano, que integraron el equipo ganador de la prueba en 2 horas 13'20".



El estudiante polaco Hellmut Puppe, que realiza un raid en bicicleta alrededor del mundo. Le acompaña el niño Ricardito Flores, hijo de nuestro corresponsal.



El director de la banda de policía, señor Francisco Sant'Angelo.



Señor Vicente Romano, destacado comerciante.
Cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado en Rosario.
(Fots. Flores Toledo).

Fray Mocho en Córdoba



La señora Lucía Peduzzi de Armao, esposa del cónsul de Italia, con las amigas que le obsequiaron con un te, despidiéndole en su viaje a Europa.



La señorita Mafalda Strippoli y el señor Carlos Gurí, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



La señorita Dora Tiseyra Sueldo y el señor Roberto Gómez Gigena, después de su enlace.



Acto del sepelio de los restos de la señorita Lola Parker Newbery, de la sociedad porteña.

Fiestas atléticas en Del Campillo (F. C. P.)



Niños de las escuelas locales antes de disputar una carrera de banderitas.



Grupo de señoritas que tomaron parte en una carrera de 100 metros.—Venció la primera de la izquierda.

DE CORRIENTES -- Homenaje al general San Martín



La función religiosa ante el altar de la Patria erigido en la catedral, durante la función religiosa oficiada en homenaje a San Martín, con motivo del 76.º aniversario de su muerte.



El gobernador y el vice, los ministros, el intendente, el jefe de granaderos y el comandante del cañonero Paraná, encabezando la manifestación patriótica. (Fots. Guillaume y Nieto).

Información gráfica del interior



LA RIOJA.—El intendente municipal, señor Jesús D. Salas, leyendo ante el ministro de Instrucción Pública su discurso al descubrirse la placa que designa con el nombre de Joaquín V. González a una de las calles de la ciudad.



CHILECITO (La Rioja).—Acto de la colocación de la piedra fundamental del edificio de la escuela que llevará el nombre de Joaquín V. González.



MENDOZA.—Carreras automovilísticas.—J. Herrada y E. Tombella, que vencieron en la primera categoría del circuito San Martín.



Alejandro Posa y P. Jarza, a quienes correspondió triunfo en la segunda categoría del mismo circuito.



Ortiz y Galeazzi, clasificados primeros en el circuito del Parque, categoría fuerza libre.



SANTA ROSA (Pampa).—Grupo de señoritas que presenciaron el partido de football entre Argentinos Santa Rosa.



Otro núcleo de señoritas conocidas, llegando al lugar del match.



El gobernador del territorio, señor Moore, con otras autoridades, presenciando el encuentro.



Team de Argentinos que empató el match sostenido con Santa Rosa, por 2 a 2 goals.



Primer cuadro de Santa Rosa, que se midió con Argentinos. (Fots. La Vía, Capra y Quiroga).

Alguno sobre los escollos que hacen tan peligrosas las costas de La Florida, y a dos horas de camino, elevábase el faro del Fuego Perdido, perteneciente a la dirección del Key-West. Necesitaba la presencia continua de dos guardas encargados de alimentar sus fuegos. Y aun estos dos hombres no hacían más que seis meses de servicio por año, de manera que, en realidad, el mantenimiento de aquel faro, tan alejado de la solitaria costa, exigía cuatro comisionados.

En los primeros días de enero y en los primeros de julio, un poco más temprano o más tarde según el estado del mar, un pequeño barco de guerra venía a tomar la guardia saliente, y con los dos nuevos vigías, depositaba sobre el islote víveres, aceite, instrumentos de reparación y todo lo que podía ser útil, tanto al mantenimiento del fuego como a la existencia de los prisioneros voluntarios.

Muy a menudo había que ejecutar reparaciones para restablecer la solidez de la torre.

Por otra parte, a pesar de los cuidados prodigados regularmente al viejo edificio — centinela avanzado en aquella mar salvaje, — sucedía a veces, en la época de los equinoccios, que las furiosas olas, estrellándose contra la roca, saltaban hasta la linterna y aun la sobrepasaban.

En aquellos días — y aun mejor en las noches, — parecía a los guardianes que la vieja torre de granito se ablandaba, doblaba la cabeza, agachaba el lomo, pronta a hundirse en el abismo...

Una vez, uno de los guardianes, vuelto súbitamente loco, se precipitó de la terraza al vacío.

Era, pues, difícil, como se comprende, reclutar el personal destinado al faro. Aun entre la gente de mar — tan brava, sin embargo, — el Fuego Perdido inspiraba terror.

Si razones de economía y la necesidad de una instalación más perfeccionada condenaban desde largo tiempo a aquel faro a una demolición cierta, puede decirse que ésta fué anticipada por su triste reputación y por la sangrienta tragedia con que fueron señalados sus últimos días.

Los dos últimos guardianes del faro se llamaban Ned Storek y Toby Wells.

Una noche de noviembre, llena de todos los ruidos del viento y de todas las quejas del mar, sucedió que, en un asalto del oleaje, tan formidable que las piedras parecían gemir de dolor — y sea que un guijarro arrancado de la base hubiese sido lanzado hasta la cima, sea que una ola, recubriendo la cúpula, hubiese tenido aún la suficiente fuerza para romper la espesa capa de cristal, — el hecho es que la linterna estalló...

Prontos al deber, Ned y Toby cambiaron la guarnición.

Pero esto no era todo. Había que volver a encender el faro e impedir que se apagase. ¿Cómo conseguirlo con aquel endemoniado viento? Después de una media hora de reflexión — la relación diaria de los guardas es la que ha fijado esos detalles, — Ned imaginó colocar una hoja de palastro contra las barreras verticales de la linterna, en el sitio de la rotura.

Toby hizo observar bien a su compañero que este medio no era perfecto, puesto que dejaba en la

El misterio del faro

Por León Berthaut

sombra una quinta parte, poco más o menos, del sector que el fuego debía iluminar.

Sin embargo, debió convenir en que aquello valía más que nada. Los dos hombres bajaron, pues, a la cámara de guardia, para horadar en la hoja de palastro los agujeros destinados a recibir el hilo de latón

que debía fijarla en los barrotes de la reja.

Mientras estaban allí, de repente, entre los eternos silbidos de la tempestad y las incesantes lamentaciones del Océano, Ned y Toby creyeron oír un crujido exterior, gritos humanos, una explosión...

Pálidos, cubiertos de un sudor

Pidan

"QUILMES"

DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

ANÉCDOTA

Rothschild viaja de incógnito por España. En una iglesia, el sacristán le lleva delante de una virgen milagrosa.

—¿En qué consisten sus milagros?

—En que llora cuando ve un judío.

Rothschild espera el milagro, que no se produce. Al salir de la iglesia, Rothschild da una propina al sacristán.

—¿Sabe usted? — le dice. — Su virgen milagrosa es un timo. No ha llorado al verme, y soy judío.

Entonces, el sacristán, le dice en voz baja:

—No se lo diga usted a nadie: yo lo soy también.

RAYMOND GEIGER.

frio, heridos por el mismo temor, no por ellos sino por los naufragos que tal vez agonizaban entre los escollos, se precipitaron juntos hacia la plataforma... ¡Nada!

Su miserable farol, iluminando apenas la orilla de la galería, y ningún ruido que llegase a ellos más que el trágico clamor del abismo, revuelto entre las furias de allá arriba...

Volvieron a descender y se apresuraron a terminar su trabajo, pensando que la claridad del faro ahuyentaría las sombras a su alrededor y los fijaría sobre la realidad de sus temores.

Pero, vuelto a encender el faro, no vieron mejor sobre los escollos: una ráfaga de nieve llenaba todo el espacio con sus espesos remolinos.

Más inquietos aún, y agobiados siempre por la siniestra visión que a un mismo tiempo les había aparecido, no quisieron volver a descender. De común acuerdo decidieron prolongar hasta el día su vigilia.

La realidad sobrepasó tal vez todo lo que habían podido entrever. Sobre una de las rocas vecinas, recostada en la arista de la piedra, estaba la popa de un navío...

Aquellos restos se inclinaban a babor, del lado de ellos, y, a los rayos del día pálido, que sucedía a aquella noche de horror, Ned y Toby descubrieron numerosas formas humanas acostadas en el puente, donde, de sitio en sitio, formaban montones.

Sin titubear, echaron al agua la barquilla guardada bajo la escalera de la torre.

El mar estaba malo todavía. El trayecto, por corto que fuese, no dejaba de ser peligroso; pero no se podía dejar morir allí, casi al pie del faro, a aquellos de los naufragos que respiraban aún.

Bien que todo hacía temer que la mayor parte había perecido, Ned y Toby esperaron aun encontrar seres vivientes que salvar.

Como medida de precaución, resolvieron que sólo uno de ellos iría en socorro de los naufragos, quedando el otro al servicio del faro. Si el eclipse fatal del fuego había podido causar este desastre, era preciso evitar que una nueva catástrofe se uniera a la anterior.

Ned, siendo más joven — no contaba más que veinticinco años, — quiso partir desde luego. Si la embarcación tenía que hacer un segundo viaje, le tocaría el turno a Toby.

Toby asintió.

Cuarenta minutos después, Ned estaba de vuelta y depositaba en el faro, envuelta en un gran manto de viaje que amoldaba sus frágiles formas, a una joven de cabellos de oro, pálida, tanto que parecía muerta.

—Y bien — dijo entonces Toby, después de un largo tiempo de silencio y de emoción — ¿no es uno de esos barcos de vapor de la carrera de Jacksonville a Savannah?

—Ned contestó con una sola palabra:

—"Eagle".

"El Aguila" (Eagle) era, en efecto, uno de los navíos de ruedas que hacían la carrera entre las dos ciudades.

Centenares de seres humanos debían haber perecido entre los arrecifes. Más de sesenta quedaban aún en la popa del navío, durmiendo el sueño de la muerte tal vez.

Otros estaban lejos, sobre las ondas o en las profundidades desco-

nocidas, arrastrados con la proa del barco, quemados por el vapor en el momento de la explosión de las calderas, o arrebatados por la oleada que casi toda la noche había lamido los restos del naufragio...

Pero ni Toby ni Ned pensaron en los cadáveres próximos ni en los muertos desaparecidos. La presencia de aquella mujer, joven, pálida y bella, más muerta que viva, les hacía olvidar el resto del mundo, y habían quedado mudos, sumidos en un estupor tal, que se olvidaban de llamar a la vida los descoloridos labios de la naufraga.

Cuando Toby preguntó si no quedaban otros sobrevivientes, Ned balbuceó esta respuesta misteriosa:

—No he pensado más que en salvarla.

Entonces los dos hombres vieron con desesperación que una última convulsión del mar solivaba sobre las rocas los restos del naufragado barco, y, destrozándolo, se lo llevaba para siempre.

¡Singular juego de los sucesos que hace de la vida real una combinación dramática infinitamente superior a todas las fantasías del novelista! aquella joven, arrojada así por las fuerzas brutales de la naturaleza sobre la roca del Fuego Perdido, era Mabel Graudt, hija de un antiguo guarda del faro, actualmente empleado como piloto en la dirección del Key-West...

Coincidencia más extraña aún...

En Key-West mismo, antes de que el padre de Graudt hubiese abandonado el faro, a la muerte de su viejo compañero de guardia, Tom Lint, es decir, en el tiempo en que su mujer vivía y en que Mabel por consiguiente podía quedar en tierra bajo la protección maternal, dos jóvenes estaban heridos de amor por la joven virgen de cabellos de oro, y estos dos hombres eran... Ned y Toby.

Cuando el director había designado a ambos para la vigilancia del Fuego Perdido, ni el uno ni el otro habían protestado. Estar juntos en el faro era para ellos una garantía en vista del porvenir.

Cada uno se decía que el otro no podría acapararse a Mabel, y ambos también esperaban ser un día los preferidos.

De tácito acuerdo, evitaban siempre pronunciar el nombre de la joven; pero su rivalidad no era por eso menos ardiente y fiera.

Con la edad, habían sentido transformarse su amor de adolescentes, en la dilatación de sus fuerzas, en una aspiración inquieta y... ¿quién sabe?, criminal tal vez.

Sea lo que fuere, la primera impresión de los dos ante el cuerpo de Mabel inanimado no había sido más que de estupor, como Ned lo ha dejado ver muy bien en sus notas diarias.

Pero, cuando la dulce y encantadora criatura hubo abierto los ojos y echado una mirada — ¡Ned, Toby! — desde ese instante los dos hombres se convirtieron en los rivales de antes.

Después de cuarenta y ocho horas de reposo, Mabel se había repuesto de las emociones de la noche fatal. Tres inquietudes sin embargo la agobiaban. Desde luego, ese pensamiento natural de que su padre la creería muerta y moriría tal vez de pesar. Después, la duda en que quedaba de si todos sus compañeros estaban muertos en la hora en que Ned había ido a salvarla. Y por fin, más que esas obsesiones, la de la sorda rivalidad de los dos

hombres entre los cuales iba a necesitar pasar una semana por lo menos, dos, tres, y tal vez diecinueve entero...

Al cabo de una semana aquel temor aumentó, porque las miradas furtivas de Ned a Toby y de Toby a Ned, le revelaban un odio naciente. Y en aquellas duras miradas creía ver flamear ya los ardores feroces de la lucha.

Para peor, Mabel había tenido

En todo caso, Mabel se consoló con la esperanza de que, en la semana siguiente, el barco se aproximaría más al faro, y verían así sus señas.

Pero esa semana ya terminó, y la mañana en que ella esperaba el vapor, cayó una pesada lluvia que impedía toda comunicación óptica. Y Mabel, habiendo encontrado un día a Ned en acecho detrás de la puerta, fué presa de un temor mudo



—¿Qué llevas ahí?
—Un par de zapatillas para mi suegra. Son de clase especial.
—¿Tanto la quieres?
—Es que vive con nosotros y tengo en mi casa piso de madera encoadada...

la decepción de ver pasar a lo lejos el otro vapor de la carrera, el "Swallow", sin que hubieran notado de a bordo las señas que se les hacían desde el faro.

Como la popa del "Eagle" había sido completamente arrastrada a la vuelta de Ned, nada de anormal había llamado la atención de los oficiales del vapor. ¡Y sin embargo, los vigías habían hecho todo lo posible para que los vieran!...

que no la abandonó más.

Dos días más tarde, fué Toby quien, habiéndola encontrado en la estrecha espiral de la escalera, la tomó en sus brazos, ahogándola casi bajo el furor de sus besos.

Espantada, casi sin aliento, ni aun gritó. Y fué esto en bien suyo, porque Ned hubiera caído bien pronto, desde la terraza, a través de la escalera, sobre el odioso de Toby.

EL VIEJO SONETO

El corazón era loco y amaba la independencia
y la luz de los caminos y los versos de Rubén;
la vida fué un episodio de una exigua trascendencia
y era el vino de mi cáliz el ajeno de Verlaine.

El sueño era azul y vasto. En la amable decadencia
de los nocturnos galantes y livianos del *Moulin*
tras el champán se expandía mi lírica vehemencia;
¡oh, los sonetos a Marta, la rubia *demimondaine*!

El corazón era loco y era andar y no sabía
que hay tras los sueños un acre sabor de melancolía
cuando la Vida nos muestra su desnudez bajo el tul...
¡Ilusión! bohordillas viejas, palacios de fantasía—
torres de marfil absurdas—en cuyo techo se abría
un agujero sin vidrios, como una puerta al azul...

ANIBAL DIAZ.

¿Odioso? Sí, porque, a partir de ese momento, Toby le inspiró una invencible repulsión. Y fué esa tal vez la causa del drama que debía llenar de horror la soledad del Fuego Perdido.

La tercera semana había pasado como la primera y la segunda, sin que hubieran podido comunicarse con el vapor de la carrera. Pero la esperanza de una próxima y segura liberación por la llegada del barco de guerra de servicio, había vuelto a serenar el corazón de Mabel.

Además, no dudaba ella ya de su padre; un viejo marino, hubiese soportado la prueba. Y entonces ¡qué sorpresa, qué alegría, cuando encontrara a su hija que creía muerta, al encanto de su vejez, su Mabel tan querida!...

No había aún nada de imposible en que estuviese justamente su mismo padre de servicio a bordo del pequeño barco de guerra, el día en que éste viniese a hacer el relevo. Y Mabel se representaba a su padre, un anciano siempre recién afeitado, de tinte moreno, cabellos blancos, mirada punzante bajos los párpados cayentes, rostro lleno de bonhomía, desembarcando en el Fuego Perdido ¡y llorando de alegría!...

Llena con esta esperanza, Mabel, a quien repugnaba Toby desde su brutal violencia, se había acercado a Ned, y cuando estaban solos, le tendía de buena gana su mano, y aun la abandonaba entre los dedos robustos del joven.

Ciertamente, cuando se juntara a su padre, ella le diría, con esa franqueza y esa decisión que caracterizan a tantos americanos: "¡Es a Ned a quien quiero!"

Así dispuesta, faltaba muy poco para que cometiera una imprudencia.

Una noche que Toby subía a su puesto cerca de la linterna, en la cámara de vigilia, y Ned entraba en la suya, tendió éste la mano a Mabel, que le ofreció su frente.

Con los pies descalzos, Toby descendía en ese instante. Sufrió un estertor, un estertor de león expirante, y los brazos de Ned se abrieron... y luego se desplomó.

En la sombra de la escalera Toby volvía a subir.

Enloquecida de terror, Mabel corrió a buscar una lámpara y volvió a arrodillarse cerca de Ned, para ver si respiraba todavía. Pero el pobre muchacho yacía en un charco de sangre, con un cuchillo de gaviro sumido en la nuca.

—¡Ned, Ned! — exclamó la niña frente al rostro del amigo. — ¡Quiero que vivas, lo quiero!

El infortunado hizo un último esfuerzo, sus labios dibujaron apenas una sonrisa, y expiró.

Entonces, Mabel abrió el cuarto del joven, levantó el cuerpo y lo arrastró hasta el lecho. Y, de rodillas, al lado del cadáver, oró toda la noche.

Pero, a la madrugada, se enderezó bruscamente. Acababan de abrir la puerta.

Toby, con los ojos ardientes, entró y se dirigió a ella, que, de un salto, estuvo en la escalera. Toby la siguió, riendo a medias de una manera sarcástica y siniestra que helaba a la pobre niña.

Sin embargo, Mabel pudo llegar primero a la cámara de vigilia, y una vez allí, se preguntó qué quería de ella aquel hombre, si matarla o encerrarla allí, prisionera y entregada sin defensa a su odiosa y loca pasión.

El horror de tal alternativa, hizo una heroína de la débil mujer. Un pesado martillo estaba allí, a su mano. Mabel lo tomó y se dio vuelta. En ese momento Toby, presa de sus brutales instintos, subía la escalera. Le faltaban sólo dos gradas por franquear, cuando el golpe del martillo cayó sobre su cabeza...

¿Qué pasó después? ¡Nadie ha llegado a saberlo jamás!

Al día subsiguiente, cuando el barco vino al Fuego Perdido para desembarcar los hombres de relevo, la puerta del faro estaba abierta...

Como todos los llamamientos quedarán sin respuesta, se asombraron a bordo, y el piloto—el padre de Mabel,—acompañó a los nuevos vigías. El pobre viejo había envejecido diez años por lo menos.

No había en él otra cosa enérgica que los ojos, cuya mirada sombría ocultaba sin duda una preocupación suprema, única...

El anciano precedía a los guardianes.

Apenas hubo franqueado el umbral del cuarto del primer piso, cuando sus compañeros le oyeron lanzar un grito y bambolearse, como fulminado. Avanzaron para levantarlo, y entonces, lo que vieron los dejó clavados en su sitio: el brazo derecho pasado alrededor del cuello de Ned, los labios sobre la frente del guarda ensangrentado, Mabel reposaba, pálida como la cera de los cirios... Estaba muerta...

La primera impresión fué creer en un crimen cometido por los piratas; pero bien pronto se conoció la verdad del hecho. Mabel, antes de morir, había tenido cuidado de consignar todas las peripecias del drama en el diario del faro.

—Decid ahora—agregaba el capitán Smith, a quien debo esta historia,—si Shakespeare ha concebido nunca nada de más inverosímil que esta realidad. El arte no inventa nada.

Después de salir su marido Valentina ha reflexionado. De pronto exclama:

—¡Tiene razón!

Sigue pensando y prosigue:

—No conocía todavía a mi León. Porque se muestra siempre dócil y obediente le creía un hombre débil. Y no es así; es lo que se dice todo un hombre. ¡Vaya un genio! He ido demasiado lejos, pero me alegro, porque así he podido conocerlo. ¡Cómo me gusta verlo como antes, hecho una fiera! ¡Me parece que ahora lo quiero más!

Valentina recoge el mandil azul, se lo pone y sigue pelando las patatas que tenía su marido. Hecho esto se prepara a hacer un plato de dulce de los que tanto le gustan a León.

—¡Con tal que venga a comer! En cuanto llame le pido perdón y le doy un abrazo muy fuerte. Y si sigue enfadado le juraré no volver a darle motivos.

Piensa, además, tomar al día siguiente una criada. Un hombre de talento como León no debe ocuparse en los bajos menesteres domésticos. Valentina se pregunta extrañada cómo no se le ha ocurrido esto en tres años de matrimonio.

A las doce menos cinco oye llamar a la puerta. ¡Qué alegría! ¡Es él! Valentina abre, conmovida, dichosa de antemano ante la idea de someterse, de ser perdonada.

Pero en el descansillo ve un León tímido, lamentable, con la cabeza y los ojos bajos, como un niño culpable que tiembla ante el castigo que le aguarda.

—Perdóname — balbucea — Yo no sé lo que me pasó esta mañana. Fué un acaloramiento; pero ya pasó. ¿Me perdonas, verdad? Toma, monina, estas flores. Y esta docena de ostras. ¡Verás qué ricas!

Valentina contempla a su humilde marido, y triste, suspira y dice, moviendo la cabeza:

—¡Anda, entra! ¡Sí tú supieras!

EL HOMBRE DEBIL

Por Pierre Billotey

Muy de mañana, como todos los domingos, León Valney ha estado en la carnicería, en la panadería y en la lechería. Pacientemente ha aguardado su vez en estos establecimientos, y con el saco de la compra en una mano y la lechera en la otra, León sube a su casa. Sube inquieto las escaleras, pues aunque es profesor de matemáticas no acierta a reunir en su cabeza todas las cantidades que ha ido dejando en los mostradores, y su mujer, Valentina, exige las cuentas muy claras.

Cuando entra, su mujer ha abandonado ya el lecho, aunque no son más que las diez de la mañana. León la encuentra tendida en el baño. Valentina saca un brazo del agua tibia.

—Dame el periódico y date prisa. Vienes muy retrasado y el almuerzo no va a estar dispuesto al mediodía.

Y León se retira dispuesto a atender sus menesteres dominicales.

Los Valney no tienen criada. Podían tenerla; pero Valentina se opone.

—Tú no conoces — dijo un día a su marido — las exigencias de las criadas. Salen muy caras y apenas me quedaría para vestir.

León Valney está ahora en la cocina. Se ha puesto un mandil y pela cuidadosamente unas patatas, cuidando al mismo tiempo de que no se salga la leche que ha puesto a hervir.

¿En qué piensa el señor Valney? ¿Por qué alza su vista como si mirase al cielo azul? En la pared frontera del patio, en el último piso, se ha abierto una ventana. Una doncella joven se inclina mientras sacude una alfombra. Tiene una cara alegre, un cuello blanquísimo y unos brazos gordos y torneados. El Sr. Valney suspira. ¡Cómo envidia a su vecino que tiene una doncella tan guapa!

Pero una voz trágica se oye a la puerta de la cocina.

—¡Idiota! ¿No ves que se sale

la leche?

Es verdad. La leche ha empezado a hervir y se sale a borbotones.

—¡Siempre serás el mismo! ¡Un inútil!

No le basta este adjetivo. Lluven otros cada vez más despectivos. Al fin, León, que se había puesto a limpiar el fogón, deja la bayeta, se cruza de brazos y exclama imperativamente:

—¡Basta! ¡Te prohíbo que me hables de ese modo! ¡Estoy harto de esas expresiones que no volveré a oír!

Desatando los cordones de su mandil arroja éste a los pies de Valentina, que no sale de su asombro. León sale de la cocina, se pone el abrigo y el sombrero y sale dando un gran portazo en las propias narices de Valentina, que no se ha atrevido a decir ni una sola palabra, intimidada ante el inesperado arranque de su marido.

León está en la calle. Camina pensando en que de todo lo que le ocurre él es el culpable por haber sido demasiado débil. Pero su debilidad terminó. En lo sucesivo será el único dueño de la casa, y para demostrarlo no volverá a ella hasta la noche. Paseará a su antojo y comerá en un restaurante; luego irá al teatro o al cine, y si se le presenta alguna aventura no la despreciará. ¡No faltaba más!

Pero a medida que pasa el tiempo León nota que flaquea su energía. La perspectiva de la entrada en casa le aterra. Encontrará a Valentina indignada, o, lo que es todavía peor, con una jaqueca que le durará tres días. No hay valor que resista a ninguna de las dos pruebas. Además, comer en un restaurante mientras Valentina le espera en casa, sería una acción innoble. Y como se acercan las doce León resuelve ir a su casa a comer. Para amansar a Valentina compra un ramo de flores y una docena de ostras. Cuando entra en el portal va casi corriendo.

FOTOGRAFADOS

TRICROMIAS

CONFECCION DE OLISES, PARA REVISTAS, CATALOGOS, FOLLETOS Y OTRAS PUBLICACIONES.

Pujol Marpons

PRECIOS SIN COMPETENCIA. TRABAJO GARANTIZADO ENTREGA INMEDIATA.

B. MITRE 1259

U.I.38MAY02589

CARTA AMISTOSA

Salomón era un buen cliente de Isaac y Levi, fabricantes de ropa, pero se encontraba algo retrasado en sus pagos.

Isaac propuso a Levi escribir una carta a Salomón solicitando atentamente el pago de las facturas pendientes.

Levi tardó en redactar la carta, que, una vez terminada, enseñó a su socio. Este, al acabar de leerla, le dijo:

—Me gusta, Levi. Está inteligentemente escrita; te muestras firme, sin ataques personales, insultos u otros rodeos, siempre de mal gusto entre personas pertenecientes a la misma sinagoga; pero te advierto que bandido se escribe con b, y cucaracha no se acentúa.

LA COLEGIALA

Todas las mañanas la encuentro a mi paso
Por la calle Córdoba, frente al Hospital,
Lleva sus cuadernos debajo del brazo
Y avanza con aire gracioso y triunfal...

Tienen sus mejillas frescura de rosa,
Ni cumplió quince años, pero ya es formal.
Y al verla a mi lado pasar tan hermosa
Me asalta una pena... ¡No ser colegial!...

Y evoco recuerdos de tiempos lejanos:
De besos tan puros cual besos de hermanos!
De frases amantes que el labio olvidó!...

Y entonces en mi espíritu nostálgico y triste
Hay algo que llora por lo que no existe...
¡Por mi colegiala que también pasó!

CARLOS P. CABRAL.

Lo que me maravilla — dice en voz alta Jepson, cerrando el libro de criminología — lo que me maravilla no es el número realmente grande de crímenes que se cometen en el mundo, sino que ese número no sea mucho mayor. Para ser virtuoso es preciso tener una fuerza de voluntad nada común; en cambio, cualquiera puede ser criminal. La puerta para el delito está abierta para todo el mundo”.

Hecha esta reflexión, Jepson se apoyó en el respaldo del sillón, y sus ojos se fijaron, soñolientos, en la verde pantalla que atenuaba el efecto de la luz eléctrica que iluminaba su pupitre. Recogió las cuartillas en que, con letra clara y bien perfilada, acababa de escribir el discurso que al día siguiente había de pronunciar en la sesión extraordinaria del Círculo de Abogados, y se sumió en sus reflexiones.

¡Cuánto más interesante y convincente sería su discurso si pudiera ilustrarlo con su experiencia personal y decir: “Ayer por la noche, sin ir más lejos...”, o “Permítanme, señores, que ilustre este punto con un hecho que me ocurrió recientemente”. Una idea fija llegó a dominarle. Unos minutos después se encontraba fuera de sus habitaciones, cerrada tras él la puerta de entrada a su departamento. A cada paso que avanzaba le saltaba más a la vista la sencillez del crimen y compadeció desde el fondo de su alma al hombre o mujer en quienes el instinto criminal fuera la pasión dominante. “No son tan dignos de vituperio — pensó — como aquellos que dejan la puerta abierta, a propósito para que los roben”.

Pasó por delante de un establecimiento espléndidamente iluminado, notando el gran número de artículos que podían ser robados de los mostradores sin que nadie se diera cuenta de ello, y asombrándose al mismo tiempo que no hubiera mayor número de personas que pensasen lo mismo que él. De repente una voz clara y distinta llegó a sus oídos. Era una voz de mujer que salía por la entreabierta puerta de una cabina telefónica.

—¿Con el hotel Fratti?... Vea: me he olvidado en el “toilette” un anillo con un brillante. Si... ¿lo ha encontrado?... ¡Cuánto me alegro! Ahora mismo enviaré un mensajero por él... Clariston... Edna Clariston. Muchas gracias.

Jepson oyó el ruido del receptor telefónico al ser colgada la horquilla, y un instante después salía de la cabina una mujer vestida con la mayor elegancia. El abogado percibió con la rapidez del relámpago la luz indefinible que irradiaba de un rostro encantador, y tal impresión quedó grabada de una manera imborrable en su mente. Una de las cualidades que más distinguían a Jepson era precisamente su gran memoria para las facciones.

“¡Qué ilustración práctica para mi conferencia! — pensó. — Un anillo de diamantes que se olvida en un restaurant y un mensajero que va a buscarlo sin garantía ninguna. Cualquiera podría haber escuchado la conversación que yo acabo de oír, adelantarse al mensajero y...”

Una idea súbita brotó en su cerebro. Para demostrar prácticamente su tesis, acerca de lo fácil que resulta la comisión de los delitos, él haría de mensajero, pediría el anillo en nombre de su dueña y estaría en posesión de él

El experimento de Mr. Jepson

Por Nelson Cólman

durante unos momentos, el tiempo suficiente para probar su teoría. Luego fácil sería devolverla a su dueña. Experimentó una alegría insólita al pensar en lo cómodo que le iba a ser poner a prueba

aquí está el anillo que usted busca. Hay gente muy olvidadiza y a veces nos han proporcionado algún disgusto.

Jepson extendió el brazo.
—Sírvase firmar este recibo — le



—¿Alcohol de 45 grados ésto? ¡Será bajo cero!...

la idea capital de su disertación, y con este pensamiento en su mente se le hizo corto el camino que tenía que recorrer hasta la casa de Fratti.

—Sí — le contestó el empleado;

dijo el empleado. Sin vacilar escribió el abogado el primer nombre y apellido que se le vino a las mientes. “Samuel Smithson”. Luego se alejó lentamente.

“Exactamente como yo había pen-

La utilidad de la especie, ley suprema

La utilidad, la conveniencia, son en efecto, las bases sólidas de la moral humana o universal y solidaria. Pero hay que distinguir: la utilidad y la conveniencia generales, de todos los seres y los pueblos, o en último caso, del conjunto más amplio, del mayor número posible.

Esta es la verdadera doctrina positiva, no la utilidad exclusiva, desigual y transitoria de un individuo, grupo, familia, secta, etc., tomadas como supremas, contra la utilidad de los más, pues éste es, al contrario, su falseamiento completo.

RAUL VILLARROEL.

sado — se dijo para sus adentros Jepson. Decididamente, ser criminal no es tan difícil como parece”.

“Anoche, sin ir más lejos, señores — Jepson ya se creía frente a la distinguida concurrencia del Círculo de Abogados, — anoche mismo pude, sin excitar sospechas de ningún género y con un riesgo prácticamente nulo, hacerme dueño de un valioso anillo de diamantes. No hice más que presentarme, pedirlo y, sin exigirme la menor garantía, me lo dieron. El camino que conduce al crimen es tan fácil como tentador. La puerta del delito es amplia y está siempre abierta, pudiendo leerse sobre ella estas palabras escritas en gruesos caracteres: “Sírvase entrar”.

Y el abogado se sonreía saboreando anticipadamente el efecto que producirían sus palabras sobre el docto auditorio que escuchaba su no menos docta disertación.

La pequeña aventura produjo en el espíritu de Jepson, de ordinario tranquilo, una agitación a que estaba poco acostumbrado. Caldeado por el éxito de la aventura, Jepson sintió la necesidad de llevarla adelante, haciendo lo que en el mismo caso habría hecho un ladrón vulgar. Pensar esto y doblar la calle cortando por una callejuela tenuemente alumbrada, todo fue uno. Caminó por ella durante algunos minutos, y penetró por fin en una tienda de aspecto miserable, sobre cuya puerta se veían las tres esferas que en ciertos barrios de Londres caracterizan los negocios de compraventa.

—Quisiera empeñar este anillo — dijo al dueño del establecimiento, un hombre cuyo aspecto indicaba a las claras la raza a que pertenecía.

El judío tomó el objeto, y, después de examinarlo con atención, clavó la mirada escrutadora de sus ojillos grises en el cliente que la casualidad le deparaba, y dijo:

—¿Es suyo?

—De mi señora — contestó Jepson.

—¿Sabe usted el valor que tiene?

—No me interesa en lo más mínimo ese punto. Lo quiero empeñar tan sólo para salir de un apuro momentáneo. Diez o quince libras serían suficientes. Probablemente sólo será por unas horas.

El hebreo contó los billetes y se los entregó juntamente con una boleta. El prestamista miraba a Jepson con una fijeza que a éste le pareció sospechosa. Al abogado le disgustó aquella insistencia. La mirada de aquel hombre parecía querer escudriñar hasta lo más íntimo de su alma, y él creyó descubrir en ella algún siniestro propósito. El crimen podía ser fácil y él había visto que en realidad lo era, pero también podía tener sus riesgos. La mirada que le dirigió el israelita le hizo pensar en algún peligro desconocido, y no se sintió tranquilo hasta que de nuevo estuvo en la calle. Su teoría estaba suficientemente probada. Ahora se dirigía directamente a casa y desde allí enviaría un mensajero para que retirara el anillo y lo llevara de nuevo al restaurant Fratti.

Al llegar a su departamento Jepson echó mano al bolsillo interior del sobretodo donde había colocado la cartera con los billetes y el recibo que recibiera del usurero, y su rostro se puso pálido como la cera. La cartera había desaparecido. Alguien se la había robado en el camino, pues perderla no hubiera si-

do posible. Ahora recordaba que durante su camino a lo largo de Oxford Street había tenido que abrirse camino a través de una compacta muchedumbre y se le venían a las mentes los encontronazos de que fué víctima por parte de varios individuos, que con rudeza que ahora le parecía sospechosa avanzaban en dirección completamente opuesta a la suya. Sin duda en uno de estos momentos había sido despojado de su cartera. Este es el procedimiento seguido por los rateros en circunstancias análogas, y—¡qué falta de previsión la suya!—él ni siquiera había pensado en semejante emergencia. ¡Qué necesidad la suya! También él había dejado abierta de par en par la puerta del crimen, y los que le habían robado no hicieron más que penetrar por ella a su tácita pero elocuente invitación.

Una sensación de desmayo invadió todo su ser. Su inocente experimento podía conducirle ahora a la ruina. Su existencia en metálico no alcanzaban a la suma de quince libras esterlinas de que acababa de ser despojado y, para colmo de sus males, con el dinero le habían robado la boleta que le entregara el prestamista. Ahora comenzaba a comprender lo poco prudente que había sido su manera de proceder y se daba cuenta de que su pueril deseo de lucimiento podía ser para él la causa de los más serios disgustos.

Durante largo rato meditó Jepson las consecuencias que podía acarrearle su aventura, y sumido en sus tristes pensamientos hubiera continuado indefinidamente si no lo hubieran sacado de su ensimismamiento los gritos de los vendedores de diarios.

"El audaz robo del West End", voceaban, y sus gritos caían como plomo derretido en los oídos del abogado. ¿Se referían a él aquellas palabras que tan profunda impresión le producían?

"El delito, el delito por todas partes — murmuró en un tono de suprema desesperación—y no siempre por culpa de los criminales".

Jepson bajó precipitadamente a la calle y compró un diario. Recorrió ávidamente sus columnas debajo de un farol del alumbrado y sus ojos se detuvieron ante los gruesos caracteres que encabezaban un largo suelto.

"Un robo audaz ha sido cometido esta noche. Un desconocido se presentó en el restaurant Fratti pidiendo un anillo de diamantes que dejara olvidado uno de los clientes del establecimiento. Como hiciera una minuciosa descripción de la joya, el empleado en cuyo poder se encontraba no tuvo reparo en dársela, creyéndolo enviado por la dueña del mismo, quien momentos antes hablara por teléfono anunciando que enviaría una persona a recogerla. El audaz ladrón firmó un recibo con el nombre de Samuel Smithson. Es de elevada estatura, ojos azules y usa bigotes con las gafas caídas. Correctamente vestido, sobretodo gris, monóculo..."

Jepson no quiso leer más. Se dejó caer sobre una silla y exclamó en el colmo de la desesperación:

—Mañana publicarán mi retrato. Me he conducido como un perfecto imbécil.

El único recurso que le quedaba era ir a Scotland Yard y poner a la policía en conocimiento de lo ocurrido. Nelson Coleman era amigo suyo. Pero, no. Coleman era de-

masiado estricto y tratándose de asuntos del servicio no transigía ni con su propio padre. Primero vería a su condiscípulo Fraser Hill, hombre de recursos inagotables, y si éste no le sacaba del conflicto en que le había metido su propia estupidez, no le sacaría nadie.

Un tanto aliviado por la resolución que acababa de tomar, se dirigió al gran espejo que ocupaba uno de los testers de la habitación y paseó una larga mirada sobre su imagen reflejada en el mismo. Su propia palidez le asustó.

El bigote, aquel bigote poblado y de guías caídas, que tanto como en su rostro se destacaba en la descripción de los diarios, le produjo una sensación de terror.

Muchas veces había tenido la intención de hacerlo desaparecer. ¿Por qué no ahora? Esto evitaría que recayeran sobre él las sospechas. Y, tan rápido en la acción como en el pensamiento, dos minutos más tarde lo hacía caer de dos golpes de tijera manejada con mano insegura. Entonces, demasiado tarde ya, se dió cuenta de que acababa de cometer una nueva imprudencia. La desaparición del bigote aumentaría ante los ojos de cuantos le conocían, las probabilidades existentes en contra suya. Si era inocente ¿por qué trataba de ocultar su identidad?

Pero el mal estaba hecho y era imposible retroceder por el camino andado. La cosa no tenía remedio, y Jepson se resignó estoicamente a las consecuencias que pudiera acarrearle su nuevo error. El juego se había convertido en tragedia. Su ligereza le había puesto al borde de un precipicio. No había escapatoria para él.

Aquella misma noche escribió una carta al Círculo de Abogados excusándose de asistir a la conferencia en que debía pronunciar el famoso discurso, causa de todos sus sinsabores, y antes del mediodía se presentaba Fraser Hill, atraído por la noticia. Jepson le abrió la puerta y el asombro se pintó en el rostro de su visitante.

—¿Cómo es eso? — exclamó al notar el cambio que se había operado en el rostro de su amigo.

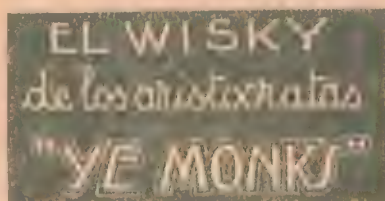
—Entra, Fraser — le contestó éste. — No puedes imaginarte la impaciencia con que te estaba esperando. Siéntate y escúchame — le dijo antes de que Fraser Hill se hubiera repuesto de su asombro. — Me hallas en los momentos más terribles de mi existencia.

No creas que me he vuelto loco. La carta que escribí al Círculo de Abogados es una pura farsa; no estoy enfermo, como aseguro en ella para excusarme de asistir a la conferencia. Yo soy un vulgar delincuente y a estas horas los sabuesos de Scotland Yard me están siguiendo la pista como a un criminal. Bien; dime lo que he de hacer; para eso has venido. Creo que no me vas a abandonar en estas circunstancias.

—Pero, Jepson — exclamó su amigo. — ¿Quieres explicarte de una vez?

Jepson se arrojó de nuevo sobre una silla y contó a su amigo el caso, sin omitir detalle.

—No te aconsejo te veas con Coleman. Esos tipos de la policía son peligrosos y suelen tomar las cosas demasiado en serio. Yo haría otra cosa. Buscaría a la dueña del anillo y trataría de convencerla de mi inocencia. Inténtalo. En cuanto al valor de la alhaja, veremos en



cuánto la tasa y trataremos de sacarte del apuro. Procura no ponerte al alcance de los lebreles de Scotland Yard antes de que hayas hablado con la muchacha. Esa es tu única esperanza.

—Ahora mismo me voy a casa de Fratti.

—Que la suerte te acompañe.

Cuando penetró en el lujoso restaurant era la hora del lunch y la sala estaba animadísima. Jepson tomó asiento en una de las mesas situada en uno de los lugares más estratégicos, y esperó.

De repente un rostro de mujer, visto a través de la multitud, le hizo estremecer. No había error posible; era ella. El corazón de Jepson latía violentamente y sus músculos se negaron a obedecerle cuando intentó levantarse. Por fin, una ola de vapor pasó sobre él.

La joven le dirigió una mirada interrogativa cuando notó que se dirigía hacia ella.

—Perdón, señorita — dijo Jepson saludando cortemente; — creo que ha sido usted víctima de un robo y posiblemente podría yo darle alguna luz acerca del asunto.

Los bellísimos ojos de la joven brillaron intensamente al oír estas palabras; una sonrisa divina (al menos así le pareció a Jepson) iluminó su semblante y con un gracioso gesto indicó al abogado que tomara asiento.

Los graciosos modales de la joven terminaron por disipar los temores del abogado, y dueño por completo de sí mismo, comenzó:

—De una manera tan inesperada como inocente me he visto complicado en este asunto y pensé que la única manera de salir airoso de él sería viéndola a usted y pidiéndole su valiosa ayuda.

—Ha tenido usted una idea excelente — dijo la joven. — Hable. Le escucho con impaciencia.

Jepson, animado por estas consoladoras palabras, comenzó su relato:

—Oí su mensaje telefónico con respecto al anillo — dijo — y deseoso de experimentar en la práctica una tesis acerca de la facilidad del delito, que debía leer al día siguiente en el Círculo de Abogados, pedí el anillo en nombre de usted con la intención de devolvérselo inmediatamente; pero...

—La tentación fué demasiado grande, aun para un abogado.

Un vivo carmín tñó el rostro de Jepson...

—Disculpame — exclamó (la risa que retozaba en el hermoso rostro de su interlocutora disipó su resentimiento): — lo único que hice fué llevar demasiado lejos el experimento, tan lejos que ahora me veo envuelto en un delito y perseguido como un criminal por la policía.

—Espléndido — exclamó la joven palmoteando. — Síga, síga; ¿qué ocurrió después?

—Después enapeñé el anillo y alguien me robó el dinero y la boleta.

Crisálida y mariposa

(Para mi distinguido amigo D. Tomás Bravo.—Testimonio de afecto).

Bella cual las huríes de Mahoma,
Pura como la luz de la alborada,
Fresca cual el jazmín cuyo perfume
Con fruición inefable aspira el aura,
Hace cinco años,
Era Zoraida,

Cuando la vi, de juventud radiante,
Modular en el templo una plegaria.

Por la demacración desfigurado
Su rostro, que el de Venus recordara;
Marchita cual la flor que de su tallo
El impetuoso vendaval arranca,

Recientemente

Volví a encontrarla:

Por la tuberculosis consumida,
En un tétrico hospicio agonizaba.

¡Pobre mujer! Afecta a la molición;
Vendió su honor, por la ambición cegada,
Viviendo en la opulencia; mas la orgía
Su salud agostó en edad temprana,

Y al prostituirse

De cuerpo y de alma,
Maldijo, aquella frágil mariposa,
La hora en que dejó de ser crisálida.

R. DE ITURRIAGA Y LOPEZ.

Una carcajada de la joven le cortó el hilo del discurso...

—No es usted tan hábil como podía serlo dada su carrera de abogado; ¿verdad, señor...?

—Jepson.

—Señor Jepson, usted es materia dispuesta para cualquier cosa, ¿no le parece?

—Lo admito; admitiré cualquier cosa con tal de que usted admita que no he tenido intención de cometer un delito.

—No faltaría más... Admitido. Bueno; y ahora, ¿qué es lo que piensa hacer?

—Eso es precisamente lo que me ha movido a buscarla, porque, créame, no se me ocurre nada...

—Mi estimado señor, le ruego que no se vuelva a molestar por semejante pequeñez.

—¿Y la policía?

—Telefonaré que me han devuelto la alhaja y asunto concluido.

—Pero eso no es cierto...

—Usted es muy inocente todavía, mi querido señor Jepson. Todavía tiene mucho que aprender.

Durante largo rato hablaron, como antiguos amigos.

—Mr. Jepson — dijo ella por fin, ambos ya de pie para despedirse — me ha sido usted muy simpático. Esta pequeña aventura me dejará grato recuerdo. Creo que no tendrá inconveniente en invitarme esta noche al teatro.

Jamás en su vida disfrutara Jepson de una función de teatro como aquella noche.

A la hora de la cena, los bien torneados codos sobre la mesa y mirando dentro del espíritu del abogado con sus ojos fascinadores, la joven fué más explícita:

—Tengo verdadera pasión por las joyas — dijo. — Desde que llegué a Inglaterra me he dedicado con verdadero furor a coleccionar ejemplares raros y hasta he llegado a tener en mi poder joyas relacionadas con crímenes famosos. Nelson Coleman y sus hombres han llegado a serme familiares, y en más de una ocasión los he puesto sobre la pista de algún caballero de industria.

—Nelson Coleman es muy amigo mío, miss Clariston.

—Llámenme Edna, me suena mejor...

Jepson se dio cuenta del delicioso rubor que empurpuró las mejillas de la joven cuando sus ojos se alzaron hasta los de ella. De repente este color se desvaneció sucediéndole mortal palidez. La joven se llevó una mano a la garganta:

—Perdóneme — murmuró, — me siento mal.

El se levantó para prestarle ayuda; pero ella le rechazó con un ademán al mismo tiempo que desaparecía entre un grupo de personas que en el mismo momento penetraban en el restaurant. El abogado tomó nuevamente asiento y de repente vió delante de sí dos figuras que aparecieron como si las vomitara la tierra. Eran Nelson Coleman y el judío.

—Mr. Jepson.

El se levantó pálido y tembloroso.

—Samuel Smithson, si no me equivoco — dijo el israelita.

—¿Qué significa esto, señor Coleman? — preguntó por fin.

—Eso es precisamente lo que yo quiero saber — le contestó el detective. — Nuestro amigo acaba de

identificar a usted con Samuel Smithson; ¿qué significa esto?

—Sí; usted es Samuel Smithson exclamó el hebreo excitado. — Usted fué quien llevó el anillo a mi tienda y yo le presté quince libras sobre él.

Acosado en tal forma, Jepson no tuvo más remedio que contar la historia de su experimento, agregando que miss Clariston, la dueña de la joya, la tenía de nuevo en su poder y deseaba que terminara allí el asunto.

—¿Sabe usted, señor Jepson, que se trata del diamante Rodney?

—De qué, señor Coleman?

—Del diamante Rodney, uno de los más valiosos del mundo. Hace años que lo estamos buscando.

—Si yo lo hubiera sabido...

—Le agradezco los informes que acaba de suministrarme; pero mucho me temo que si la joya, como parece, ha vuelto a poder de Edna Clariston, nos cueste un ojo de la cara dar de nuevo con ella. Se trata de una de las más hábiles ladronas de los Estados Unidos y no sabemos que estaba en Inglaterra.

lo. ¿Por qué me dejó sola anoche?

—Fué usted quien se retiró.

—Estaba enferma. Pero no se preocupe por mí; ya me encuentro bien. Vea: necesito verlo otra vez. ¿Tiene confianza en mí?

—¿Por qué no?

—Entonces no me negará la entrevista que le pido. ¿Vendrá?

—Dígame dónde?

—¿Le parece buen sitio la casa de Tupper, en Regent Street? A las ocho en punto de la noche.

—Aceptado.

—Ya sabía que usted no habría de faltar a esta cita — exclamó la joven con su voz dulcísima. Y echando hacia atrás el negro velo que cubría su rostro, dejó al descubierto parte del mismo, que Jepson habría jurado arrebatar a los propios ángeles.

—La cosa es así — manifestó la joven. — Como le tengo dicho, soy apasionada por las piedras preciosas y tuve la fortuna de dar con este hermoso diamante. Trabajo me costó conseguirlo, pero todo lo di por bien empleado. Luego sobrevino su pequeña aventura y por ella su-

entre las manos. — ¿No querría usted hacer algo por mí. Usted es el único amigo que tengo en esta tierra. Félix, por lo que usted más ame, tome el brillante y consérvelo cuanto pueda. Si no tiene más remedio que entregarlo, entréguelo.

—Haré cuanto pueda por servirle, Edna, pero...

—Lo comprendo, exclamó tristemente la joven. — Usted teme por su carrera. Lo que le pido puede comprometerle. No debía habérselo pedido...

Sus grandes ojos negros hablaban con fuerza más irresistible que la de sus palabras. El abogado tomó una de las manos de la joven y la llevó a los labios.

Cuando volvió a su departamento el diamante le quemaba uno de los bolsillos del chaleco y sintió un secreto alivio cuando lo tuvo encerrado en la caja de hierro.

Media hora después estaba en su habitación Nelson Coleman.

—Preciso me diga todo cuanto sepa acerca de miss Clariston.

—¿Persiste usted creyéndola delincuente? — preguntó Jepson.

—Con toda seguridad.

—¿Y cree usted que ha robado el diamante Rodney?

—Así me parece, Jepson. Edna Clariston consiguió estando en casa de Fratti el diamante, de una persona que aun no hemos identificado y allí lo dejó con toda intención, haciéndose la olvidadiza con el fin de poder enviar un mensajero a buscarlo y evitar así responsabilidades. Usted hizo inocentemente las veces de ese mensajero. Cuando salió del restaurant, una persona en connivencia con ella lo esperaba, acompañándolo después hasta la casa del prestamista y robándole luego la cartera mientras se dirigía a su casa.

Jepson tuvo un momento de vacilación.

—Coleman — dijo con voz ronca; — la misma Edna Clariston acaba de entregarme el diamante. Lo tengo en la caja de hierro.

—Lo sabía — dijo Nelson Coleman con frialdad.

La llave de la caja giró y con mano temblorosa el abogado entregó la gema deslumbradora al detective.

Los ojos de Coleman brillaron.

Jepson se hundió en un sillón y vió cómo el detective examinaba ansiosamente el diamante, ayudado de una lupa.

—Este no es el diamante Rodney — dijo desilusionado. — La imitación es perfecta, pero de ahí no pasa.

En el silencio que siguió a esas palabras Jepson pudo escuchar los latidos de su propio corazón. De repente se oyó un golpe a la puerta y una carta pasó a través de una hendidura abierta en la misma. El abogado rompió apresuradamente el sobre y leyó:

“Gracias, amigo mío, por todo lo que ha hecho en mi favor. Espero que algún día podré agradecerse en otra forma. Mientras tanto cuente con el eterno reconocimiento de Edna”.

Jepson alargó la carta al detective. Este la leyó dos veces, luego la dejó caer sin pronunciar palabra.

Fué el abogado quien rompió el silencio:

—Ella me había dicho que yo era una excelente materia prima...

Nelson Coleman se limitó a son-

PENSANDO

Allí donde la ironía salve, la sinceridad condena.

Lo que para un artista es belleza, para un filósofo es sueño.

Epifonema. Los artistas son eternos reveladores y los filósofos soñadores casi perennes.

¡Oh, tú, epicúrco, que vives la vida de la carne sana: ¡Ya ha pasado otro día!...

Un pueblo escéptico es un pueblo culto. Esto es invariable.

De lo original a lo ridículo no hay más que un paso, pero de lo ridículo a lo original hay un número desconocido de pasos...

Tengo fe en la fe de los filósofos, pero no en sus sueños.

La vida, directamente, no nos enseña; todo lo aprendemos por medio del dolor.

CARLOS MARIA PODESTA.

Jepson de vuelta en su departamento, calculaba las probabilidades que tendría Coleman de equivocarse en sus juicios, sobre todo en lo que a la encantadora Edna se referían, cuando sonó la campanilla del teléfono.

Sentado estaba al lado del fuego a eso de media noche, cuando lo sacó de sus meditaciones la campanilla del teléfono. ¿Quién podría ser a aquellas horas? ¿Sería Fraser? ¿Nelson Coleman que quería molestar? Pero sus dudas desaparecieron al oír una voz dulcemente timbrada que le preguntaba a través del alambre:

—¿Es usted Félix?

—¿Cómo conoce usted mi nombre?

Una argentina carcajada fué la lejana respuesta.

No le importe por ahora saber-

pe que la policía anda en busca del diamante. Usted la puso sobre la pista, inocentemente, por supuesto. Ahora no queda más recurso que entregárselo, pues de lo contrario no me van a dejar en paz.

—Pero ¿lo tiene usted de nuevo?

—Sí; tengo un verdadero capricho por esa alhaja; no puedo remediarlo. Aquí está — exclamó, alargando el magnífico diamante al abogado, quien creía asistir a una sesión de magia.

—Por Dios — dijo — no lo exponga de esta manera. ¿No sabe que se trata del famoso diamante Rodney y que se ha ofrecido una recompensa de mil libras a quien lo encuentre?

—No diga eso.

—Pues es un hecho.

El rostro de la joven palideció.

—¿Qué desgraciada soy! — murmuró ocultando el hermoso rostro

Una niña moderna

Por Charles Torquet

¿Sabes que ha fracasado mi boda con Lina Gobeá? Te diré cómo ha sido. La conocí en la Universidad, donde ella y yo éramos alumnos del mismo curso de Derecho. Charlábamos a menudo y solíamos salir juntos. Un día, en la calle, me dió lumbre con su encendedor y me pidió un cigarrillo. Paseando y fumando, llegamos hasta el Luxemburgo. Ella tiene ideas bastante avanzadas; mis inclinaciones, en cambio, son conservadoras. Pero nos entendíamos muy bien, tanto más cuanto que Lina cultivaba el deporte: el hockey y la natación.

El sábado siguiente nos vimos en una piscina para ambos sexos, de Deligny. Es muy fuerte, ya lo sabes; nada a la perfección. Hay que verla... Al salir fuimos a merendar a casa de Branché y Joiré: unos pasteles, una taza de té...; pero siempre como camaradas, naturalmente, pagando cada uno lo suyo.

Una noche, al salir de un *music-hall*, hablando del peligro amarillo, nos llevamos mutuamente cinco o seis veces seguidas de la puerta de su casa a la mía, y recíprocamente, sin acertar a separarnos hasta las tres y media de la madrugada. Ella pretextaba el miedo a despertar a sus padres; pero yo creo que es que sentía algo por mí. Yo estaba prendado de ella, pero no decía nada, por temor a malograr nuestro buen compañerismo. Ella fué quien habló primero; no me alabo de ello. Sin retirar la boquilla de los labios, me dijo:

—Gerardo, ¿es usted tonto o tímido?

—¿Por qué lo dice usted?...

—Es que no me explico cómo no se ha declarado usted ya.

Me quedé sorprendido; pero luego pensé que Lina me convenía, y como, en suma, hay que casarse un día u otro, respondí:

—Bueno, pues tenga por hecha mi declaración.

—Muy bien; acepto.

Éramos novios; ya puedes figurarte mi satisfacción. Lina es más rica que yo... Por otra parte, con mi nueva combinación de consultas jurídicas, que para ser productiva no espera más que ser inaugurada, y con mis esperanzas, yo no soy tampoco un partido despreciable.

De momento, sin embargo, mi situación económica era un poco apurada. A partir de ese día no fué ya lo mismo. Lo comprendí a la primera salida. Habíamos estado tomando ostras en casa de Pommier. Cosa de 61 francos con el caviar, la manteca y el pan. Vi la cuenta, y dije:

—Propina, cinco francos; total, 66, o sea 33 por barba.

Con aire autoritario, contestó Lina:

—¡Ah!, no, chiquillo. Ya no somos camaradas; somos novios. Paga tú todo; otra cosa haría feo.

Me quedé aturdido. La vi que me miraba irónicamente con el rabllo del ojo; pero no queriendo pasar

por roñoso pagué los 66 francos; pero eso me desequilibró.

Trazamos un nuevo programa para el domingo siguiente: almuerzo en San Remy; por la tarde, al autódromo, y por la noche, al Walhalla. Repartiendo el gasto, era caro; pero ante la idea de que yo solo había de pagar, me aterró. Pero, en fin, por complacer a Lina...

tema, me hacía siempre esperar un poco. Disputamos sobre la hora y, al fin, para no disgustarla, tuve yo que ceder, renegando de mi reloj. En todo caso, íbamos a pasar un gran día.

Ni un taxi en los Campos Eliseos. Parecía hecho adrede... Empezamos a andar, cuando, frente a la tienda de Diávolo, el vendedor de perros, Lina se fijó en un diminuto pekinés, que esperaba comprador, durmiendo sobre un almohadón. Y exclamó:

—¡Oh, qué monada!... ¡Qué precioso es!

—¡Phs! — respondí. — Déjalo; vamos ya, Lina...

Sin hacerme caso prosiguió:

—¡Qué animalito tan soberbio!

LA VERDAD

No intentéis convencerme, señora mía: aunque por mis sentires me llaméis viejo, siempre seré más joven que la manía que tenéis en miraros tanto al espejo.

Viejo por mis pensares nobles y bellos? Viejo porque os digo que no me agrada la mujer despojada de sus cabellos? ¡amo la cabellera larga y peinada!

Amo, señora mía, todo el retrato de la mujer que fuera pudor, recato, admiración, respeto, por sus primores

sin ningún artificio. Sencillamente, con la madre Natura soy consecuente: si las flores son flores, deben ser flores!

RICARDO M. LLANES.

Yo soy hombre de resoluciones; y como sabía que mi padre no me anticiparía ni un céntimo, pues no entiende de negocios, cogí lo que pude de mi cuarto y me fuí a casa de un prestamista que conozco. Logré que me diera 500 francos al 12 por 100 mensual.

Llegó el domingo. Estábamos citados en la Estrella. Lina, por sis-

¡Es de una pureza!... Voy a ver cuánto vale.

Entró. Costaba 500 francos.

La cifra me tranquilizó. Yo pensaba que Lina, una vez enterada del precio, saldría como había entrado. Pero mi novia se apresuró a cerrar el trato.

—Bueno, me lo llevo. Paga, Gerardo.

EL LOCO

La luna peinaba sus cabellos con un escarpidor de ébano, que argentaba con una lluvia de luciérnagas las colinas, los prados y los bosques.

Scarbo—gnomo cuyos tesoros son abundantes—aventaba sobre mi techo, al chirrido de la veleta, ducados y florines, que saltaban cadenciosos, llenando la calle de monedas falsas.

¿Cómo rió burlón el loco que vaga todas las noches por la desierta ciudad, un ojo fijo en la luna y otro saltado!

—¡Qué asco de luna! — gruñó. Recogiendo los dineros del diablo, compraré una picota para calentarme al sol.

Sin embargo, era siempre la luna, luna que se ponía—y Scarbo acunaba sordamente en mi bodega ducados y florines a golpe de volante.

Mientras que, con los cuernos hacia adelante, un caracol extraviado por la noche buscaba su camino sobre mis luminosos cristales.

LUIS BERTRAND.

Este número de

FRAY MOCHO

ha sido impreso íntegramente con tintas de la Sociedad Anónima Italiana

“ETELIA”

de FIRENZE (Italia)

Gran fábrica de tintas para tipo lito y trieromías de calidad Extra Superior

Representantes y depositarios en las Repúblicas del Plata:

Corporación de Fabricantes Italianos Unidos

Maselli, Shakespear y Cía.

U. T. 41-Plaza 2904

Suipacha 774

Buenos Aires

Figúrate la cara que yo pondría. Pero no era cosa de pasar por un pobrete a los ojos del vendedor de perros. Dí, pues, el billete de 500 francos; cogió Lina el pekinés, lo besó cuanto pudo y salió acariciándolo y prodigándole frases:

—¡Pobrecito prisionero!... ¡Ya estás libre, Gengis-khan!... ¿Quién se comerá una alita de pollo en casa de Buissonneaux? ¿Quién va a pasear con su amita?

Esta vez no pude más; francamente furioso, la interrumpí:

—Nada de eso.

—¿Qué? — dijo ella, sorprendida.

—Que ni pollo, ni autódromo, ni nada. Tenía 500 francos y ya no me queda ni para un panecillo. Cómete el pekinés si tienes hambres y ponte a correr si te gustan las carreras.

Se había agitado la fiesta. Cambiamos frases mortificantes. Según Lina, yo era un avaro. Al llegar a la esquina de la calle del Circo me dejó plantado y se fué muy ofendida. Me dió mucha pena, porque quería a la muchacha; pero comprendo que no era la compañera ideal. En nuestro tiempo hay que huir de las mujeres caras. Después de todo, lo ocurrido ha sido para ella peor que para mí, porque hay más mujeres disponibles que hombres, y yo valgo lo mío.

Tal fué el relato de Gerardo Hautepaille. Su amigo Boltay, que lo había escuchado sin despegar los labios, dijo al fin, tras una ligera vacilación:

—Sí, es verdad. Yo estaba enterado de todo. Lina me lo contó... sin hacerme pagar ningún perro, y... ¿sabes?, vamos a casarnos... Precisamente quería pedirte que fueses uno de mis testigos... ¿Qué es eso que me caso con Lina?... Es una prueba que intento, ¿sabes?

Si me sale mal, siempre me quedará el recuerdo del divorcio. ¿no te parece?

Creo hacer una oportuna confirmación a lo que se ha escrito referente a las propiedades del maíz como factor eficaz y nutritivo para nuestro organismo; y hágolo no obstante el folleto publicado por el ilustrado y laborioso ingeniero Nelson, en el que indica 146 fórmulas para utilizar dicho cereal.

Voy, pues, aunque de una manera rápida, a exponer lo que me ha sugerido proceder así, que es lo siguiente:

El distinguido e inolvidable almirante Staley, de la armada norteamericana, que visitó nuestro país, invitó al expresidente general Julio A. Roca, a un almuerzo servido a bordo del buque almirante.

Acompañaban al primer magistrado, el señor almirante Howard, el coronel Gramajo y el que escribe estos renglones.

Llegó el general Roca a la nave capitana donde fué recibido por el almirante Staley, tributándosele los honores de práctica, los que también le fueron rendidos por parte de los buques de las armadas extranjeras y de la Argentina.

Después de una hora más o menos, el ex presidente fué invitado a pasar al comedor, el cual había sido adornado en forma sencilla pero elegante.

Dió principio al almuerzo.

Como plato de entrada, fueron servidos fiambres surtidos, sobresaliendo entre ellos hermosas tajadas de jamón, que parecían hojas de acero al fuego, tal era su color rojizo y que tuvimos la agradable oportunidad de gustar, hallándole un sabor desconocido para nuestro paladar. Parecía sahumado con algún perfume; como se comprenderá, esa entrada preparó excelentemente el camino para abrirnos de inmediato un gran apetito.

Siguió después una sopa de verdura muy agradable, y a renglón seguido la presentación de un puchero, lleno de verdura, pero en el que sobresalían choclos grandes partidos, mostrando, por decirlo así, una serie de dientes grandes y blancos, que parecían tener la idea de imponerse a su demás familia.

El puchero era típicamente de estilo español-criollo; es decir, integrado con trozos de tocino, chorizos y morcillas que, francamente, nos sorprendió en alto grado. Llegó luego una fuente llena de tamales, impregnando el comedor con un olor exquisito. El general Roca no pudo menos que demostrar su agrado, recordando, quizás, las que le enviaba desde su querido terruño, su amigo el coronel Lucas Córdoba, ex gobernador de la provincia de Tucumán.

Más tarde hizo su aparición un filete con salsa verde, plato que fué aceptado con mucho gusto por la sencillez de su composición; pero recién al terminar, nos dimos cuenta de que estaba compuesto simplemente con pedazos de zapallo criollo, perfectamente frito.

Siguió otra sorpresa, y ella fué una carbonada con trozos de carne de cerdo, papas y cuadraditos de zapallo.

De la ánfora de los recuerdos del Coronel David Marambio Catán

A propósito de la "Semana del maíz"



Retrato inédito del general Julio A. Roca, acompañado del almirante Staley, a bordo de un buque de guerra de la armada de los Estados Unidos, fondeado en el puerto de Buenos Aires.

El general Roca, ya no pudo continuar guardando silencio, y como tenía cerca al coronel Gramajo, le preguntó si él había indicado el menú, a lo que el interpelado contestó negativamente.

El general, deseoso de salir de sus dudas, le pide al almirante Howard que le diga al almirante Staley su pregunta; contestándole dicho señor: que el reglamento de la armada americana indicaba la forma del servicio de mesa, lo que no podía ser alterado aunque estuviese a bordo el presidente de la Nación. El general Roca agradeció la respuesta.

Pero, a pesar de estas sorpresas, se produjo otra que, francamente, nos admiró. Era una hermosa sopera de plata la cual contenía... una mazamorra de maíz con leche que, al saborearla, nos recordó las que habíamos paladeado en las estancias.

El general Roca se sirvió mazamorra, olvidándose por completo de los platos anteriores...

Al terminar, le dijo al almirante Howard: "ya ve, mi almirante, cómo en nuestro país no se conocen las propiedades del maíz, y sólo se consume como alimento la carne. Es indudable que esta comida nos servirá para algo que sea de beneficio nacional; debemos seguir los ejemplos de nuestra gran amiga Norte América, que ha nutrido al alma del organismo argentino con sus sabias doctrinas y, hasta proporcionando los medios de nutrición material.

Terminó el almuerzo en medio de las mayores expansiones de amabilidad.

El general Roca, que era un gran observador y poseía un feliz criterio práctico, no echó, como se dice, en bolsillo roto todo lo que había pasado, y tan es así que fué un pionero de valioso concurso, para el mayor desenvolvimiento de la economía nacional, en todo concepto.

Como demostración de las aspiraciones que abrigaba el general Roca, recordaré, para terminar, que su saludo, generalmente, era de: "¿Cómo está?... ¿Qué viento hay?... ¿Dónde ha llovido?... y si esas preguntas estaban de acuerdo con sus ideas, entonces, lleno de satisfacción, exclamaba: "¡Qué-suerte!... Este país es protegido por Dios... Los únicos malos somos nosotros"... Y frotándose las manos en muchas ocasiones me dijo: "Son la paz seremos una gran nación, cuya marcha progresiva quién sabe hasta dónde llegará"...

Aquí doy fin a los anteriores recuerdos, agregando a estas líneas la fotografía del buque del almirante Staley, quien aparece paseando sobre la cubierta con el inolvidable general Julio A. Roca, por cuya actuación, como presidente de la nación argentina y por su noble personalidad, se destaca en el escenario de su patria a medida que pasa el tiempo, como uno de sus grandes benefactores.

DAVID MARAMBIO CATÁN.
(74 años de edad).

La novia del héroe muerto

¿Por qué lloras?
¿Por qué sufres?
¿Por qué oprime
la congoja
el corazón?

Si la muerte
de tu héroe,
de ese bravo,
es la gloria
de otra vida;

es la vida
de otra gloria
más hermosa,
que jamás
será extinguida.

Amale si es tu destino
tu destino;
No le llores,
no le tengas
compasión.

Más feliz
que tú, (¿no crees?)
en el templo
de la Fama,
con razón,

y con derecho
indiscutible,
vivirá
eternamente...
Tú, perdida

en el dédalo
del mundo,
caminando
seguirás
desconocida,

sin que encuentres,
nunca más,
al que hizo
que forjaras
tu ilusión.

La ilusión
de un Paraíso
entre flores,
entre cánticos
de gloria,

que resuenan
en tu oído
como notas
clamorosas
de victoria;

encantada
de tu héroe,
las más bella
entre todas
las mujeres,

por tu dicha
incomparable,
disfrutando
del placer
de los placeres..

Sueña, sueña
con tu héroe;
ten envidia
de tu suerte
en tu dolor.

Y, recuerda,
como en sueños,
esa página
bellísima
de amor.

PERFECTO MIGUEZ.

La raza más vieja del mundo

Perseguidos aun no hace un siglo los *heikums* cual otras fieras del *bush* sudafricano, hubieran sido seguramente exterminados por las demás tribus salvajes, en perpetua guerra con ellos, de no impedir su cacería con mano fuerte las autoridades británicas. En la actualidad, aunque muy diezmados y víctimas de la miseria fisiológica producida por el hambre permanente y escasas veces saciada, subsisten varios grupos de dicha raza en la parte del referido desierto de Kalahari, que, por su aridez extrema, llaman los indígenas *El gran país de la sed*. (*The Great Thirstland*).

Una importante institución docente norteamericana, la Universidad de Denver, viene coleccionando para la biblioteca del referido Estado cintas cinematográficas de todas las razas que pueblan el globo. A dicho objeto envió el año pasado una expedición científica al desierto de Kalahari, con el encargo especial de estudiar los tipos, usos y costumbres de los primitivos *heikums*, registrando durante el viaje todas las observaciones efectuadas en una serie de *films* sistemáticamente ordenados. Dirigida la expedición por el profesor Cadle y el antropólogo Mr. A. Goodwin, partió de Capetown el ocho de septiembre de 1925, encaminándose en automóvil, desde Windhoek, capital del Africa del Sudoeste, a Etosha. Pan, el inmenso lago de cuatro mil quinientas millas de extensión que aún no ha sido cruzado por hombre alguno, indígena o blanco. Cien millas más allá terminan los confines de la tierra semicivilizada, dando principio el "Gran Desierto de la Sed", habitado por los grupos nomadas de los *heikums*. Su núcleo principal fué hallado, no obstante, mucho más al interior, pues, a medida que la civilización se aproxima al desierto, los *heikums*, tan esquivos como las fieras del *bush*, huyen presas del pánico, facilitando este éxodo perpetuo y rápido el que carecen en absoluto de hogar y de bienes transportables. El *heikum* vive, en efecto, entre la maleza, ya que no conoce ni aun la rudimentaria choza; no posee más atavío personal que un taparrabos de piel, ni más propiedad que el arco y el puñado de flechas con que se procura la caza. Durante la época calurosa del año se resguarda de sus rigores excavando hoyos en la arena e introduciéndose en ellos, dejando sólo descubierta la cabeza. Cuando escasea la caza, y esto ocurre con frecuencia en el desierto de Kalahari, los *heikums* se nutren casi de un modo exclusivo con raíces y tubérculos, con la carroña abandonada por las fieras ahitas, y cuando ni esto encuentran, con culebras y lagartos y aun con arañas y orugas. Rara vez cuecen los alimentos, pues aunque no desconocen el fuego, que se procuran con destreza frotando dos trozos de madera seca, carecen de útiles de cocina. Sólo algunos grupos de *heikums* poseen, después de alguna afortunada razzia en un kraal de los vecinos *bantus*, una abollada y orlenta cacerola donde guisan las mujeres el condumio del grupo. Es

claro que a ser éste muy numeroso, no bastaría a sus necesidades culinarias el pequeño utensilio. Pero, a diferencia de todas las agrupaciones humanas en estado primitivo, el *heikum* no se une en tribu, sino en familias de cinco o seis personas como *máximum*. Practican la comunidad de mujeres, carecen en absoluto de creencias y desconocen el principio de autoridad hasta el punto de que los grupos de *heikums* no tienen verdadero

Una vez hallada la vena líquida, ahondan en la arena hasta dar con ella y sacian la sed, aspirando el agua con tubos de caña. Este descubrimiento y el de los restos de alguna fiera del *bush* con los que logran aplacar el hambre, constituyen las dos fiestas magnas de los *heikums* supervivientes en el penoso éxodo de ochenta a cien leguas a través del desierto. Es una circunstancia curiosísima, y en verdad inexplicable, que hallándose los *heikums* en plena barbarie y eternamente acosados por el hambre, no son antropófagos, como otros pueblos africanos cuyo primitivismo no es tan completo. Por caso extraño, repugna al *heikum* verter sangre humana, si no es la del enemigo en armas o cuando éste le disputa la mujer o la presa. En

serpientes que le sirven para asegurar el golpe de su flecha de caza y combate.

Expuesto lo que antecede, puede imaginarse las dificultades con que habrá luchado la expedición científica de Denver para ponerse en contacto con los bravos *heikums*, para hacerse entender de ellos, y, por último, para convencerles de que los hombres blancos no iban a causarles daño.

Sólo a costa de una paciencia infinita, de abundantes distribuciones de víveres, de tabaco y de chucherías, auxiliados por un guía *hebero* que habla algunas palabras del dialecto *heikum*, pudieron lograr los exploradores los fines científicos que perseguían, llegando a familiarizarse los salvajes con sus "amigos pálidos", como ellos los llamaban.

El *film* obtenido por la comisión norteamericana en este desierto de Kalahari, tiene unos diez mil metros de longitud, y será exhibido en breve en los Estados Unidos, en Inglaterra y acaso en algún otro punto de Europa, a fin de dar a conocer al mundo civilizado el grupo humano de los *heikums*, considerado por la ciencia como la raza más primitiva del mundo.

A. R.

Sí, señor

El vicio de fumar daña su organismo y destruye su vitalidad. Escribame. Yo le diré cómo quitarse el vicio.

J. ALONZO — 228 Bragaw Str.

L. I. (City).

NEW YORK — U.S.A.

Arácnido temible

Todas las arañas son más o menos venenosas, terrible facultad que emplean para defenderse de sus enemigos. Afortunadamente, son pocas las arañas cuyo veneno puede hacer gran daño al hombre; pero entre las que segregan una ponzoña peligrosísima para todos los seres figura el *katipo*, el "*Latrechus hassuti*" de los naturalistas, que viven en Nueva Zelanda.

Este temible arácnido se reconoce fácilmente por la caja de rojo brillante y bordes amarillos que lleva en el dorso. El *katipo* está armado de un gancho articulado, duro y afilado, con una canal interior por el que sale la ponzoña de una glándula colocada en la base del gancho, como sucede con los colmillos de la serpiente venenosa.

La picadura produce un dolor fortísimo, seguido de inmediata inflamación.

El herido suda en abundancia y cae en un estado de postración grande; los miembros se retuercen con horribles calambres, y en medio de fuertes convulsiones viene la muerte, que es inevitable, sobre todo en los niños.

Los *katipos* viven en las playas y en las dunas arenosas, causando todos los años infinidad de víctimas.

Entre patrón y empleado

—Es la tercera vez que le sorprendo durmiendo sobre el pupitre, señor Smith.

—Perdóneme usted, pero es que mis niños no me dejan pegar el ojo durante la noche.

—¡Pues tráigalos a la oficina, caramba!

ANÉCDOTA

Dos oficiales de guardias franceses, tuvieron una disputa que terminó con una bofetada. El que la recibió, el barón de C..., se puso en la mejilla ultrajada un pedazo de tafetán del tamaño de la palma de la mano. Después invita cortésmente al que le pegó, el caballero de T..., a que le acompañase detrás de los Inválidos. El caballero gana en aquel paseo una estocada que le tiene dos meses en cama. Después del lance, y en el mismo terreno, el barón sacó tranquilamente de su bolsillo unas tijeras y recortó un poco del tafetán.

Una vez curado T..., su criado le anunció una mañana una visita.

—Es—dijo—un gentilhomme que tiene un pedazo de tafetán en la cara y dice que el señor le espera.

—En efecto—responde T..., —vete a decirle que bajo.

Nuevo paseo, nueva estocada y el mismo juego de tijeras.

El caballero curó de la segunda estocada, y el barón apareció de nuevo.

El manejo continuó hasta que el tafetán quedó reducido a su más mínima expresión: ya no era más que un punto negro.

—Yo he concluido con mi tafetán—dijo entonces C... a T..., cuyo cuerpo era una criba—y usted ha concluido de penar...

Y le despachó con una estocada en pleno corazón.

EMILIO COLOMBEY.

Numerosos invitados se hallaban reunidos en el castillo de Herdall.

Como viaje de boda, el marqués de Herdall había propuesto a su joven esposa una vuelta alrededor del mundo. Embarcáronse en un yate de su propiedad y visitaron África, América y Oceanía. No hacía mucho tiempo que habían vuelto de su viaje, y para festejar este acontecimiento, habían invitado a todos los parientes cercanos y lejanos, además de unos cuantos amigos. Eran éstos: el viejo doctor Cornabuc, ilustre miembro de la Academia de las ciencias metafísicas, hombre original, distraído, ridículo bajo su peluca rubia y sus trajes a la moda de 1850; una amiga de colegio de la marquesa, la señora de Lartigues, graciosa, coqueta; por último, miss Hawthorne, solterona muy tiesa y asustadiza.

La vida en Herdall era de lo más alegre y entretenida.

Eran muchas las diversiones, además de las ordinarias de la vida del campo, que se ofrecían a los invitados. Ante todo, la conversación de los dueños de casa era sumamente atrayente. ¡Habían visto tantas cosas! Las habitaciones del castillo constituían un verdadero museo, lleno de los más raros y curiosos objetos de los dos continentes. Por último—y esta era idea del marqués—una parte del parque había sido transformada en jardín zoológico, en el cual vivían en libertad muchos animales que el señor de Herdall había traído de sus viajes, e intentaba aclimatarlos. Había allí: gacelas, antílopes, cabras del Tibet, ibis de Egipto, flamencos rosados; en fin, la más variada colección de la fauna exótica, incluso un mono asiático de la especie de los mandriles, manso como un carnero, pero travieso como todos sus congéneres: lo habían colocado en una jaula de hierro, al lado del jardín de invierno.

Como se ve, el castillo de Herdall era un verdadero edén, lo que no impedía que la señora de Lartigues, exclamase:

—A pesar de todo, no quisiera vivir todo el año en Herdall... ¡tendría miedo!

—Pero, ¿de qué, querida?

—¿Eh?... ¡de los ladrones! Deben pulular por aquí.

¡Ladrones! ¿En aquella casa llena de invitados y criados?

Todos se burlaban de la joven señora, y, una noche, después de un día sofocante, mientras todos estaban reunidos tomando el fresco en la terraza, el viejo doctor Cornabuc contó historias tan inverosímiles de ladrones y asesinos, que la señora de Lartigues, avergonzándose de sus quiméricos terrores, fué la primera en reír; de modo que, cuando llegó la hora de retirarse a dormir entró ella en su aposento, provista de una abundante reserva de heroísmo. Pocos momentos después, todos los huéspedes del castillo viajaban por el país de los ensueños.

¿Cuánto tiempo había dormido la señora de Lartigues? No hubiera podido precisarlo, cuando fué despertada por un ruido de la ventana que, gracias al calor, había dejado abierta.

Cuál no fué su terror cuando, a la débil claridad de las estrellas, vió a un hombre asomarse por el balcón... Quiso gritar, pero su garganta, contraída por el miedo, quedó muda...

Una noche terrible

Por Miguel Thivars

De un salto se introdujo el hombre en el aposento... Entonces la pobre señora escondió su cabeza bajo la colcha. Medio muerta por el espanto, oyó el valvén del misterioso visitante en la habitación. Se percibía apenas el ruido de sus pasos: debía haberse quitado el calzado...

Bañada en un sudor frío, rechinaba sus dientes, mientras esperaba el golpe mortal...

¡Nada!

Después de un cuarto de hora se atrevió a echar una mirada.

El hombre había desaparecido.

Relativamente calmada, recobró el uso de la voz y empezó a lanzar gritos tan agudos, tan terribles, que en un minuto el castillo todo se hallaba en la mayor agitación. Casi todos los huéspedes y criados,

¡Habían desaparecido las alhajas! ¡Era un ladrón!

Cesó de repente la risa, y todos se miraron preocupados.

Un nuevo grito desesperado vino a romper el silencio; parecía venir del aposento de miss Hawthorne.

Corrieron todos y hallaron a la americana en medio de la estancia, con los ojos desmesuradamente abiertos; parecía loca.

—¡Allá!... ¡Allá!... —dijo ella indicando una ventana.—¡Un hombre!... Huyó; pero ¡lo reconocí!

—¿Lo reconoció usted? ¿Quién es?

—El doctor Cornabuc!

¡También el doctor! Esta vez nadie rió.

—Vamos al aposento del doctor —dijo el marqués, frunciendo el ceño.



—¿Qué mal han colocado estos asientos tan duros, a lo largo del

con el señor y la señora de Herdall a la cabeza, corrieron hacia el aposento de la señora de Lartigues, llevando lámparas y palmaritas.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay?

Contó ella su horrible visión... No quisieron creerle... ¡Había soñado! ¿Quién podría penetrar en aquella habitación tan alta sin una escalera?

—¿Está usted segura de haber visto a ese hombre?

—Como los veo a ustedes, y además—agregó titubeando...

—¿Además?

—Se van ustedes a burlar de mí; pero creí conocer al doctor Cornabuc con su peluca rubia y su inmensa levita.

La hilaridad fué general.

¿El doctor Cornabuc? ¡Vaya! ¡Un hombre de su edad y carácter escalar los balcones! No había duda; la señora de Lartigues había soñado. Se hizo lo posible para tranquilizarla, y empezaba ya ella misma a convencerse de que había sido víctima de una alucinación, cuando, casualmente, su mirada cayó sobre la mesita de luz.

Todos los presentes siguieron al marqués.

El doctor, al ver entrar las inesperadas visitas, se escondió detrás de las cortinas de la cama, dejando sólo visible su cara, que entre la sorpresa y el enojo, ofrecía el aspecto más cómico.

—Es una broma de muy mal gusto —gritó;— ¿qué pasa? ¿Se ha incendiado el castillo? Oigo un ruido de infierno... voy a levantarme para darme cuenta...

—Tendrá usted que venir, doctor —dijo Herdall.

—¿Cómo!—exclamó el sabio, furioso;— ¡Si me han quitado mis ropas! ¡En cambio, les ha parecido gracioso dejarme esto!

Y, presa de una rabia sin límites, arrojó en medio del aposento un corsé.

—¡Mi corsé! —murmuró miss Hawthorne, bajando púdicamente los ojos.

—Y... ¡esto también! —agregó el sabio, siempre furioso, mostrando un bulto informe.

—¡Mi sombrero!—exclamó afligida la señora de Lartigues.

—Me parece que está broma, ya

pasa los límites de las conveniencias—gritó Cornabuc.

No sabían que pensar. El misterio se complicaba. Un ladrón, fuera de duda, se había introducido en el castillo. Quizás una banda entera de ladrones y asesinos.

—Esperamos que no tengan cañones—dijo el marqués, para levantar el ánimo de los huéspedes.

No pudo el chiste producir su efecto, pues, de pronto, un extraño ruido subió desde el piso bajo, lo que llevó al colmo la agitación general.

Se oyó sonar el piano de la salita, pero evidentemente era una mano torpe y furiosa la que, lejos de tocar, rompía las teclas.

—¡Esto es demasiado! —gritó el marqués, precipitándose hacia la escalera, mientras toda la concurrencia bajaba con igual velocidad en pos de él.

Los hombres penetraron bruscamente en la sala. Estaba vacía. El ser misterioso se había eclipsado.

Pero no debía estar lejos. La caída de unos platos reveló su presencia en el comedor.

El marqués de Herdall entró resueltamente en él, y, a pesar de la oscuridad que allí reinaba, distinguió una forma vaga que hufá por la puerta-ventana del jardín.

—¡Esta vez no te vas a escapar, amigo!

Pasando al vestíbulo, los hombres sacaron de una panoplia, carabinas, escopetas y puñales, y corrieron hacia el jardín en busca del fugitivo.

Fué sólo una hora después, a los primeros albores, cuando un criado descubrió al misterioso sujeto trepado en un árbol.

A los gritos del criado, corrió el marqués seguido por sus huéspedes, todos armados.

—¡Baje usted! —gritó el señor de Herdall al bandido que procuraba esconderse entre el ramaje.

Y, persistiendo el otro en su silencio, apuntó el arma. Iba a disparar el tiro, cuando el criado, bajándole bruscamente la escopeta, gritó:

—¡No tire usted, señor marqués! ¡Es el doctor Cornabuc!

En efecto, a través de las hojas, se veían la peluca rubia y la larga levita del sabio.

En aquel momento, el sol naciente iluminó con su primer rayo el grupo de árboles; y el marqués de Herdall, con una carcajada de la que pronto participaron todos los presentes, exclamó:

—¡El mono!

Todo quedó explicado. El mono se había escapado, durante la noche, y había penetrado en la casa. Siguiendo su instinto de imitación, se había vestido con el traje del doctor, luego se había entretenido en las diversiones que son ya conocidas.

No sin gran trabajo se consiguió encerrar de nuevo en su jaula al cuadrumano, cuyas hazañas fueron tema de una animada conversación durante el almuerzo; los comensales rieron mucho, recordando los detalles de la escapada de Jockó.

En cuanto al doctor Cornabuc, no apareció en la mesa. Había abandonado el castillo, furioso, sin despedirse.

Desde aquella época no volvió más a Herdall; y, lo que es aún peor, guarda eterno rencor a miss Hawthorne y a la señora de Lartigues, a las que califica, de hipócrita a la primera, y de coqueta a la otra.

Pero... ellas también... ¡confundirlo con un mono!...

Los gases asfixiantes al servicio de la humanidad

Los gases que en la última gran guerra usaron los hombres como armas químicas para dirimir sus contiendas y que se consideraban tan terribles, han pasado a ser un gran auxiliar del hombre en tiempo de paz: un remedio contra pestes y enfermedades y un destructor de infinidad de parásitos y microbios, que acaban con la humanidad y con sus obras.

Oigamos lo que sobre ello dicen las autoridades competentes.

El 28 por 100 de las bajas del ejército norteamericano en la gran guerra fueron causadas por los gases, número considerable, si se tiene en cuenta que sólo el 1 por 100 del coste total de la guerra se empleó en esta nueva arma, pero la estadística también nos dice que de cada 100 hombres damnificados por los gases asfixiantes, sólo murieron dos, mientras que 100 heridos por bala, granada, bayoneta, etcétera, morían el veintitantos por ciento.

Otro dato importante es que de 2.300 bajas por gases de guerra solamente uno quedó imposibilitado para siempre, mientras que de los heridos por las otras armas, el 14 por 100 quedó ciego, tuerto, manco o cojo.

Esto en lo que se refiere al ejército yanki. En los de otras regiones beligerantes las cifras varían muy poco con las dadas.

En la época del armisticio nadie sabía cuál iba a ser la suerte de los soldados damnificados por los gases, pero era creencia general que los que habían sufrido sus efectos no vivirían más de cuatro o cinco

años, y que el resto moriría de tuberculosis pulmonar. El tiempo ha probado que tales afirmaciones no tenían fundamento alguno.

Varios médicos militares que han estudiado a fondo los gases de guerra y sus efectos aseguran que lejos de producir la tuberculosis, la evitan. En presencia de tales hechos no se puede decir que los gases asfixiantes eran una arma diabólica.

El dictado de *gases venenosos* con que se les designó durante la guerra no puede ser peor aplicado. Hoy ya todos saben que pocos de esos productos causan la muerte, y que muchos de ellos no son gases. Es decir, que los tales *gases venenosos* ni son venenosos ni son gases.

Por venenosos que sean, no lo son al aire libre — y los campos de batalla no se pueden cerrar —, pues tienen una gran tendencia a disolverse en el aire y a perder su fuerza.

El primer gran ataque con estos gases fué en Ipres, abril de 1915, en el que se empleó el cloro. A pesar del éxito aparente entre las tropas no protegidas, la pronta aparición de las carísimas máscaras protectoras hizo que abandonase pronto ese producto.

El cloro hace mucho tiempo que lo usamos en grandes cantidades. El agua que bebemos se desinfecta con cloro; la ropa se blanquea con cloro, y en la forma de cloruro de cal lo empleamos como uno de los más valiosos desinfectantes.

En la guerra se desechó por la facilidad con que se expulsa de los pulmones y pronto se notó que

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
*Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6657, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5723, Juncal

TANTO DOLOR...

Tanto dolor encuentro en la jornada,
A cada paso, en mi vulgar destino;
Que llevo el alma de dolor colmada
Y voy sembrando el luto en mi camino.

Antes buscaba, con afán, la dicha
Que el mundo le brindaba a mis antojos;
Hoy sólo observo, en mi fatal desdicha,
Llena mi senda de dolor y abrojos.

Antes amaba con delirio ciego
Los tiernos años de la edad querida,
La bella imagen de mi eterno ruego,
Constante sueño de mi edad florida.

Hoy ya no busco por el mundo, en vano,
La dulce calma, ni el amor perdido;
Hoy sólo quiero en un lugar lejano
Vivir oculto con mi eterno olvido.

Tanto dolor sobre mis hombros, hizo
Subir al borde de la copa el llanto,
Y hoy más que nunca, su potente hechizo
Cubre mi vida con su negro manto.

JOSE VAZQUEZ.

tenía el efecto de hacer desaparecer los microbios infecciosos de la nariz, garganta y pulmones.

Empleado en el aire en proporciones razonables cura los resfriados, la gripe, las afecciones bronquiales y hasta la tuberculosis. En el año 1924 los experimentos hechos con el cloro en el tratamiento de las citadas enfermedades probaron sus benéficos efectos.

El tratamiento por el gas consiste en tener al paciente durante una hora en una cámara de aire que contiene 0.02 miligramos de aire por litro. Los doctores Vedder y Sawyer afirman que de 931 personas que sufrían de padecimientos crónicos agudos pulmonares, incluyendo las laringitis, bronquitis, tos ferina e influenza, el 74,4 por ciento se curaron radicalmente, y el 24,4 mejoraron notablemente.

Entre estas armas gaseosas, que no son ni *gases* ni *venenosos*, el gas lacrimante es el que se emplea en tiempo de paz para fines bien distintos que durante la guerra.

Muchos de estos productos no tenían otro fin que el de molestar al soldado en tal forma que se viese obligado a llevar la máscara protectora, tan molesta como las lágrimas, el estornudo y las náuseas que aquéllos producían.

Esos agentes no se empleaban para producir la muerte, sino para forzar al soldado a quitarse la máscara y hacerle respirar otros gases más dañinos.

El gas lacrimante, cloruro de cianógeno, produce tal cantidad de lágrimas que ciega al paciente. Sus efectos no cesan mientras se encuentre el soldado envuelto en aquella atmósfera, y mientras tanto es hombre inútil. A los diez minutos de permanecer en una atmósfera pura, los efectos desaparecen y ni el oculista más hábil

puede hallar el menor signo de sufrimiento ni irritación en los ojos.

A la policía de los Estados Unidos le han dado pistolas y porras que desprenden estos gases, para la detención de los criminales, a los que dejan indefensos durante algunos segundos.

En muchas joyerías y Bancos se han colocado aparatos que desprenden gas lacrimante en el momento en que un ladrón penetra en el local, dejándolo tan impotente como un niño de un año.

En varios plantíos de los Estados Unidos se emplea este gas para destruir la parte de gorgojos y orugas que destruyen las plantas, y en Austin, Texas, se acabó en poco tiempo con una invasión de ratas y murciélagos, que tenía en alarma a la ciudad.

El gas lacrimante se ha empleado igualmente con excelente resultado en la destrucción del teredo o broma, animalito marino que anualmente destruye multitud de construcciones de madera, buques, muelles, etc.

El gorgojo del algodón, los de varias frutas, que causan terribles daños en la agricultura, se destruyen con el mismo empleo del citado gas, fumigando grandes extensiones de plantas con ayuda de los aeroplanos y bombas o granadas especiales.

Entre amigos

—No hay como el pelo largo para tener aspecto de hombre inteligente.

—¡Pues bien largo era el que me encontré ayer mi mujer en el saco, y puse una cara de perfecto idiota...!

Poco voy a misa. Creo que el Dios está en todas partes, estará también dentro de mí, y sabrá lo que deseo; entonces, ¿a qué molestarlo con mis súplicas? Las guardo para casos graves en que necesite de Él; no quiero cansarlo, y sé que me oírán como hasta ahora lo ha hecho. ¡Porque es bueno, porque es grande, y porque quiere a sus hijos!

Nunca se me ha ocurrido agradecerle una gracia concedida a mi persona; pienso que esto sería ofenderlo, y creerlo interesado; además, retribuir en este caso, sería profanar, pretendiendo igualarme a un ser único.

Una tarde, estaba yo parada en la vereda, frente a la primer vidriera de Harrods, viniendo del Retiro, cuando oí el tañido de una campana. Pero, ¿qué iglesia hay por aquí cerca, pensé. ¡El Santísimo! vuelvo a oír el sonido lento y acompasado. ¡Parece como si me llamaran! dije, e insensiblemente doblé por la calle Paraguay, luego por San Martín, en dirección al templo. Entré; muy poca gente había dentro; me arrodillé a orar y ví cómo preparaban todo para una ceremonia que debía de comenzar en seguida. Parecía que todos los curas iban y venían caminando en puntas de pie. ¡Qué respeto! Los comparé con los cisnes negros, del lago de Palermo, que se deslizan por sus tranquilas aguas, ufanos de poderse sostener sin caer en su fangoso fondo.

Prendieron más velas, salieron una docena de padres, colocándose a los lados del altar mayor y cantaron unas oraciones en latín, quemaron incienso, y, por último, dieron la bendición. Yo asistí a todos los oficios, hasta el final; no sé cuánto tiempo estuve allí, pero sé que era ya tarde, casi las siete de la noche, cuando salí de la iglesia.

Al cruzar la calle, me salió al paso una mujer, bien parecida, y me pidió una limosna; se la di sin detenerme, pues estaba apurada por llegar a casa.

Desde aquella tarde, siempre que pude, fui a visitar la iglesia al anochecer. La soledad del templo me atraía, no puedo decir por qué. Sin embargo, nunca iba los domingos a misa. Me fastidiaba el encontrarme con gente conocida, que me abstraía, con sus charlas insípidas, de la misión que llevaba.

Así fué cómo tuve oportunidad de conocer una triste historia. Héla aquí:

Ya he dicho que una mujer bien parecida, y sin apariencia de limosniera, me pidió que la socorriera con algo. En mis frecuentes visitas a los templos, volví a encontrarla varias veces; pero, al verme, y notar que la observaba, huyó de mí.

Esto me atrajo más hacia ella. Un día, sin poder reprimir mi curiosidad, la llamé; ella se hizo la desentendida, y echó a andar por

LA PROMESA

Por María Efoelc

la calle a toda prisa, huyendo de mi presencia. Dejé, para otra ocasión más propicia, el satisfacer mi anhelo.

A los pocos días la volví a encontrar en la puerta de la capilla de las Victorias; no quise mirarla de frente, para disimular, pero cuál no sería mi asombro al verla entrar junto conmigo a la iglesia, e hincarse en el mismo banco, a mi lado.

Al rato de estar allí, oigo una vocecita chillona que me decía tratando de apagar el eco.

—Señora, señora.

—Buenas tardes, ¿cómo le va?— le dije, para inspirarle confianza.

—Es una promesa, señora.

—¿Una promesa?

—Sí, y todavía me faltan tres meses para concluiría.

—Pero, ¿qué clase de promesa es esa? — dije creyendo habérmelas con una demente.

—Escuche, y se lo contaré.

—Nos retiramos a uno de los últimos bancos, donde estaba la iglesia a oscuras, y la mujer habló de la siguiente manera:

—Hace nueve meses, mi hijita estuvo a la muerte. Los médicos la desahuciaron; nadie sabía cuál era su mal; mi esposo la lloraba perdida, pero yo, no; estaba segura de que Dios no me la llevaría. No sé,

HAY DIOS

La razón natural basta para conocer que hay un Dios creador de cielo y tierra; porque si viésemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magníficas riquezas y adornado con exquisito primor ¿no diríamos que era un insensato el que afirmase que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie los había fabricado y ordenado? Pues, bien, el mundo es este soberbio palacio; el sol le ilumina de día, la luna de noche; el cielo está poblado de estrellas; la tierra de hombres, de animales, de plantas; el mar y los ríos de peces; el aire de aves; las estaciones se suceden unas a otras con orden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales, las piedras preciosas. Y en un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que le haya creado y ordenado?

JAIME BALMES.

—Muy bien, señora; ¿ya no me va a perseguir más?

—¿Perseguirla? ¡Pero si yo no quiero hacerle nada malo, hija!

—¡Ah, perdón! Este... ¿sabe?, yo creía que usted me había confundido con una ladrona, o que era de esas damas pertenecientes a alguna sociedad de caridad, que persiguen a las pordioseras a muerte!

—No, nada de eso.

—Yo, señora, no soy una mendiga.

—Me lo imaginaba, y eso fué lo que me hizo fijar la atención en usted.

señora, qué me hacía alimentar tal esperanza, pues la niña estaba gravísima. Estuvo quince días sin probar bocado, deliraba y la fiebre la consumía, pero yo no desesperaba. Mi marido me reprochaba mi falta de razonamiento, haciéndome ver lo que sufriría cuando llegara el momento fatal, esperado a cada instante.

Todo eso, para mí, eran palabras, nada más que palabras, porque yo ya le había prometido a nuestro Señor, que si me la salvaba, pediría limosna un año entero, en las calles, y con el producto de lo recolectado compraría ropa de abrigo

para los enfermitos del hospital de niños, en nombre de ella. ¿Cómo iba El a llevarse ese ángel que hacía falta en la tierra para socorrer a sus hermanitos?

¡No, no era posible, ella tenía que vivir!

El día que la pequeña cumplió veinte de cama, recién empecé a desesperarme.

Salí a la calle dejándola con su padre; estaba gravísima. Todos creyeron que me había enloquecido, pero yo iba a comenzar mi promesa. Me instalé en las escalinatas de la iglesia del Salvador, frente a mi casa, e imploraba, desesperada, a caridad, a todos los feligreses. Cuando tuve un puñado de monedas, volví a mi casa, y las puse a los pies del Cristo que estaba colgado a la cabecera de mi hijita; ésta abrió los ojos para ver lo que yo hacía, después de veinte días, con sus noches interminables, que los tenía cerrados. ¡Aquello fué un milagro!

Desde ese instante empezó la mejoría, poco a poco, y hoy mi niña es una hermosísima criatura de doce años.

Me despedí de esta pobre alucinada, quien en su extraviada peregrinación imaginaria, marcó rumbo sobre la mía. ¡Qué insignificante me hallaba al lado de ella! ¡Quién pudiera tener su fe! ¿Y si fuese una cuentera? ¡Poco me importaba, pues me había dado una lección!

¡Ya sabía por qué las campanas del Santísimo me llamaban!

Era para recordarme que no debemos vivir sólo para nosotros; que tenemos grandes y nobles deberes que cumplir en nuestra vida. Hagamos buenas obras, sacrifiquémonos un poco por el prójimo, no seamos egoístas, imitemos a la mujer de la promesa, que servía a Dios en la puerta del templo, sin necesidad de penetrar en él, y seremos felices.

Desde ese día no he vuelto a visitar las iglesias; ¿para qué? Allí no encontraré a la madre necesitada, pues tiene que trabajar, ni a la esposa afligida, ni a la novia engañada, ni al moribundo, ni al niño hambriento. ¡No, qué esperanza! Pero sí hallaré al pecador holgazán que, de hinojos, implora perdón, para volver a pecar...

Una pena me roe el corazón, y es no contar con los medios suficientes para dirigir mis pasos a los conventillos, y suburbios de esta gran ciudad, y hacer algo en bien de los necesitados, sin averiguarles su religión.

Recién entonces estaría segura de que nuestro Señor me consideraría entre sus siervas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

V. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 6.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 9.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas " " chico " " "	8.—	3.—
" " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

"EL FARRUCO MANOLO", EN EL BUENOS AIRES

Ignoramos si el señor Alberto Godel, autor de "El farruco Manolo", tiene antecedentes de escritor escénico, pero en cualquier caso corresponde afirmar que, nuevo o ya experimentado en estas lides, es un autor que tiene claro sentido de la escena y de quien pueden esperarse interesantes producciones. En los dos cuadros de que se compone "El farruco Manolo", hay elementos de teatralidad y una progresión ascendente de interés, que revelan la presencia de un escritor teatral.

El tema que sirvió al señor Godel para desarrollar su obra es un tanto novelesco, sin carecer de realidad por eso y sin que deje de persuadir al público, sobre todo en el segundo cuadro, hábilmente construido y muy superior al primero. Tipos bien vistos, situaciones de segura eficacia teatral, cruzan por la pieza, dando una sensación de clarividencia en el autor en materia escénica. Es ya bastante poseer tales cualidades y por ello es que prevemos buenas obras futuras en la labor del señor Godel.

El actor Muñio, a cargo de un personaje noble, le infundió carácter y lo hizo destacar. Con él, se desempeñaron plausiblemente las actrices Pepita Muñoz, la Conti y la Faluggi, debiendo citarse entre los actores a Bono y Totón Podestá.

EL ILUSIONISMO

En esta época en que las ilusiones atraviesan por una evidente crisis, no es inexplicable que la gente acuda a ver las pruebas teatrales de ilusionismo, para evocar mejores tiempos. Es así como Li-Ho-Chang, que actuó hace poco en el Mayo, ha vuelto a él y consigue atraer bastante gente... ilusa.

CASAX INFANTILIZADO

Se dispone el celebrado actor Casaux a despertar la admiración de los niños, después de haber admirado a los grandes. Dentro de poco aparecerá en el Nuevo el teatro para infantes, con "Trifón, médico a la fuerza" y "De los Apeninos a los Andes", piezas con que se intentará el nuevo género y que se darán determinados días de la semana. Para los demás espectáculos, se prepara "Hembra", otra obra de Ivo Pelay.

"LA HIJA DE PAPA", de JULIO C. TRAVERSA, EN EL SMART.

El señor Julio C. Traversa tiene una personalidad bastante destacada en el ambiente teatral. Se destaca, en primer término, por su estatura física, que coloca su cabeza a un nivel poco común. También se destaca por su obstinado empeño en estrenar, si bien bajo este aspecto su cabeza no se encuentra a la misma altura. El señor Julio C. Traversa ha dado al teatro muchas piezas que han pasado con regular fortuna, pero, hombre ambicioso, quería un éxito rotundo, pretendiendo triunfar no en su carácter de empresario sino en el concepto de autor. Después de varios tumbos en los que el empresario salvaba siempre al autor, ahora el autor lleva a cuentas al empresario. Quiere decir que ha progresado como autor, porque el señor Traversa tiene características inmanentes e inalterables como empresario que hacen

desechar por antojadiza la hipótesis de una decadencia en este último aspecto de su figura moral.

Estas consideraciones vienen a cuento del último estreno producido en el Smart. Nos referimos a "La hija de papá", que firma el señor Julio C. Traversa. Esta pieza, que, como decimos, está firmada por el señor Traversa, es una pochada muy bien urdida por medio de escenas y recursos que salen de lo común y, aunque el argumento es sencillo, ya que en este género todo tiene que ser al vuelo como en la dolosa campoamorina, tiene el interés suficiente para que sea esperado por el espectador el desarrollo de los acontecimientos con la atención indispensable al buen efecto reidero de las situaciones.

Se ve que el autor de la pieza conoce y domina el mecanismo de este género teatral, para cuyo éxito hace falta una mano experta y segura que conduzca los muñecos a través de un laberinto con la naturalidad con que se pasea por las calles de su pueblo un antiguo y caracterizado vecino. Esto está conseguido en "La hija de papá", no faltando tampoco las ocurrencias de buena ley, todo lo cual hace que la pieza sea escuchada entre risas y conquiste fácilmente al final un aplauso rotundo y prolongado.

Ambos Ratti se desempeñaron con su natural gracejo bien secundados por Chela Cordero y las hermanas Mesa.

Los demás elementos del conjunto actuaron en forma eficaz.

LOS HERMANOS VELLOSO

Por primera vez los hermanos Enrique y Armando García Velloso ponen su firma al pie de una misma obra. El prestigio del primero es una larga actuación de autor y los éxitos últimamente alcanzados por el segundo, dan a esta doble firma una autoridad que hace esperar mucho de ella. Es de lamentar que la primera tentativa no haya sido ensayada en un género de más enjundia que el sainete y que dentro de este no se haya prescindido de ciertas formas y recursos que revelan inseguridad y rutina. Decimos esto porque se ha anunciado que en la primera colaboración de los hermanos Velloso figura un tango de Canaro y Riú, y esto ya es sospechoso. Pero no abramos juicio todavía y digamos que la pieza se titula "Club Pueyrredón" y que constituirá la primera novedad del Apolo.

EL CARTEL DEL LICEO

La temporada que realiza en el Liceo la compañía Ruggero-Zárate, sigue desarrollándose en forma satisfactoria, con mucho público y muchos aplausos. Se mantiene muy firme el éxito de "Che, préstame la pieza" de Julio E. Escobar, movida e interesante producción en la que abundan tanto las situaciones de efecto como las sutilezas ingeniosas del diálogo.

Se reprisó el conocido sainete de Vaccarezza titulado "Va... cayendo gente al baile" muy bien interpretado por este conjunto que ha demostrado su capacidad para cultivar este género que tanta aceptación tiene en nuestro público.

TEATROS

NOVEDADES EN EL MAIPO

Se ha incorporado a la razón social que fabrica los productos destinados a este teatro, el conocido autor Antonio Botta, que ya ha rendido su tributo de colaboración en una revista cuyo estreno se realizará en fecha próxima. Su entrada en el elenco de autores de la casa ha motivado entre otras cosas un cambio de costumbres. Como se sabe, antes no era posible conocer el título de las revistas a estrenarse, con más anticipación que la que disfrutaban los tipógrafos de la imprenta que confeccionaban el programa del día del estreno y hoy tenemos ya conocimiento del título de la nueva producción que aun se encuentra en ensayo. Se denomina "La mejor revista" y, por nuestra parte, no tenemos inconveniente en que así resulte.

Rafael Arcos, después de una lucida actuación en esta sala, partió rumbo al Florida donde proseguirá su original labor tan pronto como la autoridad municipal permita la reapertura de ese teatro. En reemplazo de Arcos, debutó en el Maipo con buena fortuna el dúo Corrao-Triay, que explota en forma cómica la guitarra y los cantos nacionales con letras humorísticas.

UNA REPRISÉ Y UN ESTRENO

En el teatro Sarmiento se produjeron últimamente dos sucesos. Correspondía el primero a la pieza de Pedro E. Pico y Samuel Eichelbaum, titulada "Doctor", fina comedia que tuvo excelente éxito en la época de su estreno, repetido ahora en esta reprise hecha con todo cariño por el conjunto del Sarmiento.

El estreno debió tener lugar a fines de la anterior semana, y se trata de una pieza titulada: "Yo, tú y él", de la que es autor César Lenzi. Si se ha producido, nos ocuparemos del hecho en el número próximo.

HAY QUE HACER ALGO...

En el San Martín debió estrenarse a fines de la semana anterior una nueva revista con la que Alberti se ha unido al amigo Alippi-Terés, en reemplazo de Contursi. El nuevo producto se titula "Hay que hacer algo por la revista", y si resulta que se hace por ella lo que por Campanelli, no van a quedar descontentos los autores ni la empresa. En el número próximo dedicaremos un comentario a fin de hacer algo por la revista, nosotros también.

CAYERON LOS MILLONES "CHEZ" PARRA

Realizó Parravicini su función de honor y beneficio, poniendo en escena la pieza de Feydeau, "Cent millions qui tombent", traducida y adaptada a la escena nacional por el propio Parra y el actor Fuentes, con el título de "Quien pierde los pantalones, hereda los cien millones".

No sin adelantar que la sala del Argentino, poblada totalmente de público, hizo una cariñosa manifestación a su artista dilecto, aplazamos hasta el próximo número el comentario de la nueva producción,

que dió motivo a destacar una vez más las ricas condiciones de bufo del celebrado comediante.

"ROBERTO Y MARIANA"

Prepara la compañía de Camila Quiroga el estreno de esta comedia de Paul Gerdard, el celebrado autor de "Aimer", vertida al castellano por el señor René M. Garzon.

Se espera un buen éxito del fino escritor francés y agudo psicólogo femenino.

LAS ALMAS DE GOMEZ

En el Marconi, la pieza irreal de Defilippis Novoa, "El alma del hombre honrado", sigue honrando el cartel de José Gómez y el prestigio del autor, a quien se le ha hecho una demostración con motivo del éxito de su última producción dramática.

En tanto, el conjunto de Gómez prepara la reposición de "El cardenal" y el estreno de una versión del drama de Martini, "Ridi pagliaccio", con los que piensa obtener buenos resultados.

EN EL NACIONAL...

Se reprisó la pieza de Discépolo, "Babilonia", y se ensaya "La fiesta de Santa Rosa", sainete popular de 1880, según lo clasifica su autor, Alberto Vacarezza, el popularísimo sainetero, quien evoca la época, a estar a lo que se nos informa, en su nuevo trabajo.

Carca le tiene fe al autor de tanto sainete pintoresco y aguarda tener motivo a muchas fiestas con la de la santa de Lima.

GRAN SPLENDID

Las funciones efectuadas en la semana en esta aristocrática sala cinematográfica, congregaron una numerosa concurrencia de familias de nuestra mejor sociedad. Es evidente que la gente "chic" aficionada al cine, prefiere esta sala, por su lujo y el ambiente de reunión social que se forma en las veladas.

El domingo se pasarán dos notables producciones: "El perfecto payaso", por el aplaudido actor Larry Semon, y "El llamado de Garibaldi", o "La cavalcata ardiente", película premiada por el gobierno de Italia y por el rey. Esta última ha despertado la atención de la colonia italiana, tan numerosa en nuestra capital.

CAPITOL

Aparte de las excelentes películas que diariamente se pasan en este hermoso salón, el cartel ha sido mejorado con la intervención de números de variedades que alternan con las cintas en las funciones. Felito, parodista de danzarinas y cantadoras, gusta mucho al público y es largamente celebrado.

CINE PARC

Esta hermosa sala de Palermo viene desarrollando con el mejor de los éxitos su temporada cinematográfica, exhibiéndose notables films todos los días, ante salas muy concurridas por las familias más selectas de la circunscripción de Las Heras.

Muy a principios del siglo XVI, los españoles descubrían, a 500 millas de la costa del Ecuador, un grupo de islas de origen volcánico, y les llamó la atención la gran cantidad de tortugas, o galápagos, que las habitaban y el enorme tamaño que alcanzaban aquellos reptiles, pues abundaban los que pesaban más de mil libras.

El grupo de islas fué bautizado con el nombre de Galápagos, que aún conserva. En cambio, los nombres de cada una de ellas, que eran españolas, fueron perdiendo su primitiva apelación y adquiriendo nombres ingleses, con los que se las ha venido conociendo hasta ahora, si bien el gobierno ecuatoriano, con muy buen sentido, acordó que desaparecieran los nombres ingleses, sustituyéndolos por españoles. La isla de Chatam se llama ahora San Cristóbal; la de Charles, Santa María; la de Alberale, Isabela; Narborough, Fernandina; James, San Salvador, Abingdon, Pinta; Duncan, Pinzón; Bindloe, Marchena; Jervis, La Rábida; Hodd, Española, y las otras, Santa Cruz, Genoveva y Santa Fe.

Pronto descubrieron también los españoles que la carne de los galápagos era excelente manjar; noticia que dieron a conocer a todo el mundo, importantísimo descubrimiento en aquellos días de carne salada y galleta, y desde entonces los navegantes procuraban pasar por sus costas para hacer una buena provisión de galápagos y tener carne fresca para los largos viajes, pues estos animales viven perfectamente a bordo.

Sin embargo, dada su situación geográfica, estas islas eran muy poco visitadas; pero llegaron las flotas balleneras del siglo XIX, y yanquis e ingleses cayeron sobre aquel rincón como los buitres sobre la res muerta. Cada ballenero, al tocar en una de las islas, carga con doscientas o trescientas tortugas.

El capitán del ballenero "Apollo" describe así una caza de tortugas, en 1816:

"Después de muchos días de navegación llegamos a la isla Charles (Santa María), en donde encontramos otros dos balleneros ingleses. Fondeamos a su lado, y después de arreglar todo a bordo, saltamos a tierra. Dejando atrás la Costa Negra, así llamada por su color ceniza oscuro, nos metimos en el interior. Algunos arbolillos crecían acá y allá, y sólo en el extremo meridional de la isla encontramos un manantial de agua fresca, y empezamos a coger tortugas, las que más nos convenían; es decir, las pequeñas, que pudiésemos cargar con ellas a hombros, único medio de transporte de que disponíamos.

Allí acampamos durante una semana, dedicando casi todo nuestro tiempo a coger galápagos. Con frecuencia perdíamos largas horas en encontrar las que, por su volumen, nos convenían; las había desde el tamaño de un duro, hasta una cámara, tan enormes que, montándonos cuatro hombres en su espalda, podían llevarnos de un lado para otro, sin motivar la menor fatiga.

Su principal alimento eran las hojas de los arbustos y las plantas que allí crecen y las que el aire tumba de los árboles. Cuando les faltan hojas, se reúnen unas cuantas tortugas, se acercan a un árbol y empiezan a roer el tronco hasta

Las Islas Galápagos y sus tortugas gigantes

que consiguen tumbar el árbol.

Aunque se las ve comer con el afán de los demás animales, estos seres viven a bordo de los buques meses enteros sin probar bocado.

Trescientas tortugas llevamos al barco en aquellos días y allí las dejamos, que se las arreglaran como pudieran.

Su carne era exquisita... Esta-

ban tan gordas, que del espaldar solamente se sacaba medio cubo de grasa".

El capitán del "Greyhound" relata lo siguiente:

"En 1858 anclamos en Albermale (Isabela), y las dos terceras partes de la tripulación nos fuimos a tierra y, después de instalar nuestro campamento, nos fuimos en busca de tortugas, que allí son numerosas. Su carne es tan deliciosa, se hacen con ella unos guisados y unas sopas, que no hay manjar que la supere. Su hígado es lo más exquisito que he comido en mi vida. Es casi tan grande como el de un buey, pero muy superior en gusto y delicadeza, prepárese como se quiera.

No molestamos a los animales grandes, pues para aprovechar su carne hubiéramos tenido que matarlos allí mismo y llevar la carne a bordo, en pedazos: tan enormes eran; y nos convenía más llevar las pequeñas, que podíamos cargar con ellas.

Las grandes pesaban bastante más de media tonelada. De las más grandes que cogimos, pocas llegaron a pesar más de seiscientas libras.

Durante una semana, no cesamos ni un solo día de cazar, y cada día cogíamos un ciento, aproximadamente.

Tuvimos comida para más de medio año".

Al hablar de la captura de los balleneros ingleses "Atlantic" y "Greenwich", dice el citado comodoro: "De estas dos embarcaciones cogimos tortugas que nos procuraron alimento durante mucho tiempo". Y, al ocuparse de la captura de otros dos buques ingleses, el "Georgiana" y el "Policy", dice que "al prepararse sus tripulaciones para la defensa y limpiar el puente, arrojaron al mar muchos cientos de galápagos, muchos de los cuales pudimos coger después, y nos procuraron excelente carne durante largo tiempo para toda la tripulación. Su carne, preparada en cualquier forma, es deliciosa".

Se calcula que desde el descubrimiento de las islas por los españoles hasta el año 1832 se han cogido en esas islas más de diez millones de tortugas. En esa época empezaron a habitar la isla ecuatorianos, que empezaron a dedicarse a la industria del aceite, y llevaron a ellas perros, cerdos y ratas, que han hecho entre los quelonios más destrozos que todos los balleneros y buques de guerra juntos.

Afortunadamente, se pudieron salvar algunas, y, llevadas a las Seychelles, se reprodujeron fácilmente.

EL MEJOR CORRECTIVO

Antofilito llegó a la escuela llevando una carta de su mamá para el maestro, que decía:

"Querido señor: Mi hijo Antonio es un muchacho muy delicado, nervioso y tímido; si es desobediente, que seguramente lo será, yo ruego a usted castigue al muchacho que esté junto a él, porque esto le afectará más que si lo castigase usted a él..."

"LA ABEJA DE ORO"

Por JUAN MANUEL GOTTA

Libro para formar el sentimiento nacionalista, estético y moral de los jóvenes y niños de ambos sexos.

Se vende en las siguientes casas de esta capital: CABAUT y Cía., (Alsina y Polívar); "LA FACULTAD" (Florida 359); AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES, (Rivadavia 1573); Revista "LA OBRA" (Humberto I 3159).

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED que el azúcar encabeza la lista de los alimentos productores de energía?

Por este motivo los caramelos convienen más al trabajador que a las "niñas bien".

¿SABE USTED que el azúcar puede convertirse tan rápidamente en energía que se emplea como estimulante para los que necesitan hacer un gran esfuerzo físico?

Por este motivo se deben dar caramelos a los soldados que tienen que hacer una gran marcha, a los atletas, cazadores, etc.

¿SABE USTED que los caramelos y bombones por estar demasiado recargados de sabor y asimilarse rápidamente, destruyen el apetito por otros alimentos cuando se comen con exceso?

Por este motivo, cuando los niños comen muchos caramelos, es raro que tengan un apetito normal para otros alimentos más adecuados a sus necesidades.

¿SABE USTED que una fuerte solución de azúcar irrita el aparato digestivo?

Por este motivo, los caramelos, bombones, etc., no deben tomarse en ayunas.

¿SABE USTED que los bombones y caramelos "fondant" que se pueden tragar rápidamente, cargan pronto el estómago con una solución de azúcar concentrada?

Por este motivo, los mejores caramelos para niños son los que se deben chupar despacio.

¿SABE USTED que el empleo de nueces, almendras, etc., en los bombones, sirve para aumentar su valor nutritivo y evita que resulten empalagosos?

Por este motivo casi todas las clases de nueces comestibles se emplean en la fabricación de bombones.

¿SABE USTED que la consistencia melosa de los bombones "fondant" se debe a la presencia de un azúcar no cristalizable?

Por este motivo, en la fabricación de estos bombones se emplea la glucosa o la melaza.

¿SABE USTED que la adición de un ácido a la melaza hirviendo hace que parte del azúcar que contiene se convierta en glucosa?

Por este motivo, cuando no se dispone de glucosa o melaza de maíz, puede emplearse crémor tártaro, ácido acético o vinagre para obtenerla.

Granjas de mariposas

Las granjas de mariposas no son cosa de reciente creación. Hacia el año 1870, el entomólogo inglés William Watkins fundó en Eastbourne el primer establecimiento lepidopterícola o granja de mariposas, constituida por un vasto jardín poblado de árboles, flores y arbustos, que ocupa una superficie de 4.000 metros cuadrados. Se halla en paraje abrigado de los fuertes vientos y está completamente cercado y cubierto por un enrejado de alambre. Allí revolotean en libertad unos cuantos millones de insectos, pertenecientes a las especies más variadas, y la posesión de los cuales se disputan, tratando de pagarlos a peso de oro, los coleccionistas y los Museos de Historia Natural.

En Francia existen hoy varias explotaciones de esta índole, pero, en realidad, lo que en ellas se hace es fomentar la cría de las más raras especies de gusanos de seda para llevar a cabo nuevos cruzamientos entre las más nuevas variedades y obtener de ese modo ejemplares de mariposas que son el asombro de los coleccionistas. Con tal motivo se trata de aclimatar en Francia gusanos de seda exóticos.

Una granja de mariposas se compone de un jardín plantado de encinas, ailantos, pinos, manzanos, ricinos y otros arbustos, cuyas hojas son adecuado alimento para las orugas.

Ordinariamente se colocan los huevos sobre ramas cuyas extremidades están sumergidas en recipientes llenos de agua.

Se envuelven con gasa esas ramas en las que han de vivir las larvas después de la eclosión, y además se cierran con bolas de papel los intestinos que quedan entre las ramas y el borde del recipiente para que las larvas no caigan al agua.

A pesar de tales precauciones, esos animalillos van a dar con frecuencia en el recipiente donde perecen ahogados si no se acude oportunamente para extraerlos del líquido, adheridos a los pelos de un fino pincel.

Las orugas necesitan aire puro y son dañosos para ellas los malos olores.

En cuanto a su alimentación, ha de ser sana, succulenta y copiosa. Así, una vez devoradas las hojas de una rama, se hace lo necesario para que la tribu entera cambie de domicilio.

Cuando se desea obtener huevos para la campaña siguiente se colocan los capullos del gusano de seda en cajas enrejadas, donde una vez que hayan nacido las mariposas harán la puesta.

Si el dueño de la explotación ejerce su industria con miras a los coleccionistas, asfixia las mariposas en un frasco de cristal que contenga cianuro de potasio, y ya muertas las fijan sobre un tablero con las alas bien extendidas.

Entre las aplicaciones que se dan hoy a las mariposas citaremos las de vidrieras artísticas, que se construyen aprisionando cuidadosamente entre dos láminas de fino cristal a determinado número de aquellos insectos y vegetales, disecados, hábilmente combinados esos ele-

También se usan en algunos adornos de sombreros de señora, para lo cual la mariposa ha de someterse a la siguiente preparación: tras de haber impregnado las alas de barniz blanco mezclado con alcohol, se adhieren a un trozo de papel fuerte especial y cuyos contornos sean idénticos a los de las alas, y después se atraviesa el tórax del lepidóptero con un fino alambre de hierro o de plata.

las formas y derivaciones posibles del sistema romboédrico.

Al propio tiempo, distínguense unas calizas de otras por su forma, por su estructura, que puede ser compacta, o de escamas, o de hojas, o de granos, o de fibras, etc., y también por su lustre, por su dureza, por su peso, por su coherencia y olor, y finalmente, por la mayor o menor facilidad que ofrezcan para electrizarse frotándolas.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

La caliza y el mármol

mentos para que resulte un conjunto armónico y artístico.

La Naturaleza presenta a menudo los minerales en forma de sólidos geométricos, de configuración determinada, que se llaman cristales, y es lo más chocante que cada sustancia aparece siempre cristalizada en una forma geométrica o en formas fácilmente reductibles a un tipo determinado.

Pues bien; las calizas cristalizan siempre en romboedros, y en todas. Claro es que, siendo tantas sus propiedades y tan diversas, ha de haber numerosas clases de calizas. Y pueden citarse, en efecto, como principales las siguientes:

La caliza sacaroidea, llamada comúnmente mármol sacaroideo, estatuario, de Paros y de Carrara, con estructura como escamosa y muy semejante a la del azúcar pilón.

Los mármoles, en general, de estructura compacta, colores diversos y buena disposición para ser pulimentados.

La creta, de estructura como de tierra o terrosa, y muy poco cohe-

rente.

La lumaquela, que lleva en su masa gran cantidad de conchas petrificadas, lo que le presta a veces reflejos de nácar o de ópalo, maravillosamente bellos.

La piedra caliza de edificar, que no se presta al pulimento.

La piedra litográfica, usada en los trabajos litográficos por su estructura compacta, por el buen pulimento que puede dársele y por su pureza mineral. Es de color amarillento y no presenta vestigio ninguno de seres fósiles o conchas.

Las estalactitas y estalagmitas, pétreas colgaduras que penden del techo de algunas cuevas maravillosas, o que surgen de su fondo.

El alabastro, de estructura en forma de hojas, de color amarillento o blanco azulado, que puede pulimentarse bien y que es traslúcido.

Finalmente, el espato calizo, que posee la propiedad de la refracción simple o doble; es decir, que cuando pasa a su través un rayo de luz le quiebra en una sola o en dos direcciones; por poseer la doble refracción, es muy conocido el espato de Islandia.

La anterior división es puramente mineralógica. Pero si preguntamos a un constructor qué división hace él de las piedras, nos respondería que las divide en dos grupos: piedras blandas y piedras duras.

Duras son las que no pueden ser aserradas por la sierra dentada común: entre ellas se cuentan los mármoles, jaspes, pórfidos, granitos y toda la gran variedad de las piedras llamadas preciosas, como la esmeralda, la amatista, el rubí, el ópalo, el ágata, la turquesa, etc.

Y es curioso observar cómo su diferente origen en las piedras las hizo blandas o duras. En efecto, las calizas comunes o blandas, se formaron bajo el agua por acumulación de sus sedimentos durante siglos y siglos, mientras que los granitos, pórfidos y demás piedras duras, tienen una procedencia ígnea o de fuego, es decir, se produjeron bajo la elevadísima temperatura a que estuvo sometida la corteza terrestre cuando los orígenes de nuestro planeta.

¿Son las plantas hornos silenciosos?

El carbono, que es una sustancia fundamental de los vegetales, cuando se une con el oxígeno del aire forma el ácido carbónico, y éste, al unirse con la cal que existe en todas las canteras de todos los países, compone las que se llaman comúnmente calizas o piedras, y científicamente carbonatos de cal.

Hay, pues, una relación entre los bosques y las canteras, entre éstas, aquéllas y el aire. Es decir, que el oxígeno de la atmósfera, además de poder pasar directamente a las piedras, lo hace también dando una vuelta, un rodeo, entrando durante el día en las plantas, bajo la acción de la luz, y saliendo de ellas por la noche, a favor de la oscuridad y en compañía del carbono.

Porque las plantas no son más que hornos en donde el carbono se quema bajo la influencia del oxígeno del aire: hornos silenciosos, callados, en que cada hoja es una chimenea, por la que sale un humo, imperceptible a la vista: el ácido carbónico.

Proverbios orientales

En la sociedad moderna es más útil un profesor de boxeo que un profesor de lógica.

En el teatro, como en la vida, la acción constituye el secreto del triunfo.

El que no hace nada es enemigo del que hace algo, y el que hace algo, del que hace mucho.

No clasifiques las cosas en las categorías de viejo y nuevo; la única verdad es que las cosas son buenas, malas o medianas.

Más fácil es vencer a un adversario fuerte que vencer a un contrario débil.

Las bromas peores suelen provenir de las máscaras que hay fuera de los Carnavales.

Si quieres matar a una lagartija, córtale la cabeza; si le cortas el rabo, sólo conseguirás que viva con más excitación hasta que el rabo crezca.

Ten siempre en los labios buenas palabras y no te preocupes de que tus obras las contradigan; lo esencial es cubrir las apariencias.

TI - CHIN - FU.

LA BATERIA DE PLACA Y SUS USOS

Aparte de la batería de filamento, que sirve para encender los filamentos de los tubos de un aparato de radio, existe la batería "B", o sea la llamada batería de placa, porque sirve para ser conectada a la placa de los tubos, otro de los elementos de los mismos.

En realidad, tanto la batería "A" o de filamento y la "B", son iguales, por cuanto ellas suministran corriente eléctrica, pero las condiciones de dicha corriente son distintas en ambos casos y de allí la diferencia de construcción de ambas baterías; en la "A" lo que se necesita es mucha corriente y poco voltaje, en cambio en la "B" hace falta mucho voltaje y poca intensidad, por ello la "B" está constituida de muchos elementos iguales a la "A", pero de pequeño tamaño, ya que la corriente que deben suministrar es chica.

Hay naturalmente numerosos tipos de baterías, los cuales son muy buenos y no es el caso de recomendar ninguno de ellos, pero en general, la construcción de una batería de placa que sea eficiente y económica es muy difícil, por ello, es conveniente que al adquirir una, se haga caso omiso muchas veces del precio para obtener una de buena calidad. En realidad, son muchos los factores que intervienen en la conservación de una pila de placa, pero en general la duración de ellas está de acuerdo a las siguientes consideraciones:

Ante todo la calidad de la misma, por razones obvias, pues si se adquiere una mala difícilmente se conseguirán buenos resultados, luego el tamaño de la misma; éste

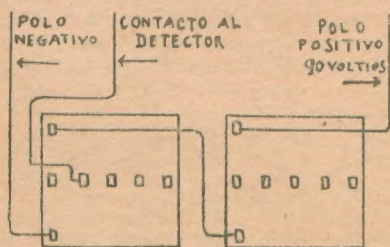


Fig. 1 - Forma de conectar dos Baterías "B" de 45 voltios para obtener 90 voltios para alto-parlantes, y voltaje variable para detectores de tubos "gaseosos" (UV-200)

es otro punto de importancia. En realidad, para un determinado equipo de radio es fácil tener en el comercio distintos tipos de baterías que se adapten a él, pero lo que no es posible obtener sino a un precio determinado, es el tamaño de la batería. Es fácil comprender, por otra parte, que a mayor número de tubos, mayor será la corriente que consumirán; luego, la batería deberá suministrar una corriente que esté de acuerdo con la capacidad de la misma, sino se descargará en sobrecarga y la pila además de no rendir todo lo que es capaz, se arruinará rápidamente.

Por supuesto, entonces, que la cantidad de corriente que consuman los tubos será otro factor a tener en cuenta en la duración de la pila; esto, como es natural, depende también del tiempo que se mantenga en funcionamiento el receptor.

Hay también que tener en cuenta que las baterías, dada su forma de construcción, no pueden prolongar su vida indefinidamente, aun cuando no estén en uso; es por

ello necesario que al adquirir pilas de placa, se lo haga con la seguridad que son pilas frescas, es decir, que haga poco tiempo que estén descargadas; este tiempo depende también de la clase de las baterías y del cuidado a que se sometan, así por ejemplo, si las baterías se mantienen en un sitio húmedo durante el invierno, se descargarán más pronto que si están en un sitio fresco y ventilado.

De lo anterior se deduce, que para adquirir una batería de placa será necesario tener en cuenta, aparte del aspecto económico, el tamaño adecuado de la batería para suministrar corriente a determinado número de tubos y al espacio de que se dispone en el receptor. Sin embargo, en general, lo conveniente es la compra de una batería de tamaño grande, sobre todo si el receptor tiene muchas lámparas y se usa mucho. Es, en efecto, un error muy fácil de ver en los receptores Superheterodynes de gran número de lámparas, que la corriente está suministrada por baterías de muy pequeño tamaño, con el consiguiente mal aprovechamiento de las mismas; para estos casos es casi de rigor el uso de baterías de tamaño grande, aun cuando en los casos en que estos receptores sean portátiles deberán llevarse baterías pequeñas.

La forma de operar de las lámparas de radio, es muy distinta, según éstos se usen en la amplificación o en la detección de señales, y por lo tanto se necesitarán distintos voltajes en las placas de los tubos; esto, sin embargo, no es difícil, pues ello ya viene marcado en los aparatos de radio en forma visible, pero se hace necesario conectar la batería, lo cual no tiene nada de difícil si se siguen las siguientes indicaciones.

Hay veces que en la detección de las señales se emplean tubos al vacío pero gaseosos, tales como el UV 200, el cual requiere un voltaje exacto de placa, para obtener buenos resultados; para ello deberá

comprarse una batería que tenga varias derivaciones a los distintos voltajes y hacer la conexión en la forma indicada en la fig. 1, la cual muestra también cómo se conecta la placa de los tubos amplificadores.

Si se emplean tubos comunes, éstos detectan mejor cuando tiene 45 voltios en la placa; esto se consigue siguiendo las indicaciones de la figura 2, la cual muestra también cómo puede efectuarse una conexión a los 22 1/2 voltios si es necesario.

Respecto al cuidado de la batería "B", poco es lo que hay que decir que no sea el dictado por el sentido común, salvo la forma de medir el voltaje de la batería. Generalmente en las casas de radio, cuando se adquiere un elemento para medir el voltaje de las baterías se vende un aparato llamado amperímetro. Esto constituye un grave error, pues cuando se mide el voltaje de una pila con un amperímetro, lo que se hace es poner en corto circuito los terminales de la pila; ahora bien, cuando se coloca en corto circuito una fuente de corriente eléctrica, pasa una corriente enorme en un instante y si ello se hace con un dinamo eléctrico o un acumulador, éste se quemaría. La pila no se quema pero se daña mucho y sobre todo se gasta mucha corriente, que se ha comprado para el aparato receptor.

Es necesario, entonces, medir el voltaje de la pila con un voltímetro de alta resistencia y no con los voltímetros llamados de bolsillo, los cuales debido a la baja resistencia del arrollamiento no dan la medida exacta del voltaje, pues la batería no alcanza a producir la corriente que éste consume, bajando por consiguiente el voltaje.

La vida de la batería de placa, aun cuando se tenga el cuidado necesario, no es de duración indefinida, haciéndose por lo tanto indispensable su recambio, cuando esta batería no pueda suministrar la corriente necesaria y su voltaje haya

disminuído hasta un límite que las lámparas no funcionen con él. El momento exacto en el cual debe reemplazarse la batería "B", depende de la clase de receptor que se emplee o mejor dicho de las lámparas que se use, pues hay que hacer notar que hay receptores en los cuales se puede seguir trabajando con un voltaje menor que en otros. Para saber bien esto, sólo basta guiarse por el oído, cuando los sonidos merman en forma considerable y la batería de filamento se mantiene en buenas condiciones; ello quiere decir que la batería debe reemplazarse, por ello se nota la dificultad de saber cuándo debe cambiarse la batería por medio del voltímetro.

En caso de que se quiera utilizar este último instrumento, deberá cambiarse la batería cuando los elementos de una pila de 22 1/2 v. hayan bajado a 17 volts o menos. Para saber ahora cuando la batería "A" debe cambiarse, se recurrirá a la vista, cuando se carece de voltímetros, pues cuando las lámparas tienen un brillo menor que el acostumbrado y a pesar de dar todo el reostato, no se consigue aumentarlo, y las señales permanecen débiles, es señal de que hay que reponer la batería "A".

En resumen, para obtener una mayor duración en las baterías de alto voltaje, deberán seguirse las instrucciones siguientes:

a) Usese el menor voltaje posible en la batería "B" para obtener el resultado que se desea, en general un voltaje de 45 voltos será suficiente, aun en los tubos de amplificación, pero si se desea obtener un volumen mayor podrá aumentarse, pero siempre teniendo presente que a mayor voltaje, mayor descarga de la batería y por consiguiente menor duración de la misma.

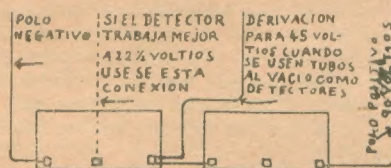


Fig. 2 - Conexiones de dos Baterías "B" de 45 voltios, para obtener 90 voltios para los alto-parlantes y 45 voltios para el detector de tubo duro. Si el detector de tubo duro trabaja mejor a 22 1/2 voltios hízase la conexión como se muestra en la línea de puntos.

b) Usese en la batería "C" en los amplificadores; este tipo de batería todavía no lo hemos explicado pero lo haremos próximamente.

c) Apáguese el receptor cuando no se desee escuchar más, pues debe tenerse presente que los tubos gastan la corriente de placa aun cuando no se escuche, bastando para ello que los tubos estén encendidos; por lo tanto, el hecho de apagar las lámparas producirá una doble economía, tanto en las baterías "A" como en la "B".

d) Trate siempre de mantener el filamento de los tubos con el menor brillo posible, pues el consumo de la batería de placa depende del brillo de los filamentos; por lo tanto, la observación de esta regla permitirá el ahorro de tubos y baterías.

En cierta clase de receptores hay real ventaja en emplear baterías de placa, formadas por pequeños acumuladores, las cuales en ciertas condiciones son muy eficientes, pero ello formarán parte de un es-acumuladores, pero ello será objeto de un estudio aparte.

RADIOTELEFONIA



Últimas creaciones de la moda femenina



BLUSAS Y CASACAS MODERNAS.—1. (Creación Cyber).—Casaca de crespón de China, en tono Parma apagado.—2. Blusa de crespón Georgette, color marfil, trabajada con calados y adornada con una pechera del mismo crespón, plisada a máquina.—3. Blusa de crespón de China, en color rojo, adornada con calados y un bordado estilo cubista, en tono azul ultramar y oro.—4. (Creación Juliette Courtisien).—Casaca confeccionada en crespón de China, color rosa, con cinturón de gamuza de tono azul.

Una buena vieja costumbre

HESPERIDINA es una de las buenas viejas cosas que no envejecen ni mueren jóvenes.

Sus insuperables propiedades estimulantes y digestivas y su exquisito sabor, han hecho la delicia de tres generaciones.

*En todos los bares,
confiterías y almacenes.*



BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR

DESDE
1864